MAÑANA NUNCA LLEGA

TADEO PALACIOS

SERIE ICEBERG

Sin concesiones, con prosa ágil, vigorosa y registros que subvierten con talento las convenciones, los cuentos de Tadeo Palacios Valverde nos hunden en la vorágine de las pasiones humanas que los tiempos de crisis sanitaria y política han acrecentado. Se trata de la radiografía lúcida de una sociedad frente a cuya descomposición resisten con terquedad quienes aún creen que otro mundo es posible.

Christiane Félip Vidal

A pesar de su juventud, Tadeo Palacios tiene una prosa tan lograda que podría leerse cantando. Vive en ella algo de la oralidad de Oswaldo Reynoso —en Los inocentes— y de la música del hablar de Piura. Pero esta elegancia sutil no es señal de calma: el lenguaje, como un viento que se manifiesta suave solo al principio, va construyendo historias donde el dolor y la ira emergen brutales, con la sensorialidad a flor de piel.

Juan Manuel Robles

«La tarde ya lo inundaba todo con su sangre», escribe Tadeo. La tarde y su promesa agridulce, materna y paterna. Espera, abandono, amor, resistencia, malentendido, pisoteo, lucha. La tarde es ambigua y urgente. La tarde arremete, no es retráctil. Como estos cuentos. Sus colores: rojo fuego; su paisaje: el desierto, el mar y la ciudad; un sabor: tamarindo; y estos lenguajes: la ternura y la cólera. Cada tarde llega a su mañana, Tadeo, pero el mañana nunca llega.

Katya Adaui

La irrupción de Tadeo Palacios en el circuito literario con estos poderosos relatos confirma lo que intuíamos los que nos acercamos a sus primeros esbozos: no solo es el vuelo y la innegable calidad de su prosa, estamos ante un escritor impetuoso, vital, arriesgado que vive la literatura y defiende a muerte esta extraña forma de vida.

Diego Trelles Paz

Tadeo Palacios

Mañana

nunca llega

Mañana nunca llega

© Tadeo Palacios, 2021

© Pesopluma, 2021

1ª edición electrónica: marzo 2022

Serie Iceberg

Piloto: Teo Pinzás

Copilota: Paloma Reaño

Tripulante: Ligia Boga

Diseño y diagramación: James Hart

Imagen de cubierta: Victor Sanjinez

Conversión electrónica: Pintax.com

ISBN: 978-612-4416-31-6

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2022-03018

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para todo el mundo.

Las palabras pertenecen

también a mis abuelxs

¿Cómo hacer olvidar a la lengua su ayer manchado de espanto? ¿Cómo cicatriza la lengua olvidando su ayer?

Juan Gelman

El auténtico coraje consiste en admitir que la luz que hay al final del túnel probablemente es el faro de otro tren que se acerca en dirección contraria

Slavoj Žižek

La guerra ha sido la norma, y la paz, la excepción

Susan Sontag

El legado

1

La primera vez que me enseñaste tu trabajo, viejo, fue cuando el abuelo murió.

Entonces tenía diez años y sentía envidia de los demás muchachos del colegio. Ellos tenían papás capaces de levantar una casa, como el del Bizco Jiménez, que era ingeniero. O que ganaban mucha plata soldando huesos rotos, remendando el pellejo ajeno, curando gente, como el papá de la Pulga Salgado. Él, por ejemplo, me enseñó las fotos que le habían sacado en el consultorio de su viejo. La piecita era reluciente y seguramente olía a desinfectante, a flores, a lo que debe oler la esperanza cuando alguien recibe la noticia de que va a sanar pronto. Tú, por el contrario, te negabas a dejar el cuartito calcinado por el cloroformo y el Pinesol en el que rondaba la pena ajena. Después de todo, la funeraria fue lo único que el abuelo te dejó y era tuya hasta la última de sus telarañas.

2

Estoy cansado. Dos muchachos me echan una mano y las solicitudes nuevas no dejan de llegarnos. Pensé varias veces en desconectar el teléfono, apagar el celular y borrar nuestro sitio de Facebook. Supongo que, si continuases aquí, conmigo, lo habrías hecho mejor. Los hospitales reventaron hace semanas y los hornos de cremación ya no aceptan más cuerpos. Pensé en cerrar el local, pero es muy tarde para detenerse ya. No. En realidad, me niego a parar. Los primeros meses la peste nos obligó a escondernos. Un largo e indefinido escape hacia dentro. Las autopistas, desiertas al principio, hoy están abarrotadas con la gente que intenta adaptarse a la tragedia y, a pesar de mascarillas y pruebas y controles, sigue muriendo todavía. Nadie quería exponerse al bicho, salir y calzarse las botas, los trajes. Pero tú insististe. Si no eras tú, entonces quién, me decías. Yo no podía desmentirte.

3

Me acuerdo de aquella primera vez en la trastienda, juntos. Los ataúdes blancos y café, negros y grises, con los acabados y las molduras repujadas asoleándose, y las rosas y los Cristos silenciosos y empernados a la madera, y las lámparas con sus luces tenues sobre pedestales, como exhibiendo un simulacro del adiós para todo el que se asomara al vestíbulo: una muestra inmediata y por adelantado de lo último que rodearía a sus restos. El abuelo parecía dormir sobre la camilla metálica bajo un chorro de luz fluorescente. Le habías puesto una túnica holgada. Hasta ese día me habías mantenido lejos, siempre del lado opuesto del mostrador, como si quisieras alejarme del peso que, sabías, venía con los muertos ajenos. Me tomaste por los hombros y en silencio miramos al papá estarse inmóvil, envuelto por fin en una quietud inquebrantable, sin cables entrando y saliéndole del brazo, sin el bip de las máquinas ni el dolor de los tubos forzándole la boca. En el cuartito aquel, entre herramientas y frascos, en medio del gruñido incesante del aire acondicionado, me dijiste que, cuando tú te marchases y tu carne se hubiera amoratado, me tocaría prepararte, despedirte. Mis diez años no eran suficientes para prometértelo, viejo, y solo nos estuvimos ahí por el resto de la tarde fría, girando sobre nuestras cabezas. Quería llorar. A mis amigos les dejarían casas nuevas y hasta una clínica. Te miro ahora y todavía no me salen las palabras que pude haberte susurrado, que debí pronunciar como quien hace una promesa. No lo hice.

4

De lunes a domingo, de siete a siete, ocupabas una silla en el dintel de la puerta del local. Recogías las sobras de los hogares que no iban a encargarle una casa al papá de Jiménez y recibías a los que no pasaban por la consulta del doctor Salgado. Durante décadas, el de nosotros había sido el único servicio fúnebre de Piura. El abuelo Maldonado lo recibió de su padre y este último decidió abrirlo frente al Hospital Obrero, en medio de la pampa seca que cortaba en dos lo que luego habría de ser la avenida Grau. Después, una a una las compañías de seguros fueron abriendo sucursales. Decías que lo de ellos era un negocio, un

trámite indeseable, irrespetuoso y, para colmo, carísimo. Y había que ser un miserable

para buscar enriquecerse con el sufrimiento ajeno. «A los muertos no se les filetea como si fueran ganado o chivos», repetías. Para lidiar con la muerte a diario, para decidirse a hacer de la despedida un oficio, había que estar dispuesto a dejar un poco la vida en ello, viejo. Y si no eras tú el que ofrecía ese consuelo, si no eras tú el que tendía esa mano, si no eras tú en medio del arenal, bajo la luz del fluorescente y el asedio de los zancudos, ¿entonces quién?

5

Recuerdo que, por mucho, detesté lo que hacíamos. «Ahí van los gallinazos», nos decían medio en broma, medio en serio. Tú solo sonreías y callabas. Me peleé cuatro o cinco veces por eso, ¿sabes? Y te odié por legarme el estigma de tus entrañas, la carga de ponerse al hombro a los muertos de los demás y llevar colgando sus fantasmas en las letras de mi apellido. Hasta que los amigos y los extraños se acostumbraron a la idea, supongo, y dejaron de molestarme o se aburrieron, o todo a la vez. Con el tiempo, Salgado y Jiménez hasta me respetaban porque, según ellos, había que tener estómago y nervio para quedarse a solas con los cuerpos amoratados y retocarlos y peinarlos y vestirlos y devolvérselos a la familia que los aguarda, que espera entre llantos a quien habrán de dejar partir. «¿Si ustedes no lo hacen, quién lo haría? Mis respetos». Tu dedicación desterró la vergüenza de mi pecho y ya no pude dejarte solo, viejo. Esta también sería mi carga.

6

Te hizo sentir orgulloso lo rápido que pude atenerme al oficio y a su técnica. Me hiciste postular para doctor, pero el puntaje no me alcanzaba ni para sacamuelas. Soy bruto, viejo, pero no cojudo. Por eso pasábamos las tardes y noches

encargando flores, arrendando el auto, preparando los ataúdes, despachando lamparones y, por supuesto, cuidando de los «clientes»; y yo observaba cómo remendabas la carne, cómo dejabas secos los cuerpos, y la sangre en tirabuzón se iba por la canaleta y envolvías con ungüentos al «paciente» y curabas con formol y les calzabas el hábito y su poquito de rubor, su peinadita. Miraba y aprendía, miraba y metía poco a poco la mano. En mis ojos seguía tatuada la imagen del papá Maldonado y su rostro, esos gestos del que por fin ha llegado a un refugio de quietud, libre de dolor, donde la enfermedad no lo alcanzará de nuevo (eso decía la vieja). Y devolvía los ojos a los cuerpos a los que debíamos vestir, arreglar, coser, curar, limpiar, maquillar. Y en todos se repetía para mí la cara del abuelo, tu cara, la mía. Este era el encargo que teníamos: acompañar, disfrazar la ausencia que llega con el último aliento, esconderlo bajo el ropaje del sueño tranquilo, hacer posible el duelo.

7

¿Cómo un bicho en el aire, en la saliva de los otros, en la piel, en las gotitas que baleaban el rostro del prójimo iba a detenerte? ¿Cómo mantenerte escondido y seguro durante la pandemia que nos amenazaba? ¿Ibas a permanecer solo con la vieja escuchando por la tele que tu gente caía, que acababan a la intemperie? ¿Cómo resistirte a semejante riesgo venido de los confines del mundo? Nadie iba a pudrirse bajo el sol del mediodía en tanto estuvieras ahí.

8

Me acuerdo cuando entraste por la puerta, de improviso, para encargarte de la misión que sentías propia a pesar de lo mucho que te pedí descansar. La vieja me avisó llorando por teléfono y te esperé sentado bajo el dintel de la entrada del local, listo para impedirte el paso y devolverte por donde habías llegado. «Los chicos y yo lo tenemos cubierto, viejo». Pero nunca escuchaste. En la arena se desparramaban las carpas de los que aguardaban a que el hospital les devolviese

a sus familiares vencidos, sofocados por el bicho. Me saludaste desde detrás de una mascarilla, como si nada pasara, como si supieras por anticipado que nada podía hacerse para impedirte venir, para despojarte de tu momento, de eso a lo que te habías dedicado por treinta y cinco años: «¿Qué mierda haces afuera?», dijiste, y te seguí.

9

Nos cuidamos. Procuramos hacerlo mucho más que antes. ¿Por qué ocurrió? Nos pinchábamos el dedo a diario. Negativo todas las veces. Los chicos que contratábamos iban con escafandras, levantaban a los caídos, les envolvían, les fumigaban, los depositaban en la carroza y forraban los ataúdes. Pero insistías: «Nadie merece ser tratado como ganado». Y te rehusabas a dejarme solo. Rechazabas la oferta de quedarte en el dintel de la puerta y preferías acompañarme cuando hiciera los arreglos; cuando, detrás de una bata de astronauta, intentaba borrar de los rostros la desesperación de la asfixia, aun cuando sabía que ya en el cajón embalado en plástico nadie volvería a verlos jamás.

10

Muchas veces vi cómo devolvías el dinero, se lo apretabas en la mano a las hijas cuya madre les había sido arrebatada, a las mujeres cuyo esposo se perdió en el abismo de la uci y el coma inducido. Lo hiciste durante la pandemia, a pesar de que el dinero no nos sobraba; lo hacías como siempre lo hiciste antes del encierro con los casos que considerabas más graves, más urgentes. A mediados de julio, rehusaste parar. Prohibiste que imitásemos a las compañías que ya habían cedido. ¿Ya estabas enfermo?

11

La vieja está sola en la casa junto a tu sitio vacío. Yo no he vuelto desde que tuve que pasar por ti. Ahora estoy a tu lado y te miro tendido en la misma camilla en la que tu padre dormía hace tanto. Te miro y arreglo tu corbata. Toco tu rostro. Es injusto que nadie más que yo pueda hacerlo ahora. Acaricio con rubor tus mejillas lívidas y acicalo el cabello que aún te queda. Lamento tanto no tener a nadie a mi lado todavía. El bicho te tomó por asalto y sin mostrarse. No hay un hijo que prometa frente a tu cuerpo encargarse de mis huesos.

12

La primera vez que me enseñaste tu trabajo fue cuando el abuelo murió. Aquella vez, mis diez años no bastaron para responderte. Ahora que te abrazo en silencio y que la rigidez de tu cuerpo hiere mis brazos, tampoco puedo decirte que toca despedirnos. Tú solo has cerrado los ojos. Te pondrás de pie por la mañana, ¿no es cierto, viejo?

Descansa por el momento. Yo seguiré aquí velando tu sueño, en tanto el frío gira sobre nosotros y el zumbido de la luz colma mi pecho.

La invitación

Lequernaqué había llegado al restaurante antes de lo previsto. Mejor, la tarde debía ser perfecta. Bajó de la moto, pagó al conductor con cinco soles y le devolvió el ridículo casco que durante el viaje había tratado de calzarse inútilmente. «Quédate con el vuelto, chino». Hoy más que nunca podía permitirse el lujo de apreciar la gracia que se esconde en la caridad hacia el prójimo. «¡Gracias, profe!». En otras circunstancias, habría prescindido de aquel gesto, acaso indignado por el despilfarro, chupando los dientes y apurando su vuelto. En otras circunstancias quizá, pero no hoy. Se diría que incluso el muchacho lo había puesto de buen humor: imagínate, ¡de barrendero municipal a profesor! Pero, entonces, dónde quedaban los gritos de su señora, la Mañuca, cuando le espantaba las gilas a los hijos: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Bien pintaditas y detallosas en la calle, pero el resto del día, ¡ay!, todas lagañosas». Pura envidia y mala entraña. El que se traga esa vaina es por cojudo, pensó, y sus dientes no pudieron contener esa larguísima carcajada que lo emparentaba más a los chilalos que a los hombres.

Faltaba media hora, según comprobó en la pantallita verde de su Nokia. Extrajo del bolsillo un peine y se lo pasó una, dos veces, como intentando recomponer la raya que partía su cabeza en dos parcelas de caña puntuda.

Como el sol le calcinaba hasta la planta de los pies, ni bien se hubo acicalado, decidió aguaitar adentro del restaurante. El aire acondicionado aliviaba el resquemor de un pellejo maltratado por la intemperie. Los comensales quitaban de sus fuentes ajíes cortados en flor y diminutas sombrillas de papel colorido. Otros desarmaban con el tenedor imponentes torres de pescado en trozos y ungían fuentes de chicharrón con el jugo de limones recién exprimidos. En las paredes los paisajes rurales de chicherías, cecina tendida y tinas de chicha hirviendo hacían juego con el meticuloso entramado de paja de las sillas y el tejido de los sombreros de chalán clavados al muro.

Lequernaqué buscó y buscó, pero sus pupilas arañadas por el polvo no tropezaron con ninguna cara que le resultase medianamente familiar, o por lo menos conocida, por lo que convino en que mejor esperaría sentadito, a la sombra de una ponciana del parque que estaba a una cuadra, al pie de la iglesia de San Sebastián. No fuera a ser que lo acusaran de zalamero, o peor, de urgido. Así que, con el buche henchido de algo que si no era orgullo por lo menos se le parecía, subió por la calle Tacna, escogió una de las bancas que daban a la pista,

dobló un pañuelito para enjugar su frente como quien pule con lija una pared, y resopló ansioso, satisfecho, sintiéndose un poco más augusto que de costumbre. Y pensó en que a veces hay esperas que dignifican.

Anoche, su esposa creyó que le estaba tomando el pelo. «Me crees caída del guabo, ¿no, Teófilo?», le recriminó entre incómoda y divertida. Igualito le respondieron Sosa, Rodríguez y hasta Namuche cuando se los contó, solo que ellos le torcieron la boca y le dijeron que no jodiera y que mejor siguiera pasando la escoba porque todavía les faltaban cuatro calles del centro. Pero no era ningún invento suyo: el mismísimo alcalde de la provincia, Armando Dioses, le había mandado a decir que estaba invitado al almuerzo que el consejo daría el sábado. Desde luego, cuando se lo contó el Orejón Farfán, él tampoco le había creído o, por lo menos no lo hizo al principio. ¿Para qué o por qué el alcalde de la provincia habría de considerarlo? ¿Sabía quién era él?

«¡Qué va a ser, oye, so orejas de paila! ¡Tú nada más vienes a rascarte la verija!». Y Farfán, tan antiguo en el puesto de mandadero como Teófilo en el de limpieza pública, le explicó que tampoco era que el alcalde en persona se lo hubiera pedido, sino que oyó clarito cuando Dioses le dijo a una de las regidoras que «por favor no se olvidaran de avisarle a Lequernaqué para que los acompañe en La Tomasita, el sábado a la una». Y como era el único al que conocía con ese apellido «ripioso» en todo el municipio, le pasaba el dato, por si acaso. «Pero no te botes como basura, cholito. Por esta que Dioses lo hace para congraciarse con los del sindicato, para que vean que es buen patrón y que se preocupa hasta de celebrarle los veinte años de servicio a los piojosos».

Lequernaqué sabía de sobra que lo que Farfán tenía de zángano, lo tenía de boquiflojo. Aun así, no guardaba motivos para desconfiar del Orejón —es más, tuvo razón con lo del pago de los reintegros y lo de las canastas—, por lo que decidió fiarse de su palabra o, mejor dicho, quiso creer con todas sus fuerzas en lo que acababa de escuchar, y lo hizo con tanta vehemencia que, ya en su casa, durante la cena, se lo contó a su mujer e hijos, preso de una emoción desbordante y hasta se diría que redentora. Al verlo, cualquiera hubiera jurado que el alcalde había cruzado el arenal en la cuatro por cuatro del municipio para dejar la invitación a la puerta de Teófilo, en ese descampado lleno de esteras que rodeaba el parque Kurt Beer. Antes de eso, el propio Teófilo había jurado que el tal Armando no era nada más que un pobre rosquete, un miserable. «¡Qué equivocado estaba, Mañuca! Si se nota que el ilustre quiere cambiar las cosas». Y agregó emocionado que los chicos y ella podían repartirse su porción

del almuerzo de mañana porque comería con el doctor Dioses.

Esa noche, el aguadito le supo a gloria a pesar de que su familia se rio bajito, apretando las muelas. «Viejo pa' mentiroso este».

Las flores de la ponciana parecían arder envueltas por el fogonazo del verano. Lequernaqué aprovechó el rato para desempolvar rabiosamente sus mocasines y para subir la basta de un pantalón que, de tanto lavarse, parecía hecho con la piel áspera de los tiburones. Quién lo hubiera dicho: él, que se había dedicado por veinte años a servir en el eslabón más bajo de la cadena de mando edilicia, de la noche a la mañana era invitado a un sitio al que de otra manera no iría. «¡Cincuenta por un poquitito de ceviche! ¡Más caga la soña, cojú!». Y faltando diez minutos ocurrió: mientras se fajaba la camisa, los vio venir por la acera de enfrente. A la cabeza iba el alcalde, seguido por otros siete miembros de su corte. Intentó saludarlos, pero como nadie lo vio —o eso supuso—, ni bien cruzaron la pista, marchó detrás para evitar los aspavientos.

Uno a uno pasó a la mesa que el local había reservado. Cuando todos estuvieron sentados y los mozos habían dispuesto los platitos con chifles y las cartas y los vasos fríos, Lequernaqué ensayó la mejor de sus sonrisas —de veras que trató—, en tanto esperaba que lo reconocieran o que, al menos, lo invitaran a sentarse. «Uno, tres… ocho». Dioses, cinco regidores y dos hombres que le eran desconocidos. ¿Qué no era un almuerzo para agasajar sus veinte años, para reconocer su entrega laboriosa? La mesa llena. Se acercó a uno de los mozos; no obstante, como los vio muy ocupados con sus azafates y sus mandiles impecables —o eso le pareció—, Teófilo levantó por su cuenta una silla de la mesa de al lado y decidió ser el primero en saludar.

—¿Doctorcito?

Armando intentó sin éxito poner un nombre al rostro acabado del sujeto que le tocaba el hombro. Los demás comensales detuvieron su charla y clavaron su atención en el recién llegado, presos de un legítimo desconcierto. «¿Y ese?».

—Eh… Hola… ¿Qué se le ofrece?

—Buenas tardes, doctor Dioses —y extendió la diestra—. Lequernaqué, a sus órdenes.

—Ah, qué bien. Un gusto.

Y volviéndose a uno de sus regidores tras soltar la mano ajena, áspera y sudada, Dioses buscó reanudar el chiste que estaba contando, algo sobre un burro y un mono perdidos en una isla desierta, pero el nervioso hombrecillo insistía. ¿Qué quería? ¿Sería tal vez un partidario en busca de un favor? ¿Uno de los muchos tipos que abrazó en campaña y que venía con una fotografía de ambos, impresa en una a4?

—Esto… Por favor, déjenme un campito para meter la silla.

—Señor, disculpe, pero ¿qué cree que hace? —dijo una de las regidoras, ajando una nariz de puerco—. ¿Quién lo ha llamado?

—Verá usted, el señor alcalde, aquí presente, me invitó a este agasajo —respondió el conserje disfrazado de profesor con una petulancia mal ensayada, devaluada. ¿Qué se había creído esa chola carecoche y patas de pajarito?

—Señor…

—Lequernaqué.

—De acuerdo. Señor Lequernaqué —dijo carraspeando el alcalde—, creo que aquí hay un gran malentendido.

Los demás ni siquiera se esforzaban en esconder su fastidio, alzando los hombros, chistando o negando con la cabeza

—¿Un malentendido? ¿Cómo así, doctor?

—Verá, yo no recuerdo haberlo invitado a ningún almuerzo…

En ese momento, Teófilo le explicó que ayer, el Orejón Farfán —«¿El secretario del consejo? ¿Orestes Farfán?»… «Sí, ese mismito»— le contó que el alcalde pidió a una de sus regidoras que le avise de la reunión; pero, como sabía que las señoritas regidoras siempre andaban muy ocupadas, y como no quería estorbar a nadie, se dio por enterado cuando se lo comentó el Orej… el señor secretario.

—Y de verdad estoy agradecido porque, a veces, uno piensa que lo echan al olvido por su trabajito de barrendero. Y mire lo que son las cosas: cuando menos

lo esperaba, me llaman para celebrar los años que le entregué al distrito…

Entre tanto, los ahí reunidos intercambiaban guiños como tratando de buscar una explicación, una excusa, un pretexto capaz de desembarazarlos de esa incómoda escena. Cómo decirle al pobre tipo que el Lequernaqué al que se refería el alcalde en esa conversación ya ocupaba un sitio y un plato, pues era el esposo de la regidora con hocico de lechón y no un trabajador. Algo debía decir el alcalde. Este asunto no podía quedarse así. ¿Qué dirían si se viera al doctor Dioses y a sus regidores comiendo en la misma mesa con ese obrero confianzudo? ¡Habrase visto! ¡El quilombo que metería el sindicato! Tendría que organizar almuerzos y reunirse a pedido de cada trabajador porque sino, cuando menos se lo esperase, por ahí se podría acusar a la gestión de argollera y discriminadora, y toma tu denuncia y adiós al nombre, al porte, a las jerarquías y al principio de autoridad. Había demasiado en juego. Por eso tenía que ser el doctor Armando Dioses, alcalde provincial, el que se hiciera cargo con su don de gentes.

—¿Todo bien, señores?

Teófilo reconoció la figura tosca del guachimán del local.

En ocasiones, en lo que peinaba las veredas de la zona, había intercambiado alguna mueca de desprecio con el hombretón que vigilaba la entrada del restaurante. Escupir y pisar la flema. Ni buenas tardes, ni buenos días, ni nada. Teófilo podía jurar que, sin el sobretodo naranja, las escobas y la carretilla, ni siquiera era capaz de reconocerlo, o quizá sí y por eso se había aparecido para largarlo.

—No, no se preocupe, estimado —se apresuró a decir Dioses y añadió, mirando de reojo a Lequernaqué—, todo va de las mil maravillas.

Y después de excusarse con sus acompañantes, el flamante alcalde provincial se levantó de la mesa y tomó a Teófilo por el brazo derecho.

—Acompáñeme.

Acompasadamente, como deslizándose sin tocar el suelo, ambos se dirigieron hasta el vestíbulo de La Tomasita. Cualquiera hubiera jurado que la charla amical y que ese tufillo impostado que buscaba crear un clima de complicidad lo harían sentir cómodo. Teófilo empezaba, sin embargo, a percibir cierta ingravidez, como si su cuerpo estuviera lleno de helio y fuese un globo que

Dioses iba jalando, arrastrando a su antojo para luego soltar.

—Lamento mucho el malentendido, señor Lequernaqué, pero creo entender cómo se originó. Puede confiar en mí, todo esto ha sido un infortunado impase, un terrible caso de teléfono malogrado que, por lo visto, inició el secretario del consejo. ¿Cómo lo llamó usted? Ah, sí, el Orejón Farfán.

Teófilo guardaba un silencio fantasmal, tanto que hubiera deseado transparentarse con tal de que dejaran de punzarle las risitas de la concurrencia que lo auscultaba con desconcierto, reparando en sus mocasines despegados, en el cuello borroneado de su camisa y en la basta descosida del mejor pantalón de su guardarropa.

—Sí, como le decía, este es un infeliz caso de error por homonimia. Muy común en la Administración Pública, debe saber, y cuantimás en asuntos tan triviales como esta comidita de camaradería en la que, usted puede constatar, solo hay miembros del consejo y allegados de extrema confianza. Por ejemplo, ¿ve al caballero de sacón? Es el doctor Lequernaqué, médico del Hospital Privado y esposo de la señora Lozada, la regidora que ve usted ahí con sus lentecitos, tan linda ella.

—Ah…

—Ese fue el origen de la confusión. ¿Se da cuenta? Un apellido peculiar el suyo, ¿no? Aquí nadie se desdice de la invitación porque, bueno, nunca hubo tal. Ese es el señor Lequernaqué que desde el principio iba a venir hoy, no usted.

No cabía la menor duda para Teófilo. Y aunque ese otro Lequernaqué bien pudo haber pasado por algún pariente suyo, un sobrino, el primo que no veía hace años —la piel oscura, el cabello afiladísimo, la fisonomía apretada y robusta—, la clase y el porte de ambos no eran iguales: el médico lucía un cartón en un bien equipado consultorio y un anillo en el anular, enfermera y una esposa con cargo digno. El paquete completo. Cada una de esas cosas le había ganado al tipo su lugar en la mesa de honor. En cambio, Teófilo, que llevaba el anular desnudo, que carecía de un cartón en la pared, o una amante o esposa con cargo honorable, no tenía la menor oportunidad de pararse a su costado sin esquivarle la vista, ruborizado. Él, que coleccionaba cachivaches rescatados durante la faena. Él, que poseía una retahíla de escobas despelucadas, tornillos y clavos en una lata, y dos mudas de uniforme, solo podía contar con el aguadito de patitas que la

Mañuca improvisaba cada noche.

—Doctorcito, son veinte años colaborando con el municipio… y yo…

—Sí, y se lo agradezco, no sabe cuánto.

—Creí que era un agasajo que había coordinado con el sindicato. Verá, soy el más antiguo de todos los…

—¡Eso queremos! Ciudadanos y trabajadores honestos como usted nos sacarán del foso al que hemos caído, don Lequernaqué. ¡Mis felicitaciones y siga adelante! Yo también me hice solo. Se sufre, se padece, pero mire hasta dónde he llegado.

Sin darse cuenta, el barrendero se había dejado conducir por el paso ligero de la autoridad hasta el umbral de la picantería, de manera que ahora sopesaban la marcha de los autos que bajaban por la calle Tacna hasta la avenida Bolognesi.

—Mire —siguió Dioses—, nadie tiene por qué, digamos, enterarse de todo este bochornoso incidente. El lunes le prometo que reprenderemos a ese tal Farfán por las molestias que nos ha causado, sobre todo a usted. ¡Un memorándum se va a ganar ese metete, querido Teófilo! ¿Puedo tutearlo, cierto?

—Sí, pero…

—Bueno, bueno, Teófilo, a ver, dónde la puse… Espérame… ¡Ah, aquí está!

Y sacando una billetera de su pantalón al cuete, Armando Dioses tomó la mano callosa —e igualmente sudada— del obrero, la abrió con cuidado, le mostró los dientes espantosamente blancos y alineados, puso cincuenta soles entre sus dedos y se los cerró en puño sobre el dibujo chaposo de Abraham Valdelomar.

—¿Cincuenta soles? Yo no puedo…

—¡Por favor, Teo! Acéptelos. No es mucho, pero creo que compensa sus pasajes y, por supuesto, el tiempo perdido —y volviéndose al sitio que aguardaba su retorno con una cerveza, continuó—… En fin, no quiero ser descortés con mis invitados. Ha sido todo un placer y lamento mucho que hayamos pasado por esto, de verdad, con toda el alma.

Sin apretones, sin un abrazo, sin una sola palmada. Solo Teófilo y su pequeñez, su silencio y esa muestra de secreta, aunque sucia benevolencia, ardiéndole en la mano, palpitando tanto como la vergüenza en el lado izquierdo de las costillas.

El reloj de la iglesia San Sebastián daba la una y cuarto. Los gallinazos pendían del cielo dejando que el sol encendiera sus alas y sus sombras, proyectadas sobre la ciudad, recorrían las calles como enormes espectros intermitentes. El calor hacía de la brisa un suspiro terroso que le golpeaba con malicia el paladar.

Lequernaqué no supo qué lo había atravesado. Tampoco quería percatarse de que su pecho, ahuecado, fofo, combado una vez más en dirección al suelo, había perdido eso que, si no era confianza, por lo menos se le parecía. Al final, esa irrefrenable necesidad de creer que podía significar, por lo menos una vez, algo más que un par de extremidades pegadas a un palo de escoba o a una carretilla lo empujó a exhibir el espectáculo ambulante que era la comedia de su figura maltrajeada. Incluso si un buen día consiguiera limpiar cada mísero grano de arena de esa ciudad condenada a arder por toda la eternidad, suya era la condescendiente lástima del anonimato, le estaba reservada.

La culpa había sido enteramente suya.

Quería llorar, pero sus ojos, gastados por las horas que pasaba barriendo, se encontraban secos.

Se vio invadido por el impulso de romper el billete en dos y dejarlo en la pista para que el lunes pudiera echarlo en una de las bolsas con las que cargaría su carretilla, mas supo contenerse: solo por esa noche, al menos, quería dejar de comer aguadito.

Aquella tarde de sábado, con el hambre subiéndole por la garganta y una amarga cólera deslizándose por su espinazo, Teófilo comprobó dos cosas mientras recogía sus pasos hacia el paradero de motos del óvalo Bolognesi: la primera fue que, después de todo, Armando Dioses era un pobre rosquete. Y la segunda, y quizá la más importante, era que su mujer estaba en lo correcto: la mona, aunque se vista de seda, mona siempre se queda.

What is (not) love?

Estoy como un búho en la oscuridad al que aún no

le llega la hora del canto

Pilar Dughi

Le quedan tres cuartos de hora al sábado y yo sigo en la esquina del parque, detrás del timón del Lada, con el tufo del trago que rasguña mi garganta y la nariz roja, ardiendo y moqueando por la parchada que me di en el baño del Soltimbú. Pero ella no aparece y la busco en los numeritos fosforescentes del reloj que muerde mi muñeca y los grillos volando y chocándose contra los faros del carro. Un minuto, y hurgo la esquina por la que debería pasar. Van tres y no llega. No importa, me digo. Puedo esperar, miento.

Un mixto en mi boca. Armé dos con el resto del moño que tenía y con un poquito del falso que Gonchi me fio en la discoteca. Le meto una calada y la noche es un gigante en caída libre. Dos caladas más y miro cómo la candela avanza y la Rizla prendida se desvanece. Y el papel, ah, cómo se disuelve en la candela. Y la hierba, ah, cómo se deshace en culebritas humeantes que zigzaguean, se pierden en la nuca de la inmensa madrugada y se derrumban en cámara lenta sobre los arenales que envuelven Piura.

Comienzo a pensarla: lleva su cabello recogido, como las tombas o las enfermeras de las postas. Puedo imaginarla atravesando los aros que escupo y que se estrellan contra el parabrisas. Clip-clop-clip-clop. Corre a mi encuentro y mis dedos son los hilos que el invierno le ha cosido a sus jeans. Clip-clop-clip-clop. Y su sombra se acerca enloquecida y al galope: una yegua desbocada que viene a quebrarme las piernas.

La luz de los postes lo ensucia todo de anaranjado: empapa los algarrobos, las pistas tapizadas de baches, incluso esta esquina del parque Juan Pablo II en la que estoy cuadrado, esperándote, Camila, en medio del tira y jala, tira y jala. No quedan estrellas arriba.

9 de julio del 94, un invierno asqueroso. El ventarrón en el desierto es una

mierda, pero tengo que bajar el vidrio. Feel the vibe with your mind (feel the vibe, everybody come alive). Golpeo un par de veces y boto el humo por la nariz. Feel the vibe with your mind (come alive, everybody come alive). Ni en el malecón hay tanta humedad, carajo, y la tos. Saco el bate por la ventana y lo chasqueo con el dedo medio. Un torbellino de luciérnagas salta al viento, no vaya a ser que se me prenda la camisa mojada de whisky y, ahí sí, la cagada. Feel the vibe (feel the vibe). Cualquiera diría que el auto se quema. Feel the vibe (ahh, sing!). La humareda avanza hasta volverse una con las nubes, confundiéndose con la garúa. La música del Soltimbú todavía se escucha porque estoy a cuatro o cinco cuadras de ahí y el Feel the vibe with your mind (come alive, everybody come alive).

La espero, la espero y pronto me encuentro un casete en la guantera. Tiene las tripas afuera, entre cajetillas rotas de Marlboro. Qué chucha. Me agacho a recoger el lapicero que dejé caer entre los pedales del embrague y el freno. Es verde neón, octogonal, punta redonda, tapa mordisqueada, de esos que tiñen las manos, el brazo, la cara, todo, toditito, de azul lechoso. Decido rebobinar el casete, engañar al reloj, a la araña que me clava su veneno en la nuca y que avanza, se mete, brinca, muerde, pica y se acuesta a tejer en mi tabique después de la pichanga en el baño con el Gonchi. Y mis manos furiosas y la noche y Camila y el gira que te gira, gira que te gira, como si la fricción hiciera lo suyo y ¡zas! El mono descubriendo el fuego, el hombre pisando la Luna, las tripas y la música dentro del pedazo de plástico.

Vendrá masticando una menta para disimular mi peste. En cualquier momento la veré cruzar y sísísí sísísí, el adorno de taxi, un perrito de yeso meneando la cabeza.

Con este frío de mierda habrá que calentar la máquina. Paladeo el porro, doy caladas pequeñitas, nada se desperdicia. ¡Me quemo! Tiro la colilla diminuta por la ventana. Media vuelta a las llaves, los faros del Lada parpadean. El motor tiembla, se ahoga, ruge y se apaga. Silencio. Un minuto después, la llave y el pedal a fondo: rummmmm. ¡Apura, Camila!

La llamaré con un silbido. Subirá de un portazo y me cubrirá de besos. Llevará puesto un suéter verde, verde cachaco, y me dirá que perdona la demora (Ya, mi chola), que mi viejo estuvo jodiendo (¿Qué te ha dicho?), que gracias y mua-

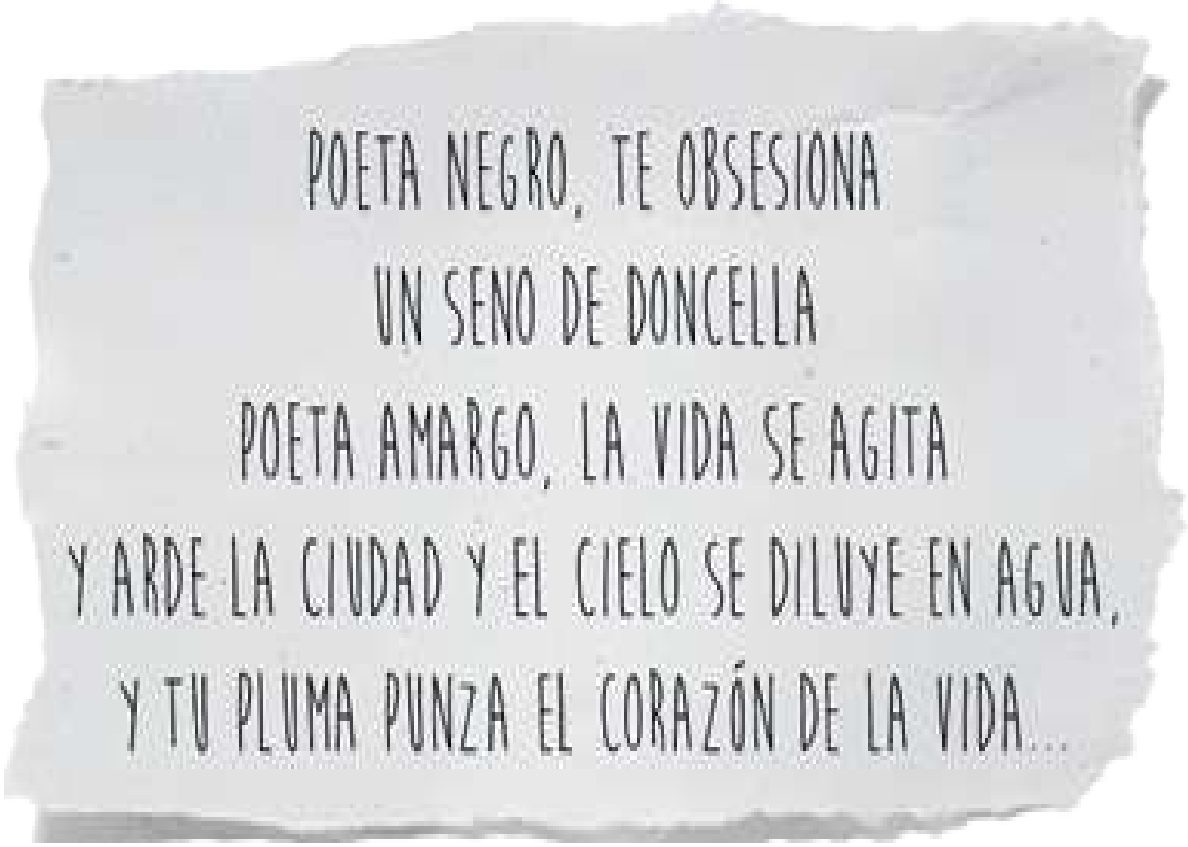
mua-mua, te amo (¿Ah, sí?). Mua-mua-mua, y que estoy harta de que me insista con que te deje o te va a partir la cara (¡Pendejo!), pero que yo sé que tú no te dejas de nadie (¡Ni cojudo!), y que vámonos porque se hace tarde y que perdona, ¿sí?, no vuelvo a demorar (Más te vale), aunque con la espera te arrechas rapidito y jijirijiji.

Su risa deshilacha cada frase y me gusta que me las entregue a medio masticar. Voy a prenderme de su boca. La radio devora el casete en automático. Acercaré mi nariz hasta el dorso de su cuello y le diré que bien hubiera podido esperarla cien años o más, o una vaina de esas con su cita a Vallejo, Artaud o Buko. O quizá no le diga nada y solo le bese el mentón y la oreja izquierda. Luego, sonriendo, Camila tomará la pelotita de chicle que dejé pegada al tablero y se frotará de mentol los labios. Hará globitos que de inmediato yo pincharé con la lengua mientras ella le sube el volumen a la radio. El You gotta run to meeeee. Uuuuuuuh can't you seeeee nos lamerá los oídos y avanzaremos varias cuadras hasta perdernos por las calles carcomidas de este desierto con eterno aire a matadero.

¡Diez pa' las doce y la puta madre! Tardas un huevo, Camila. Seguro tu viejo te ha llorado y tú caíste en el teatrito ese donde finge un ataque y, tumbado en el sillón, con la pija muerta, te grita sobre lo bueno para nada que soy, lo malagradecida que eres y que mejor deberías acostarte con el Toño. ¡No te hagas, Camila! ¡No me quieras huevear! ¿Cuál Toño, cuál Toño va a ser? ¡Antonio de Osambela! ¿No le dices Toño, Toñito? ¡Claro que conozco al maricón ese! Hace una semana que te va a buscar a tu casa. ¿Crees que no sé? O sino se cuadra frente a la uni para presumirte la bata blanquita de interno y su Toyota. Yo lo he visto, Camila, no me jodas. ¡Me limpio el culo con su bata y su Tercel negro! Sé que tu papá te saca en cara que el Toño no es como el malviviente de tu Cheché, que se la vive en el vicio, en el trago, y jode que jode, hija, con esa poesía de mierda sobre la coca y las putas y esas cosas que seguro anda proponiéndote a la oreja el cojudo ese. ¡Si hasta lo escucho al cagón!

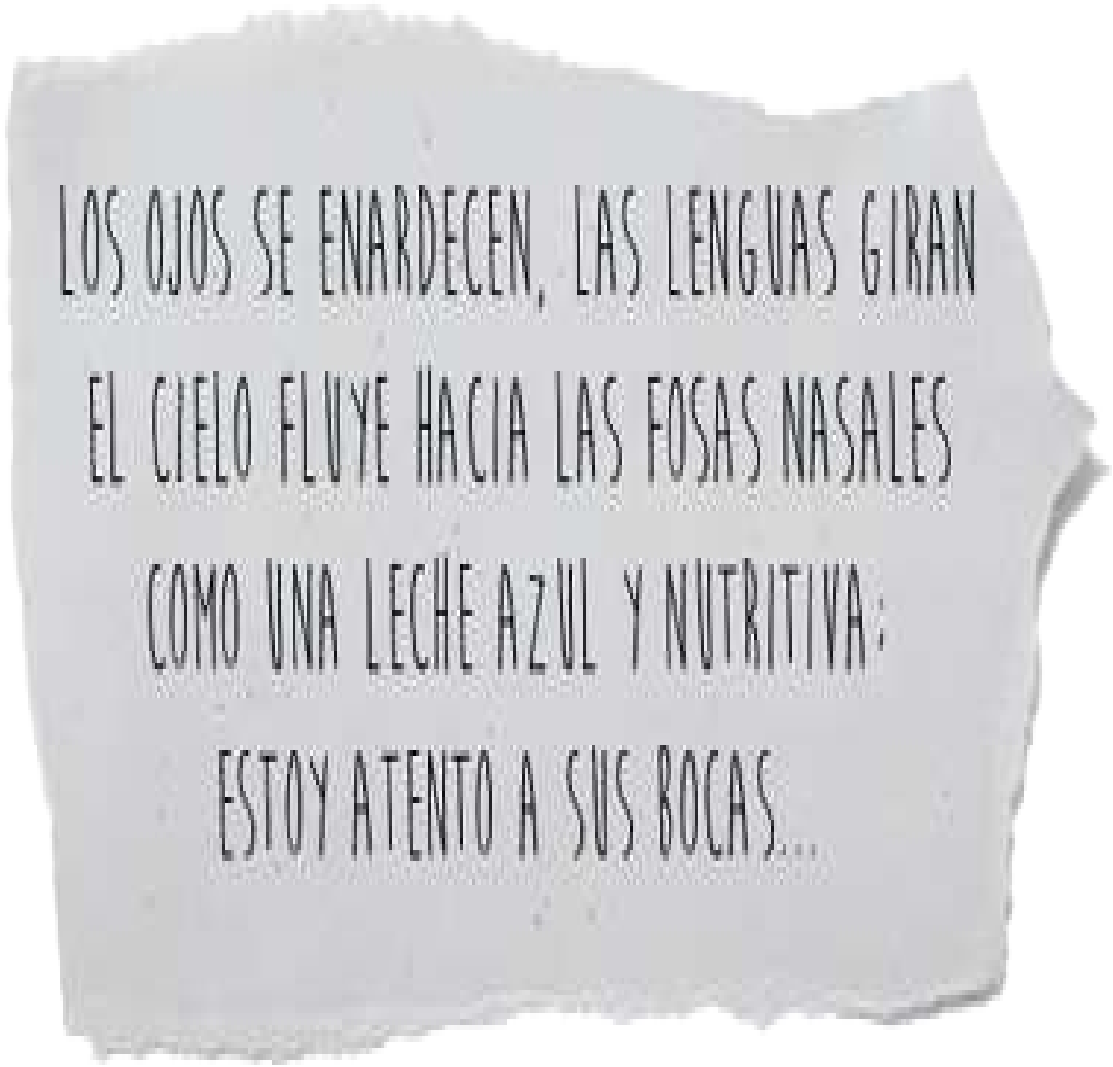
Y acá me tienes, esperando por las huevas porque seguro te entró la culpa. ¿Te jode desobedecerlo? Sí, eso es. ¡Te recontra jode! Ya no podré hundirme entre tus piernas. Ya no voy a comerme lo que el gramputa de tu viejo no quiere que me des. Cagao, porque hace rato me lo diste sin que se enteren ni él ni el huevón del Toñito, que babea por ti con el estetoscopio en el cuello y su bata blanquita,

bien blanquita, el muy baboso. ¡Pero mira la hora! A ver, Camila. A ver. Yo soy un buen tipo, a ti te gusta lo que escribo, a todos les gusta, soy un amor a pesar de las cosas que tú me sabes y que le callas al resto. Soy bueno, ¿verdad?



Estoy fregado, Camila. Escribo y eso basta, aunque nadie más que tú me lea. Recito a gritos, aunque me cierren la boca a pedradas. Mi voz reventando en el papel. Los muertos en control de mi lengua. Eso no da plata, dice tu viejo. Eso no compra la casa y el carro que puedo ponerte, te miente al oído De Osambela. ¿Qué saben los chanchos de Artaud?

¿Qué saben de métrica o verso libre, ah? ¿A quién le han ganado? ¡Tira de sarnosos! La historia vendrá veloz, descarrilada. Se los llevará de encuentro, como moscas pegadas al parabrisas. ¿Y así te dicen que soy el inútil, el mantenido, el pobre diablo? ¡Todo lo que hago es un intento de recuerdo!



Y sigo aquí a pesar de eso, esperando a que cruces esa esquina para subirte al carro. Pero tú, Camila, tú no llegas nunca.

Te equivocas, no te voy a dar el gusto. Ninguno de ustedes se va a reír de mí. Se acabó, ¿me escucharon? ¡Se acabó! Llave a tope, casete en la radio, primera y pedal a fondo:

¡M e l l e g a n a l p i n c h o!

La pista es un abanico en el que salpican todos los colores del desierto con veredas que es la ciudad. Y río, porque las ráfagas de verde huelen a chicle y las de amarillo cosquillean bajo mis párpados y las otras, color rojo, son rojas como roja también es tu boca, Camila. Seguro andas tirando en tu casa con De Osambela, y tu viejo te escucha complacido y se imagina el porvenir mientras celebra con whisky cómo el médico te la arrima y tú feliz, entre globito y globito de Clorets, con la lengua verde y picante de puro mentol, pensando en el carro y en la casa que yo no podría comprarte.

Ese es tu desprecio.

La calle se abre y se desdobla y la veo encenderse en un remolino que arranca de su sitio al pavimento, a los algarrobos de los jardines, a los semáforos de las rotondas, a cada piedrita afilada de la trocha, al alquitrán caliente como nubes de bombas de Hiroshima. Y se estira el camino hasta enredarse en los postes y cubrir la ciudad de sombras que se sienten de vidrio.

Se me derrite el timón entre las manos y retrocedo hasta hace unas horas con Gonchi, en el box del Soltimbú. El huevón me pide que no maneje, que parche tranquilo, que llame un taxi y me jale a jatear, que deje el cache para mañana. ¡Como si no me conocieras, Gonchi! Ni cosquillas me hace tu vaina, conchetumare. Maizena le has metido, cagón, y que fíame un par de tiros y que te los pago el lunes a lo que sales de clase. Con el plástico y la piel del timón escurriéndoseme entre los dedos, veo a Gonchi torcer la boca mientras se soba la nariz blanquísima y yo: ¿cuándo he sido falla contigo, ah? Gonchi se caga de risa. Un par de palmadas en los pulmones y pasa el falso y los moños. ¿Y el whiskacho? Trae para asentar la pichanguita. Y yo le prometo por esta que me quito ahorita donde la Camila, se la guardo y de ahí me guardo, todo tranqui y

que jajaja los dos. Juro que trato de poner el timón en su lugar, juro por Dios que lo intento, pero se me escurre porque es de plastilina suavecita, suavecita, y no hay izquierda o derecha o adelante o atrás. Y las luces revolviéndose en un tornado intermitente de agujas, el motor desquiciado, el pedal contra la pelusa del tapete, la pista que no es pista en pleno remolino, un relámpago de asfalto largo como la cola que dejan los cohetes o los cometas, y Camila mamándosela a Toñito en su Tercel del 93 y su viejo aplaude que aplaude, feliz porque el yerno nuevo se caga en billete y los nietos le saldrán colorados. Y el troncho chispeante que me prende la camisa, la trusa en llamas, el reloj goteando sus numeritos luminosos desde mi muñeca, el golpe.

Un grito filudísimo.

Un grito le parte el cráneo a la noche.

Mi cabeza (se) rompe (en) el velocímetro.

Las ruedas al vuelo. El caucho y su rastro achicharrado sobre la berma.

Ojalá me llamen a desayunar pronto: los domingos mi viejita hace un frito de la conchasumadre.

Las náuseas me trepan por la garganta: un batido de algo que, espero, no sean los pedazos de mi hígado. No importa cuánto lo niegue: aunque esté jodido, aún creo que cruzarás la esquina, Camila.

Empujo la puerta. Zafo las piernas que el tablero oprime. Puja que te puja, hasta que aflojan los huesos y toda mi humanidad se hace añicos contra el suelo. Boqueo: soy un pescado al que sacaron del agua y arrojaron a la pista caliente. No hay dolor, mi carne es de concreto.

Trato de incorporarme, lo intento desesperadamente y me sostengo de la puerta. La música sigue en la radio, pero ahora mismo eso no importa. Las piernas me fallan, la puerta del Lada se desprende y muerdo el asfalto de nuevo. Me toco la boca: me faltan dos dientes. En su lugar, una espesa cascada escarlata se desliza por mi mentón. Giro la cabeza. La sangre empapa mi pelo.

La trompa del auto, retorcida; los vidrios como bolitas de mercurio por doquier;

y el humo que sube y sube desde el motor descubierto: el Lada es un dragón herido. Un laberinto de escamas rotas, desgastadas. Una bestia beige moribunda que mea combustible sin control.

—¡Una ambulancia!

—¡Pobrecita! ¡Ayúdenme a levantarla!

—¡Ponle la mano a ver si respira!

—¡No, no la muevas, la puedes fregar más!

Te demoras mucho, Camila. ¿Ves? Unos huevones vienen a buscarme bronca. ¿De dónde salieron? ¿Qué tanto hablan? Los conoces, ¿no? ¡Tú los mandaste! ¡Tu viejo y el Toño les han pagado!

—¡Les voy a sacar la mierda a toditos!

Entre arcadas, devuelvo hasta las tripas. La nariz me cuelga de un hilo de piel. Apenas puedo respirar, pero el desmayo no viene: mi carne es de concreto y no hay dolor. La noche continúa aplastándome…

—Ese cojudo está zampadazo.

—Es medianoche, ¡llamen a la policía!

—¡Pidan primero una ambulancia!

Quiero levantarme, enfrentar a la multitud que se me ha echado encima. Lanzo, inútil, un par de ganchos y escucho sus carcajadas, mientras siento cómo los golpes van a dar a la nada y se pierden en la indiferencia del polvo. Los huesos clarean a través del jean. Soy una lombriz partida a la mitad. Y en el vendaval de voces y dedos afilados, intento cerrarle el hocico a los que no dejan de ladrar. Pero no importa cuánto lo intente, todo lo que queda en mis ojos son garabatos, trazos de luz como candelillas temblorosas y un chillido muerto en la garganta, ahogado por la náusea.

Y tú que sigues sin llegar.

Lloro tumbado boca arriba, duro, tieso como los perros que los terrucos colgaron

de los postes e incluso de la estatua esa del papa que está en el parque. «Den Xiao Ping, perro traidor», en un cartón amarrado al pescuezo del animal. Cómo lloraste por los pobres, Camila, el día en que los vimos banderear por todo Santa María del Pinar. Encima de cachaniños, mataperros, dije, y no pude contener la risa porque, desde cierto ángulo, parecía que la figura de cemento de Karol Wojtyla era la que en realidad estaba ahorcando al animal. Me odiaste desde entonces. Me odias ahora, solo que aquí no hay cachorros tiesos, ni terrucos, ni estatuas cagadas por las palomas y embarradas de sangre seca. Solo estoy yo, tan hecho mierda de repente.

—¡La chica no respira!

—Yo lo vi a este cuadrado en la esquina del parque.

—Arrancó y se la llevó de encuentro.

—¡Asesino! ¡Asesino!

¿Asesino? ¿¡Asesino yo!? ¡Por la puta madre! ¡Ningún asesino! ¡Soy un poeta! ¡El emperador del verso es incapaz de matar!

Escucho llegar a más y más autos. Más extraños se han sumado a la turba que me asfixia. Empiezan a llover las primeras piedras, las patadas feroces. El casete ha girado de repente. Los bajos se confunden con el estallido de sirenas que está cada segundo más cerca.

Dibujo tu cara en mis retinas. I don’t know why you’re not fair. Te extraño, Camila, mucho, mucho. I give you my love, but you don’t care. Y veo tu rostro iluminarse con el juego de azules y rojos, rojos y azules que traspasan mis párpados. So what is right and what is wrong? Las piedras le sacan chispas a la carretera. Los meteoritos que anuncian mi extinción. Ojalá pudiera anotar eso en mi cuaderno, conchasumadre. Ojalá alguien me hubiera escuchado. Gimme a sign…

Aúllo, pero la noche me niega la luna.

Silbatos, bocinas, sirenas, faros. El viento las arrastra, me consumen.

Empieza a garuar.

Y tú, Camila… tú que no llegas.

Hora del baño

Sé que te disgusta verme entrar al cuarto cuando hace calor y cargo la tina y llevo la esponja entre los dientes mientras hago malabares para sostener el jabón, el champú y un patito con el que te bañas porque te gusta y porque sabes que solía ser mío y ahora, desteñido y sin el ojo izquierdo, es tuyo y de nadie más.

O eso es lo que quiero creer, Laurita. Pero, incluso con juguete de hule y la esponja de tul y el champú-no-más-lágrimas, puedo escuchar tus pucheros cuando me agacho a dejar las cosas, disponiendo de cada una con paciencia, colocándolas sobre las manchas que este ritual interdiario ha dejado en el parqué.

Y gruñes, te quejas, revuelves las sábanas que acabo de sacarle a tu cama y que de puro amarillas van al cesto de la ropa sucia (mañana toca lavar, tender, recoger, doblar).

Me ves salir del cuarto. Sigues con la pataleta. Yo finjo no escucharte desordenarlo todo. Tarareo. Busco el agua del hervidor. Voy por el balde que dejé en el fregadero. Y después de revolver y probar la temperatura con la mano, voy dificultosamente de regreso con diez litros. Cualquier día el asa de acero me cortará los dedos.

Uy, qué rica. Vas a ver qué calientita está, Laurita. Pero en tu rostro solo quedan los pucheros con los que cada mañana me tropiezo yo mismo en el espejo, demacrado, harto de buscar cómo estirar la plata. Entre la pensión del viejo y lo que gano por las clases y talleres no alcanza. Ya no sé en qué pantalón me falta buscar algún billete olvidado.

Tus jarabes son caros, ni hablar de tu doctor. Si tan solo hubiera estudiado Medicina como me rogaba el viejo... hace rato te hubiera compuesto, Laurita. Y tendría con qué comprarte la fórmula de vainilla que te gusta y no la soya que tomaste ayer. ¿Pero qué otra cosa puedo darte?

Si supieras que el libro no se vende y que el periódico ya no quiere recibir mis columnas. «Lo de hoy son los chicos, Ramirito». Mi reemplazo hace videos para TikTok, pero también tiene el título universitario que me falta. Un éxito el muchacho, dicen.

Por eso María se fue. No podía con las dos a la vez. Al menos ahora se le ve feliz con el ingeniero. No la odies, te lo pido. En el fondo, ella también quiso

estar con nosotros. Tú no tienes nada que ver. ¿Quién habría de escogerme luego de toda la mierda que le hice? ¿Por qué no le hice caso al viejo?

Los amigos me evitan y no los culpo: esta mala racha seguro es contagiosa. Aparte, quién se juntaría con el tipo sobre el que pesa un expediente en el juzgado de familia, dos reparaciones y, desde 2009, quinientas copias de una plaqueta invendible en los anaqueles de las librerías del centro.

Por suerte, tú no te enteras de nada, mi Laurita. Mejor así. No debo explicarte nada, solo debo abrazarte fuerte y procurar que comas a diario, que no te falten las pastillas, que haya con qué mover al médico para que te atienda en la casa y tu ropa huela rico.

Pero si hay algo que detestas que haga, el único momento en que de verdad sé que me odias, es cuando el calor chamusca y me ves montar este espectáculo de jarras, baldes y envases, aunque luego se te pase al tenerme a tu lado, agachado, convenciéndote de probar el agua calientita, calientita. No te culpo, doy asco.

¿Ves qué rica está? Y yo que agito tu manito como un pez que intenta huir río arriba. Sonríes y por un rato se me olvida que no llegamos a fin de mes.

Un milagro, uno solo...

Y reímos hasta que te escucho toser. Y soplo tu cabecita, te alzo los brazos. Shhh, shhh, ya está, ya está, ya pasó. Toco tu espalda quebradiza en lo que a mí me cruje la cintura, porque uno se hace viejo sin enterarse de los males que van a desmoronarle por dentro hasta que un buen día te encuentras cansado a los tres pasos, te falta el aire y ruegas por un asiento al que poder pegar el culo pronto. Los suspiros de alivio urgente delatan un cuerpo que comienza a ceder a partir de los cuarenta y pico y recién ahí uno se descubre achacoso, con pecas por todos lados, con la piel corrugada a tramos y la primera oleada de canas.

No me llores, Laurita, ¡Uy, te ganó el patito y sin quejarse! ¡Ah, qué bien nada! Y cuac-cuac, cómo te llama el bandido, cómo te guiña el ojo izquierdo; y el patito, squich, y tú sonríes con los pocos dientes que te quedan en la boca. A ratos no dejo de preguntarme qué haría el viejo si estuviera acá.

Toma, agárralo. No llore, dile, no llore.

Y te miro cargarlo como si fuera un bebe al que hay que sacar el chanchito con

palmadas. Así, distraída, aprovecho a desabotonarte el cuello de la bata de flores rojas y volados de muñeca.

Haz que el patito toque el cielo, Laura. ¡Que vue-le, que vuele!

Y a medida que intentas acercar el pico de hule al techo, te desvisto con mucho cuidado y después me llevo el trapo a la nariz: no, ni hablar. Y aprieto los ojos: directo al cesto de ropa sucia. A ver, ven por acá. Un último esfuerzo: el pañal que se abre y cae como una piedra.

Y entonces a la tina. Primero una pierna, luego la otra y a ver, espérame, ah. Por fin, sentada, dejo que reconozcas tus dimensiones y que el agua con su caricia vaya calmándote. Te fascina su temperatura, lo sé. No fue tan malo, ¿verdad? El jarrito sube y baja y el flujo transparente y tibio se desliza por el pelo blanquísimo que te queda.

Recuerdo los veranos que pasábamos con el viejo en Colán y tu cabello como cascada de oro cayendo por tus hombros. Hermosa. La arena caliente y tus manos empapándome con la espuma que avanza por la orilla. Te veo a ti, Laurita, jovencísima, bañando mi cuerpecito, blando, quebradizo. Te siento acariciarme como yo ahora lo hago contigo, mientras te lleno de jabón y champú y la esponja en la espalda, girando y girando. ¡No me mojes, caramba! Y tú que te ríes con los pocos dientes que resisten en esas encías sin color, casi fantasmas.

Cierra los ojitos. Y rasca que te rasca con mis dedos sin uñas, cabezones. Por lo menos para eso quedan perfectos. Hace dos años que hacemos lo mismo y, al sacarte del agua, intentas un nuevo puchero: deseas que este baño se prolongue para siempre. A veces yo también, pero hay que sacarte ya. Unos minutos más pueden hacer la diferencia entre la limpieza cálida y la pulmonía fulminante.

Tu cuerpo desnudo gotea, inmóvil. Gimoteas en silencio en un lenguaje ininteligible de vocales alargadas y pienso en el ulular triste de las cuculíes. Tu vista apagada, deslucida, hacia el rincón. ¿Qué es lo que buscas allí donde las paredes se juntan y las telarañas se tienden como mantos sobre nuestras cabezas? Tal vez intentas recobrar la redondez de mi rostro (Quiero decir, del rostro que me recuerdas, ese que siempre fue más tuyo que mío). ¿Me encontraste, mamá? ¿Me recuerdas por fin? Pero no contestas. Hace años dejaste de hacerlo, pero aquí sigo lanzándote mis palabras como migajas para las aves de tu conciencia

que partieron y que ya no van a volver a posarse sobre ti. Laurita, ¿te acuerdas si lloraba cuando debías sacarme de la playa o enjuagarme en la bañera? Quiero creer que el llanto es todo lo que nos une en este instante o, mejor dicho, todo lo que nos queda en común.

Y de nuevo soy yo el que te seca suavemente y repara en los lunares de tu espalda (¿o son los míos en la tuya?), y reconozco en cada pliegue de tu piel marchita el lugar donde habitó mi lejana infancia.

¿En qué momento se queda uno atascado en la mierda?

Sé que, aunque odies verme llegar con la tina enorme y la esponja y el champú y los baldes y esas toallas con las que te envuelvo cuando el piso de parqué del cuarto se encharca y tú luchas por conservar el tibio abrazo del agua, reconocerás que son mis manos las que sobreviven al olvido que te aqueja, al lugar en el que seguimos envejeciendo.

A veces quisiera seguir siendo tu niño, Laurita. Y que seas tú la que me consuele ahora que no puedo parar de llorar, empapado y maltrecho, como el patito tuerto que flota entre la espuma y que en silencio nos mira.

Las últimas flores mueren con la tarde

El casco de la chalana es un cascarón a punto de quebrarse.

Pareciera que la mar, a la que Hilarión había dedicado los últimos cuarenta y cinco años de su vida, conocía sus intenciones. O cuando menos las presentía, tal como las fieras intuyen la cercanía del desastre. Y ahora ese enorme animal sin bordes ni sombra se empeñaba en regresarlo a la orilla. Pero, aunque sus golpes cada vez más bruscos le llovían de todas direcciones, como si tratase de amedrentarlo, Hilarión se mantenía al mando de su navío, cuidando de su pasajera y chapaleando dolorosamente con ese par de remos que eran la extensión de sus brazos envejecidos y necios.

Esa mañana, Hilarión se había rehusado a prestar su chalana para la procesión de los santos que la caleta organizaba cada 29 de junio. Desde que tuvo edad para defenderse solo en la pesca, lo había hecho sin falta. Se embarcaba con una decena de los suyos, fervoroso y honrado de portar las andas benditas de los apóstoles. Y participaba de una ceremonia en la que una veintena de balsas y botes de todos los tamaños, formas y colores trazaban un circuito al que se sumaban otras lanchas y bolicheras con fieles a bordo, una banda de músicos y un sinfín de arreglos florales que terminaban dejando un rastro luminoso desde el muelle hasta el final del trayecto. Un sendero movedizo de pétalos: como si con ello la naturaleza marcara el recorrido que la fe enseña a los hombres, sea que se ganasen el sustento en las chacras de la tablada o librando la faena en altamar.

Así fue durante décadas, pero ese día Hilarión pintó un enorme «no» de color negro en el frontis de su cabaña de madera y se encerró. De todos modos, nadie fue a tocar su puerta para pedir su chalana, y a pesar de que no hubo quién se atreviese a recriminarle su ausencia en el festejo, por primera vez Hilarión sintió que los estragos de una culpa insistente le aquejaban. Era lo justo, o cuando menos, lo único que podía permitirse como parte de una revancha, una pequeña muestra de la amargura que tan repentinamente le había herido. ¿Buscaba con eso fraguar una especie de venganza frente a la tragedia? ¿Una forma de desprecio hacia la fe que él y su mujer habían abrazado? ¿Ese era su desquite contra el dios que, sin remordimientos, le había arrebatado el sentido y la continuidad a sus días? Solo Hilarión conocía las respuestas.

La batalla fue ardua y el olor salobre hervía colérico en sus poros. Pero una vez que consiguió alejarse lo suficiente de la playa, pudo alcanzar la quietud del océano abierto, más allá de las boyas donde los leones marinos solían derrumbar sus carnes y más lejos todavía del lugar donde acostumbraba lanzar sus atarrayas y anzuelos.

Cuando por fin devolvió la vista al horizonte y sus brazos entumecidos pudieron reposar del esfuerzo que consumía su aliento salado, la tarde ya lo inundaba todo con su sangre. Entonces, Paita, su pueblo, le pareció el lomo terroso de una tortuga flotando a la deriva, y esa imagen lo reconfortó por un instante: unos pocos metros lo separaban de su destino.

Nunca tuvo hijos. Cuando Hilarión era joven y solía sumergirse a pescar con arpón, el poderoso coletazo de un mero murique le arrebató para siempre cualquier posibilidad de empezar una familia propia.

La fuerza del monstruo marino, un disparo errado y, luego, la fría mordida del acero. Hubiera muerto sobre el lecho rocoso de no ser porque uno de sus colegas notó que la espuma que rompía en las peñas se teñía de rojo.

Entre varios lo llevaron a emergencias. La trusa hecha girones y la sangre chorreándole por las canillas. Y fue ahí, mientras luchaba por mantenerse consciente y vivo, que Hilarión sintió por vez primera las manos de quien habría de convertirse en su mujer. Unas manos delicadas que oprimían su vientre, uniéndose a él con la desesperación que solo el amor y la proximidad de la muerte a causa de un shock hipovolémico —que a veces son lo mismo— son capaces de provocar.

Consuelo había entrado a la posta de la caleta como técnica de enfermería y, mientras el pescador anduvo convaleciente, había cuidado de él, procurando que los puntos sanaran la herida que le había dejado el arpón.

Con el tiempo, una vez recuperado, Hilarión se

las había arreglado para convertir los cuidados posoperatorios y las terapias en citas. Como quiera que sus atenciones eran correspondidas, su cariño y cortesía dejaron paso a largos paseos por el muelle, serenatas con la guitarra de su padre, viajes al atardecer sobre su chalana y otras muestras de afecto que, a su vez, de

forma irremediable y con el correr de los meses, estaban destinadas a concluir en el cobijo que la mar propiciaba a su desnudez mutua, en lo que permanecían confundidos entre caricias urgentes y el vaivén acompasado de las mareas. Solo entonces Hilarión dejaba de creer que el accidente lo había dejado como un hombre incompleto.

Al poco tiempo, ambos entendieron que lo único que resentían era la falta cotidiana del otro. Por eso, apenas pudieron, se casaron y, desde aquel momento, acostumbrados con los años a reencontrar sus aromas en el lecho luego de jornadas extenuantes, cualquiera podría decir que ni Consuelo ni Hilarión habrían resistido la ausencia permanente del otro.

Quien más temía a la pérdida repentina era Consuelo. Sabía que la mar, además de madre, es celosa y, cuando se encapricha con uno de sus pescadores, quita sin apiadarse de nadie.

Por eso, cuando ella murió de súbito a los cincuenta y ocho, tres días antes de que empezaran los festejos de los patronos del pueblo, Hilarión sintió que los recuerdos de la convivencia se le agolpaban furiosos y luego partían muy lejos, y que junto a ellos se marchaba la felicidad que había colmado la modesta cabaña que levantara en el malecón.

En sus días de descanso, recordaba a Consuelo adivinando su silueta recortada contra la inmensidad. Le gustaba imaginar que, desde lo alto, su mujer se asomaba a la ventana en busca de su chalana roja. Saberla lejos, inalcanzable, había derribado las esperanzas que el viejo pescador abrigaba de una próxima muerte dulce, compartida entre las sábanas de la vejez que empezaba a cernirse sobre su matrimonio.

Sus compañeros de faena, apretadas delegaciones de enfermeras, la poca familia que le quedaba (o que se acordaba de la pareja), hasta el padre Chunga de la iglesia de Las Mercedes, acompañaron el primero de los rezos que luego el propio Hilarión se encargaría de suspender. «Mi más sentido pésame, hermanito». «Era tan buena, doña Chelo». «Resignación, hijo, resignación».

Con su esposa murió en el pescador el temor a un dios que era capaz de negar clemencia a sus hijos más inocentes.

¿Merecía Consuelo padecer el terrible martirio de un cáncer silente? ¿Merecía ella, que había dedicado su juventud a curar y a encargarse de los males del

prójimo, que había padecido en silencio los dolores que anunciaban su pronta muerte, desaparecer de este mundo de modo tan tosco? Una, una sola era la respuesta. Para todas las preguntas era la misma. Hilarión lo sabía y por eso la pintó grande en la puerta de su casa aquella mañana de fiesta, feria y procesión marina, y decidió echar a andar el plan que llevaba repitiéndose compulsivamente, hasta convertirlo en plegaria.

Aprovechando el jolgorio y la distancia que los demás habían preferido guardarle luego de las condolencias, una tarde limpia de San Pedro y San Pablo, el viejo Hilarión se hizo a la obra.

Tomó el cuerpo de su mujer, arrebatándoselo al cajón en el que hasta el día anterior había sido velado y, con cuidado, vistió con el mejor de los conjuntos que halló en el horcón al cuerpo al que por años le había prodigado su afecto.

Peinó su cabello con el peine de madreperla que le había fabricado para uno de sus primeros aniversarios. Amortajó la piel oscurecida con vendas gruesas y anchas para protegerla de los golpes. Polveó su rostro hinchado, le prendió unas enormes dormilonas de plata en la carne macilenta de las orejas, y con delicados toques perfumó sus muñecas y la parte baja de su cuello salpicado de lunares y manchas púrpuras. Por último, ciñó a su rostro el velo de encaje, recuerdo de su madre, que Consuelo había lucido el día de su boda.

Cuando las almas del vecindario abarrotaron las plazuelas, las iglesias, las cantinas y el pampón donde se desparramaban los puestos de juegos y comidas, el viejo supo que había llegado su oportunidad.

Procurando no ser visto, descendió por el malecón y caminó por la orilla. Era fuerte y fibroso y llevaba a Consuelo en brazos, como dormida. Por alguna razón que escapaba a su entendimiento, la sintió hecha de nubes, tanto que sus huellas parecían no hundirse ni dejar marca en la arena mojada.

Al llegar a su chalana, subió a su esposa y la acomodó junto a unos rollos de soga. Sentada, imperturbable sobre el piso que había forrado con plástico para la ocasión, le parecía feliz por este último gran viaje.

Arrastró la pequeña nave en cuya proa estaba pintado el nombre «paloma bandida», una canción que les gustaba a los dos. Y mientras se empeñaba en

acercarla al mar, pensaba en que hubiera preferido enterrarse junto a ella en el surco que se iba formando detrás de sus pasos cansados; sin embargo, comprendía o intentaba hacerse a la idea de que su suerte era otra.

El empuje de la espuma embravecida fue elevando el esqueleto combado de la nave.

Una vez que el agua le llegó a la cintura, Hilarión se encaramó como pudo a uno de los bordes y se dejó caer frente a su pasajera, que lo esperaba tal y como él la había dejado: unida con soguilla al asiento, inmóvil, preciosa.

Colocó los remos en su lugar y comenzó a asirlos con una violencia desesperada, impropia para los sesenta años que ya coronaban los nervios de su cuello, hinchados como raíces gordas y saltonas, y esas manchas blancas que ganaban terreno sobre la piel de sus brazos, presos de una furia incontenible.

Y remó con la vista fija en sus memorias, recordando la primera vez que llevó a su pasajera a conocer los confines secretos de las aguas.

Los primeros candiles empezaron a iluminar la caleta. «Joyas en un caparazón», pensó Hilarión.

Empapado y jadeante, intentó reponerse del trajín. Acurrucado junto a la silueta de la pasajera, contemplaba su silencio. La abrazó, le besó una mejilla húmeda e imaginó cómo a esta hora el resto de pescadores continuaba en las ferias que se habían montado en la plaza mayor.

De cuando en cuando, una armonía de trombones y platillos se lo confirmaba. Acaso le pareció reconocer la cumbia que la brisa arrastraba hasta sus oídos,

Yo quisiera ser como el mar

Y que tú en mis olas te vinieras a bañar

Para poderte retener hasta el fin

Mi amor…

Incluso podía ver cómo rondas de familias ente-ras empezaban a reunirse y a girar alrededor de yunzas y cerros de cajas de cerveza, pero pronto notó que eran solo figuraciones, tal vez provocadas por la sed y la pena que retumbaba en sus tímpanos.

Debajo del entablillado que le servía de asiento asomaba el pico de una botella que Hilarión, casi por instinto, levantó y se llevó a la boca. En cuestión de segundos la dejó vacía. El cañazo le cortó como el filo de un cuchillo mientras se deslizaba por su garganta.

El viejo pescador devolvió sus ojos pálidos al rostro de su pasajera y se quedó quieto, examinando el encaje del velo que cubría su rostro, el tintineo de las dormilonas de plata que colgaban de sus orejas. Ella se negaba a mirarle. El rastro seco de las lágrimas le partía en dos los pómulos que el sol y la sal le habían afilado malamente: el momento estaba cerca.

Observó sus cabellos oscuros, acariciados por la brisa, y buscó redescubrir el reflejo reluciente del ocaso en unos ojos que ya no volverían a enterrarse en los suyos. Era inútil. En las órbitas ausentes de la mujer que amó yacía el secreto resplandor de una noche infinita, como el océano de estrellas que empezaba a reflejarse sobre la superficie. Aquel fulgor de unos ojos privados de color y voluntad.

Y remó, a pesar de que el alcohol y la pena se confundían en sus venas, atrapado en el movimiento circular de sus hombros, con la sal lloviéndole en el rostro, escupiendo por la borda, como si quisiera olvidarlo todo a fuerza de expulsar la desazón del vientre. Pero ya era suficiente: había alcanzado el lugar en el que todas las procesiones de los santos concluían, año tras año.

La boya color esmeralda señalaba el lugar donde las flores y las coronas de los fieles eran ofrecidas a la mar.

Hilarión unió el bote a uno de los bordes oxidados del aparejo y se detuvo para asegurarse de que los nudos estuvieran bien hechos.

La brisa arrastraba a intervalos pedazos de canciones y el eco de la risa de los

niños del pueblo. «Pudimos haber sido los mejores papás, ¿no te parece?». Las campanas de la iglesia dieron las seis. El tiempo era perfecto.

Mientras el cadáver de Consuelo iba desapareciendo lentamente bajo el vaivén marino, una bandada de gaviotas se descolgaba del cielo.

Los graznidos incesantes de esas aves, el murmullo del mar y las voces alegres de la caleta fueron lo último que Hilarión escucharía antes de lanzarse por la borda, unido a su amada por los pies, dispuesto a seguir su rastro luminoso y el de las últimas flores que mueren con la tarde.

No tarda en amanecer

Escondido en su mochila, el sol aguarda el momento de salir.

Cuando a Saúl le dieron la granada, el bloque de anfo y los clavos, le prometieron gloria, le juraron redención y le repitieron, con el fervor impostado del que reza un padre nuestro, que en sus manos descansaba el triunfo del pueblo, la salvación tantas veces postergada de la patria, del mundo entero.

Pero ahora que permanece ovillado en la última fila de asientos del bus, consultando su reloj de pulsera, en este instante en el que lleva un témpano de hielo ardiendo en su pecho, solo está seguro de lo mucho que le tiembla el estómago y de las ganas inmensas que tiene de estar junto a Milagros.

Falta muy poco para el toque de queda de las diez.

En las calles que el pesado bus de la Línea 1 deja detrás, los últimos vehículos del día ruedan con la indiferencia de las piedras cuesta abajo. En media hora, las tanquetas y patrulleros serán los únicos dueños del asfalto.

Josefo se lo había dicho antes de subir: los «perros» pronto dejarían sus cuarteles. Podía imaginarlos acodados en la penumbra de las calles, fal cargado, botines y camuflaje, enlodados, hambrientos y olisqueando el rastro de los suyos, de su sangre.

Hace calor y el viento permanece inmóvil. Un olor a manteca parece adherirse a los cuerpos extenuados de los pasajeros. Sus rostros pegajosos, derrotados. Al anochecer, la gente se recogía con las pupilas opacas y la ropa empapada de sudor, cargando el hambre de siempre y con un dolor sordo en los bolsillos. Alguna vez, después de que su padre muriera, Saúl también tuvo que jugarse la suerte en las veredas. A veces tuvo que rebuscar en la inmundicia de las esquinas, destripando las bolsas enormes que los restaurantes dejaban con restos medianamente tragables o, por lo menos, no del todo podridos o abombados. Otras tardes se vio obligado a cuidar de los autos aparcados mientras cepillaba sus llantas en busca de alguna propina que las más de las veces le era negada. La otra alternativa era mendigar directamente una moneda y, de hecho, lo hizo muchas veces antes, cuando era todavía un niño y mamá era la que debía estirar la mano en combis y restaurantes. Saúl estaba consciente de que era un apestado y por eso muchas veces pensó que ya había venido al mundo así: jodido de fábrica y desde los planos de diseño.

Aunque nadie hablase en el bus, el muchacho intuía que muchos de los pasajeros masticaban una rabia demorada. Quizá había quien confiara en que el sacrificio y las humillaciones serían temporales y que mañana solo quedarían los recuerdos de un pasado difícil: las monedas recogidas con vergüenza, los oficios mal pagados, los cuchicheos y dedos señalantes que herían el pedacito más frágil de su orgullo. Un orgullo que Saúl sentía marchito, pero que adivinaba en las cicatrices de perdigón que cruzaban el mentón de su compañero Josefo, en los ojos ansiosos y las muchas heridas de navaja que ocultaba bajo la camiseta y que, en lo profundo de su espíritu apaleado, alimentaban un único deseo: revancha.

Cuida tu lengua. Una palabra de más y sonamos.

El nombre Josefo era una máscara, la identidad con la que aquel joven había renacido como hombre en el seno del partido.

Aparentaba treinta, aunque debía rondar los veintipocos. El entrecejo, las cicatrices remendadas y la quijada afilada le sumaban años, es verdad. Mas el camarada Josefo seguía siendo para Saúl un manojo de detalles dispersos, un cúmulo de fotografías sueltas que, a grandes rasgos, armaban una historia. ¿Es posible conocer a alguien por completo?

Sea como fuese, y aunque no dejaba de aguijonearlo la desconfianza, Saúl está obligado a poner su vida en manos de su camarada. Había oído sobre su reputación. Una torre de alta tensión, una comisaría y dos parroquias reducidas a escombros: cuatro golpes impecables. Y aunque sospechaba que no había estudiado a profundidad los clásicos como él, que era universitario, no podía negar que Josefo reunía un don de gentes cuajado al calor de la experiencia en la organización de comunidades, gremios y juntas vecinales que difícilmente puede aprenderse sentado en un taller de lecturas clandestino del campus. Incluso una vez le contaron que, por las mañanas, trabajaba en el aserradero y la carpintería familiar. El padre de Josefo era un exminero echado a ebanista luego de perder una pierna por una explosión dentro de un socavón de La Oroya. La compañía se deshizo de él a cambio de una mísera indemnización que se agotó en una férula y analgésicos, y la promesa incumplida de pagarle un tratamiento de por vida.

Pronto, Josefo, el hijo mayor de cuatro hermanos, se convirtió en el regente del negocio familiar y, al cabo de un tiempo en el oficio, consiguió cierta destreza como un hábil tallador de muebles. Con frecuencia echaba una mano a sus vecinos, armaba puertas con los listones y planchas que sobraban del taller, levantaba mesas y sillas para el comedor popular del barrio y movía lo que hubiera que mover en la junta vecinal para que los demás quisieran organizarse en torno a protestas frente al municipio. Él mismo había ayudado a formar un par de sindicatos de recicladores y canillitas. Determinación de piedra, palabras como machetazos. Y quizá por eso es que el partido le había confiado esta parte de la operación.

Esta es nuestra cuota.

Después de un largo trecho, el vehículo dobla por un camino de bloquetas que desemboca en una trocha de arena y gravilla.

Saúl nota cómo el paisaje de concreto da paso bruscamente a los muchos descampados que cubren el sector oeste de Piura. Visto desde el arenal, que crece y se extiende por debajo de las esteras y las banderas en carrizos, el alumbrado lejano se convierte en una marea de estrellas. Un remolino de fuego enmarcado en la ventana abierta del vehículo.

Ahora está junto a un extraño y la ciudad que deja atrás es una bestia hambrienta.

Diez para las diez: un par de cejas que se arquean y contorsionan, suben y bajan. Sudor sobre los párpados. Los ojos sobre Saúl y una mano apretando su antebrazo.

Josefo y la primera señal: Saúl coloca la mochila cuidadosamente entre sus piernas.

El plan era sencillo y daba inicio con las pautas convenidas previamente, de modo que apenas lo indicara el tercer latigazo del entrecejo, anillo fuera,

mochila cerrada bajo el asiento y ¡esquina baja!

Había que apurarse… Pero Saúl, que siente un trompo girando y girando en el ombligo, aún no se resigna a la idea de cargar con muertos.

Esta iba a ser su prueba, el primer y más importante acto de fe indesmayable en la revolución que el partido había prometido como quien repite rápido y furiosamente una profecía ineludible. Era inevitable. La guerra iba a reclamarle tarde o temprano.

El comité y las células habían sufrido la dispersión de sus cuadros. Muchos pasaron a la clandestinidad, obligados por amenazas de captura y las delaciones de algunos soplones (ahora muertos o presos o vueltos despojos en prisión tras sesiones maratónicas de tortura con corriente y fierros calientes).

Había que sacar cuerpo rápido y que no hay por qué temer, no hay cabida para el miedo en los hombres nuevos y menos frente a los perros y sus metrallas, camarada. Basta con desmarcarse a otro núcleo, lejos, o al menos retirarse lo suficiente para que el plomo no lo alcance a uno. Esconderse cuando la cosa quema, pero sin dejar nunca de obrar para el advenimiento del amanecer que queremos para la patria. Pero, dado que los cuadros en el comité menguaban (podían contarse con los dedos de una mano), había que demostrar fuerza a los ojos del enemigo. O eso se le explicó en sesión plenaria. Finalmente, en el último congreso de la célula se acató la decisión del Comité Central y se designó a los responsables. Golpes chicos, pero duros: chac, chac, chac, como machetazos en el cuello que demostraran el poder y vitalismo del partido y sirvieran para derrumbar las hipótesis de Inteligencia. Seis grupos de dos personas cada uno. Seis golpes capaces de disipar cualquier sospecha de debilidad, mientras las células aprovechaban a reconstituirse y reorganizarse.

¡Una bomba bien lanzada es más efectiva que el

mejor de los discursos!

Saúl repasa su situación, escudriñando en silencio las dudas que empañan el poco valor que le queda. Entretanto, mastica el embrollo que lo acogota —pues

no es bruto— y sigue dándole vueltas. ¡Ah!, lo difícil que es asimilar su papel en todo eso cuando lo único que respondía a sus súplicas internas eran trozos de discursos y consignas.

Qué inocente había sido al creer que podría sortear la trifulca sirviendo de cuadro en el bloque de artistas populares o como simple agitador en las marchas y tomas de la universidad. La lucha armada no deja cabida a quienes se agotan en la prédica incendiaria y peor si caía en el esnobismo traidor, le dijeron.

Nadie, ningún revolucionario que se precie, huiría al llamado de las masas, menos a punta de armar pizarras para elecciones de centros federados, pintar con esponja roja los muros de la Facultad de Ingeniería por las madrugadas, escribir poemas comprometidos, reclutar a otros en lecturas, en recitales, en conciertos y tocadas subte. Demoler, demoler, y ya no de boca, no solo entre pogos y tumbando parlantes, pateando espinillas. De lo contrario, uno era víctima de la charlatanería y la prédica de café. Ya lo había dicho el gran timonel Mao y Saúl podía repetirlo de memoria, casi sin respirar: «Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada y fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia». ¿Pero y los muertos? La cuota, le dijeron. Sacrificios que uno debe hacer en favor de un bien mayor, le apuraron. «En el sacrificio de los caídos radica nuestra fuerza. La guerra es la política con derramamiento de sangre», le dijo Josefo luego de advertir el delgado hilo en el que su voz se convertía a ratos. «Iré contigo en tu primer golpe a la reacción», le dijo. Pero no sirvió de nada.

Era el deber impostergable del militante corresponder, como mínimo, a la inmolación de los suyos. Había que cercar las ciudades, arremetiendo contra los asesinos que lamen las botas del cogollo burgués. ¿Pero y el partido? ¿Acaso en sus manos la sangre derramada no manchaba?

Y así se cuentan ya diez años en la tierra arrasada, cabezas rodando cuesta abajo, pedazos de carne chamuscados, ríos y ríos que fluyen desde los cadáveres acribillados, despeñados, decapitados, apedreados...

Esto es una guerra, huevonazo.

Si no son ellos, somos nosotros.

Una mueca de cansancio larguísima hiende los rostros de la gente que cuelga de los pasamanos o se acomoda en los asientos calientes del autobús.

Más de uno consiente que los baches les hagan dar de cabezazos contra las ventanas, embarrándolas de una pátina aceitosa. ¿A cuánto estarían? Ese verano era insufrible. Fijo que en marzo se venía otro temporal o un fenómeno de El Niño sobre Piura, como el del 83. Hasta el clima tiene inoponibles ciclos de violencia cada diez años, por lo menos. Son leyes inmutables, le explicaron. Enero de 1993: ya toca otro. Hay gente que prefería evadir el aire pesado abriendo las ventanas, pero la brisa arenosa es incapaz de refrescar nada, así que solo se estaban allí, despellejándose un dedo o con la vista fija en el camino y sus paraderos donde, uno a uno, los pasajeros bajaban para adentrarse en la noche cerrada de sus villas e invasiones.

Saúl reconoce en aquellos gestos duros, desesperados, las máscaras que ocultan el desasosiego y, sobre todo, el horror de quien teme que los ecos de la guerra lo alcancen sin previo aviso. Suerte por los que se bajaron antes de que ellos dos... Pero mejor deja de pensar en eso, al fin y al cabo, él también lleva una careta propia: al partido no le importa Saúl, se decía, le importa lo que Lev pueda ofrecer.

Con la mochila sobre los pies, piensa sobre todo en su madre. En cómo habría de mentirle cuando le preguntara por qué ha llegado tan tarde y dónde había estado, mientras le echaba en cara lo egoísta que es por preocuparla con sus ausencias cada vez más frecuentes. Piensa también en el partido y repara en la imposibilidad de eliminar de su memoria a los remanentes de la prédica de las células, mientras intenta volver desesperado al recuerdo de la familia que le queda.

La cosa es simple: o estás con

nosotros o le besas la mano a los cerdos

de la patronal, soplón de mierda.

Mamá nunca estuvo de acuerdo con que yo estudiara Ingeniería en la universidad, recuerda Saúl. Ella creía que era completamente inútil que a gente como nosotros se les diera acceso a vegetar ocho horas en un salón cuando podía utilizar ese tiempo para hacer dinero. No la culpo. Conocimos solo la miseria y el odio, y la única forma de despercudirnos un poco de su penumbra fue llorar sangre, quebrarse el lomo y destruir nuestras manos a punta de trabajos y labores repetitivas, mecanizantes. Las cosas habían mejorado un poco respecto a cómo fueron cuando era un niño, pero lo cierto es que en el Perú nada mejora, sino que uno se acostumbra a la mierda y después de algún tiempo las cosas dejan de parecernos tan pendejas. Mal que bien, de deambular por las calles, ahora mamá tenía un puesto de service de limpieza en la biblioteca municipal y se pasaba las mañanas envidiando a los muchachos que desperdiciaban fuerza motriz con la cara pegada a los libros. Cómo quisiera haberles cambiado los achaques de sus cuarenta y tres años con sus reposados bríos malacostumbrados a los asientos y a la flojera de las fotocopias. Yo tenía un trabajo de medio tiempo como ayudante en un tallercito de uno de los camaradas que Milagros me había presentado, un viejo al que le habían cortado la lengua y que, si bien no militaba activamente ni participaba de las reuniones, le ofrecía al partido su local para acondicionar autos para la guerra o ensamblar artefactos explosivos como el bloque que cargo en la mochila. Y eso era suficiente.

Los perros hambreadores no pueden doblegar nuestro

espíritu. Todo nos quitaron. Todo vamos a arrebatárselo.

¿Cómo enfrentar a su madre? De repente Saúl podría decirle que se le fue la hora revisando un motor que el viejo había traído, un motor particularmente caro y difícil con el que debía tener muchísimo cuidado. Tal vez el de una moto Honda cb250t como el que había visto en las revistas del taller. ¿Supondría que una moto así de genial, con su ruido de avión acelerando, baboom baboom, llegaría a un taller miserable cuya función principal era hacer de fachada? Qué más daba… su madre no sabía nada de motos y ya le había mentido al decirle que solo aprendía de motores cuando, además de cotejar engranajes, cadenas, válvulas y cilindros, en realidad estaba siendo adiestrado en cablear municiones. Pero luego Saúl repara en que, a diario, muchas familias quedaban mutiladas (quizá también

por su culpa y bajo su complicidad). La tardanza de algún hijo era la probable antesala al velorio o a un cajón con ladrillos en lugar de huesos, o conteniendo las partes que lograran recogerse después de la explosión. ¿Sería capaz de provocarles presencialmente ese dolor a otras madres que, como la suya, esperaban besar a sus hijos? Eran diez años de carnicería a los que él llegaba a incorporarse. «El terreno del nuevo Perú se nutre con las vísceras del enemigo y sus frutos han de regarse con los sacrificios de los valientes». No importa cuántas cargas hubiera armado mal adrede pensando en que con eso amainaría la culpa, su culpa, esta vez era imposible que pudiera sustraerse del peso de sus acciones.

Al final, el partido vencería, o así se le predicó hasta el hartazgo.

Con el sol esperando a despuntar desde su mochila, Saúl trae la cabeza hecha un nudo. Y claro, piensa en su madre, pero también piensa mucho en Milagros. Aun cuando sabe de sobra que ni las escuelas de formación de cuadros, ni los panfletos, ni todo el estudio de los manuscritos guía del Presidente Gonzalo habían sido capaces de convencerlo de modo absoluto; aun cuando deseaba rendirse, ahí estaba el recuerdo vivo de sus caricias.

Milagros, ¿estarías orgullosa de cuánto he avanzado? ¿Me recordarías como yo a ti?

Quizá, si la hubiera besado antes de embarcarse al bus… ¿Y si en lugar de Josefo hubiera sido ella quien lo acompañaba? Saúl —Lev para ella y el partido— no hubiera caído en el callejón de su conciencia, mientras la culpa lo cosía a puñaladas.

Pero hacía tres meses que Milagros estaba huyendo de un operativo, por lo que en el partido le aseguraron que, por suerte, ella había escapado a una de las covachas instaladas en el monte para tal fin y que ahí se quedaría hasta que a los perros se les olvidara un poco. ¿Viva, muerta, peleando como él, dejándose querer, amando a otros hombres? Debía confiar. El proyecto entero era un gran acto de fe. Lo era, aun cuando le repitiesen que la fe era una peligrosa desviación pequeñoburguesa.

Y, sin embargo, a pesar de las veces que Milagros y Lev se supieron en el temblor secreto del otro, en la caricia húmeda y las extremidades sujetas a la

espalda, levantadas al aire, dedos enroscados en el cabello; a pesar de alimentar un deseo que necesitaba ser redescubierto con urgencia y cada vez con mayor frecuencia, ella se fue de improviso y sin despedirse. Aquello lo fulminó. Entonces, toda certeza comenzó a desmoronarse. Y era peor cuando los noticieros televisaban los cuerpos que sus camaradas dejaban a su paso; cuando su madre le rogaba por él a un Dios que hacía tiempo (y si es que existía) parecía haberlo abandonado: «Aléjalo del peligro, cuídalo de todo mal», rumiaba la vieja antes de colapsar sobre el colchón, con las vértebras hartas de encorvarse para trapear y pulir pisos ajenos.

Podía imaginar su casa y, en ella, la comida tapada esperándolo en la mesa, la lámpara de querosene en la soledad de las cañas y el triplay, y al hombre que había sido su padre, en silencio, juzgándolo desde la foto que un cirio alumbraba en un altar de plegarias malgastadas. No podía recordar nada sobre él y, honestamente, Saúl había pensado muchas veces que lo de su muerte en un accidente de bus era una patraña inventada por su madre para ahorrarle la vergüenza adicional del bastardo. En la casa no quedaba rastro de su existencia, ni camisas, ni pantalones, ni zapatos, solo una foto (y eso, porque estaba seguro de que aquella bien podría ser la imagen de un sujeto cualquiera). Y en el silencio de la pieza alcanzaba a ver a su madre en el catre que ocupaba, dormida sobre quién sabe qué manojo de preocupaciones, soñando para ignorar la ventisca de las madrugadas en la pampa, el calor asqueroso de los veranos y el frío de los desiertos cuando llega el invierno y se deja sentir como pedrada en la espalda. Y él, acercándose a su frente en busca de un perdón inútil que suplicaría entre lágrimas. Pensaba en cuánto iba a dolerle a mamá aquel instante en el que derribara una a una las mentiras que había ido levantado como un muro entre los dos y se diera cuenta de que su hijo, su único hijo, la viva imagen del esposo que un acantilado y los fierros retorcidos de un armatoste le arrebataron, era un asesino, que su plegaria de «cuídanos de todo mal» nunca funcionaría. No con él, por lo menos, porque llevaba el mal en las manos.

A Milagros seguro que no iba a dolerle. Ella le había confesado que a sus veintidós cargaba con varios soplones a cuestas. «Ni la muerte alcanza para cobrar la traición, Lev».

A pesar de todo, desde el principio, Saúl le dedicó tercamente una admiración denodada. Milagros bregaba por el arribo de una tierra prometida. Una flor llena de cardos.

Por decenas se contaban los pretendientes que se arrimaban alrededor de su paso en la Facultad de Ingeniería. Pero fue ella quien se acercó a Saúl cuando el recital al que habían ido en la rotonda de Sociales apagó los reflectores y le dijo que alguien como él estaba para mejores cosas que ser un prospecto de ingeniero volcado a poeta (cosa rara o graciosa para varios de su generación, en realidad). «En tus letras hay sed de futuro, Saúl», le dijo, y le arrebató el trozo de hoja donde, bajo las tachaduras, se dejaba leer aún:

Vamos, vamos a mi pensión. ¿Quieres tomarte una cerveza? ¿Vino quieres? Qué posero de mierda me sales, jajaja. Vamos, vamos, quítate la camisa, sácate el pantalón. Ven, reposa tus ansias a mi lado. No te desperdicies amarrando tan solo palabras y acompáñame. Hombres y mujeres sensibles tenemos un papel, una obligación. Y el cuerpo debe cumplir.

¿Cuántas veces se encontraron confundidos entre sábanas y por qué con él? La eternidad de las muertes pequeñitas le impedía dar con una respuesta. Tampoco le importaba mucho. No era un experto, de hecho, Milagros había sido la primera mujer con la que había estado en sus veintitrés años de existencia. Tal vez por eso disfrutaba dejarse llevar y responder al ritmo que ella le marcaba.

«Lev, somos camaradas. Cada cosa en su espacio, en su momento. Nuestro único deber es con la causa, el partido y el Presidente».

Aun así, Saúl estaba decidido a corresponderle (¿sería «corresponder» un verbo adecuado?). Quería seguirla, verla orgullosa, compartir un futuro reluciente al que poder escapar lejos del huaico de desgracias que envolvía al país (¿también lo deseaba ella?). Pero para eso debía abrazar la necesidad impostergable de militar, de entregarse a sueños que no eran los suyos (o no lo eran del todo), pero que bien podían llegar a serlo.

Milagros lo había llevado a conocer el fuego.

«Se lucha por amor y, porque amamos, solo podemos perder las cadenas que nos atan».

En cambio, hoy que ni siquiera la siente viva desde dondequiera que estuviera, en aquel asiento, aplastado y tembloroso, hoy que recuerda cómo Milagros se había esfumado quién sabe por cuánto tiempo o a dónde, a Saúl solo le queda un forado en su espíritu, ya de por sí rasgado y disminuido. Ella estaba decidida desde siempre: prefirió al partido por encima de él. Saúl, por el contrario, creyó que si se enrolaba lo iba a querer más o mejor o como él quería que lo quisiera.

¿Milagros sería su verdadero nombre o la forma de referirse a su máscara? Nunca lo preguntó, nunca lo supo y tampoco hacía falta.

Josefo está en posición. Saúl recibe la señal. Ya han pasado el punto sin retorno y es momento de ejecutar las acciones planeadas al detalle.

Una vez cargada la munición, tenían que descender del bus y emprender la retirada hasta el escondrijo de un camarada de Socorro Popular. Al fin y al cabo, era harto conocida la aversión de los milicos y sus tanquetas a pisar las invasiones que se apiñaban allí donde moría la ciudad. En la negrura plagada de esteras y desmonte estarían a salvo.

Era tarde para que Saúl pretendiera huir de la furia de la lucha armada que a todos, sin excepción, habrá de reclamar.

Estaba en primera línea. El partido tiene ojos y oídos por todas partes. El partido sabe cuándo se le miente. «No intente echarse para atrás que no hay gloria en desandar lo caminado». Y de ahí las consignas de la reunión donde los cuadros decidieron su bautizo, la prueba que lo consagraría. Las palabras del Comité Central desplomándose sobre sus recuerdos desde los boletines y publicaciones oficiales:

Desistir es un crimen. Sepan que el partido no perdona

y menos a los que le dan la espalda. El traidor

paga caro la vergüenza y sobre sus restos se alza la

llameante bandera de la Revolución.

Estaba más que jodido. Sea como fuese, la desgracia iría detrás de él, lo perseguiría hasta el final de sus días.

Saúl parece deshecho, acucarachado en la penumbra del asiento, entre un hombretón que cabecea un sueño distraído y el aplomo de Josefo. Su ánimo militante, la fuente de su resolución, se había ido con la mujer en cuyas piernas le era posible el equilibrio. Qué imbécil. Hacerse a la lucha, encandilado y arrecho, y por las razones que creyó correctas.

No podemos regalarle el cuello a la reacción.

El pueblo nos exige a nosotros, los más valientes entre los valientes, que la palabra se transforme en acción,

y la acción, en justicia.

La palma de Josefo se posa sobre su mano, resbalosa de pánico. Saúl escudriña el manto rugoso de la oscuridad en busca de las facciones de su compañero.

Las diez: un par de cejas sube y baja una, dos, tres veces, de golpe, rápido.

Los otros, repartidos de dos en dos en sus respectivos blancos, deben estar a punto de quebrar el apacible sueño del tigre, pero la mirada inhóspita de Josefo desarma a Saúl. ¿Qué iba a hacer? Un calambre tuerce sus labios. Las pupilas, dilatadas, negrísimas, revelan un maullido, una súplica, un quejido inamovible.

El bus traquetea achacoso por la trocha y una cumbia se cuela por debajo del rumor de los fierros en cada bache. Es curioso cómo el horror aguza los sentidos, ninguno de los dos ha reparado en la música… hasta ahora:

Atrás quedaron los días

Los sueños y fantasías

Como en un final de cuentos

A lo nuestro le llegó el momento

Para qué seguir sufriendo

Si ya no existe amor

Para qué seguir mintiendo

Si todo ya terminó...

Cualquier esfuerzo por intentar mover un músculo está condenado al fracaso: Saúl perdió la batalla antes de siquiera hacer el único movimiento que se le había encomendado. Pálido, ausente, vuelve a su madre, a Milagros, al padre sin tumba, a los muertos que se rehúsa a llevar sobre los hombros. En sus pensamientos se agolpan Josefo, el partido, las cabezas rodando por las colinas como piedras o pelotas. Y de nuevo su atención en el coro de la canción que tantas otras veces le había escuchado cantar a su mamá y que, por lo mismo, sabe de memoria.

Espérameee-eee-eee,

Y no guardes rencor,

Escúchameee-eee-eee,

Y escucha, por favor,

No quiero que agonice mi sufrir,

Perdónameee,

Uuh-uuh,

Escúchameee...

Si desertan, si se echan para atrás como los perros,

si consienten la menor equivocación, nadie habrá de llorar sus nombres.

Josefo, al notar que su compañero se niega a cumplir su papel, disimula doblarse lo suficiente para colar una mano en la mochila de jean y, ayudado por la pericia

de sus extremidades ya entrenadas, pega los cables de la bomba. Había empezado la cuenta regresiva. Una estrella nacería a mitad de la noche, a vista y paciencia de las columnas de fierros desnudos, los carrizos, los kilómetros de esteras, los perros y sus tanquetas. En un instante, Josefo anida el bolso bajo el asiento de enfrente.

Saúl, al sentir libres las piernas, intenta evadir el reproche mudo de su camarada, mas este ya lo había herido fatalmente: lo perforaba con las pupilas, odiándolo, torvo e inclemente, como solo se detesta al enemigo o se contempla a los soplones antes del repase con puñal.

Se sabía traidor… ¿y un asesino? Sus manos, cuando menos, seguirían limpias. El partido ya arreglaría cuentas con él. Debe huir, pero sus miembros se niegan a seguir sus órdenes. ¿Sería mejor quedarse para ver el falso amanecer? Y vuelve a Milagros, a sus senos cálidos, a su cuerpo recién salido de la ducha y a su cabello largo goteando sobre la papelería desperdigada en el piso de su cuarto: bloques y bloques de afiches, mosquitos y volantes humedecidos en los que se anunciaba el amanecer de un nuevo mundo, el sol abriéndose paso, la masa valiente y deseosa, las armas dispuestas para la conquista, la victoria adelante.

—¡Baja!

Y el motor sigue rugiendo, ahogando la orden que, desde atrás, conminaba al chófer a detener el bus.

¡CONQUISTAR LA TIERRA!
PARTIDO COMUNISTA DEL PERU

—¡Bajaaaaaa! —repite inquieto Josefo.

Pero el bus, en lugar de detenerse, gira en redondo.

—¡¿No escuchas?! ¡Bajo acá nomás!

—¿No ves a los guardias que están adelante? Segurito van a subir a pedir papeles —responde el chofer señalando a los oficiales que esperaban al bus en la penumbra con sus patrulleros, linterna en mano, pistola cargada y al cinto.

Rehúyan a su deber y la historia despreciará sus

memorias. ¡Las condiciones están dadas!

Saúl no para de gritar muy dentro de sí lo mucho que le duele su destino. ¿Habrá valido la pena avergonzar así a Milagros? Josefo se deja caer en el asiento con la lividez de los cuerpos desbarrancados. Al final, se siente en el pellejo de Saúl. ¿Por qué estaban ahí esos conchesusmadres? ¿Qué hacían cuadrados en el culo del mundo y, encima, antes del toque de queda? ¡Maldita sea la hora! ¿Sería un soplo?

El camarada Josefo y los restos de una torre de alta tensión y las dos parroquias reducidas a cenizas y la entrega diaria y el cumplimiento metódico de los deberes y las tareas de organización. ¿Y todo para qué? ¿Para venir a caer en un operativo de mierda? Tenía que ser la obra de un soplón. ¡Un soplón, carajo! Pero no se va a quedar así, perros. ¡A ver, pues! ¡Suban nomás!

El bus se detiene. El barrido de las linternas corta en dos la penumbra. Una nube de polvo se mete por la ventana. A lo lejos, una jauría llora su desamparo.

Dos guardias plantan los borceguíes en el piso de fierro del bus. Con voz de mando, piden documentos. Apuntan la linterna a la cara y sueltan dos o tres carajazos. La mano en la cartuchera uno. El otro, con la Smith & Wesson en la diestra, amenazante. Y pum, pum, pum, los borceguíes acercándose a la última

fila de asientos.

Josefo se pone de pie y, con el brazo derecho simulando el filo curvado de una hoz en lo alto, empieza a gritar con los ojos cerrados, apretando los párpados furiosamente, pensando en sus cuatro hermanos, en la pierna ausente de su padre, en lo que habría de esperarle solo.

No pedimos misericordia. Cuando sea nuestro turno, no pondremos excusas para el terror.

Trece segundos.

Saúl junto a su madre, junto a Milagros, hundido en el forro pelado del asiento, es incapaz de escuchar las arengas de su camarada, las súplicas de la gente, las maldiciones de los guardias, el rugido de las armas, las balas mordiendo las costillas de Josefo y los empujones, las plegarias desesperadas, los alaridos de los pasajeros que corren hacia la puerta. Y la puerta trabándose, el chofer que intenta abrirla al borde del llanto. El pánico a mitad de la nada.

El sol empieza a despuntar de la mochila. Su luz inunda el desierto.

Saúl, casi llorando, aprieta los dientes.

¿Sonríe?

Cuando salta la liebre

In face of it all, I speak softly

In face of everything, I write loud words

Dorothea Lasky

«Al quinto piso». Uno detrás de otro, mis pies obedecen y me lanzan escaleras arriba. Apurado, cuento los peldaños, tomo aire a bocanadas, resoplo de vez en cuando, procuro no sudar en los primeros quince pasos.

No hay ascensores y trepo la serpentina de concreto ocupado en separar las copias de los documentos originales.

A esta hora de la mañana, la corte está repleta. A mi alrededor, los extraños de siempre suben, bajan, se detienen, cuchichean, reanudan el paso, pero todos sin excepción se esmeran por ignorar cuidadosamente a quienes suponen indignos de su saludo y el «Buen día, doctor», «¿Cómo está la familia?», «¿Y los niños?». Y disculpe, perdone, con permiso. Egos tumorosos, descomunales, embutidos en terno y falda de sastre. Espere, cuidado, un momentito. Colas y colas de caras largas. Personas de pie frente a ventanillas, paradas como fichas de dominó, con más ganas de venirse abajo que de permanecer entumecidas a la espera de su turno. Las secretarias teclean frenéticas y hay quien lee el periódico y responde a cada ruego con un «No hay sistema» bilioso, mecánico.

En las distintas salas, el trino de campanas indica el inicio de las audiencias del día. Y yo sigo en mi tropel hasta llegar a los peldaños que el ir y venir de, por lo menos, tres generaciones de demandantes, acusados, demandados y denunciantes se ha comido a mordiscos.

Por fin, cuento sesenta y cinco y las baldosas deslucidas del cuarto piso me reciben. Al final del pasillo, la palabra «Carceleta» relumbra en un letrero rojo en el que puede verse a un hombrecillo correr con dirección al calabozo. Una muestra involuntaria de humor negro, imagino. ¿Quién correría hacia el encierro?

Avanzo pegado a la pared en tanto aflojo la corbata. Limpio mi frente empapada de sudor con la manga de la camisa y un dibujo aparece en la tela como en esas

láminas de pintura que los psicólogos les muestran a sus pacientes en las películas: dos liebres en pleno salto, o eso parecen.

Intento recobrar el aliento necesario para seguir. Ante mí se revelan mesas de partes ausentes, salas ansiosas de verse repletas de público y cámaras, todas con banderines bordados, sillones mullidos y la figurita de un Cristo anclado a las mesas, lastimero, quizá impotente de saberse condenado a ver cómo, a diario, se repite la escena de Pilatos, en jornadas de ocho a cuatro de la tarde, en seis de cada diez diligencias.

—Doctorcito.

Y una mano pequeña, delgada al extremo de sentirse como de plástico, toma la mía. Tiene las falanges nudosas a consecuencia, creo, de la artritis. Aun así, agarra mi mano como quien se aferra a un escollo para no ser arrastrada por la corriente.

—Doctorcito, ayúdeme

Al girar en redondo, tropiezo con una anciana. Hay manchas de negro y azul que velan sus córneas, trazos suplicantes de un consuelo que nadie le ha podido —o querido— ofrecer.

—Dígame, señora —le respondo sin siquiera estar seguro de si va a serle útil eso que voy a decir.

—A mijo luan metío en el calabozo ese. Ni bien me dijieron, me vine a la carrerita a ver si era verdá. Dejeguro, si lo han encerrau, ha di ser por error. Mijitu es derecho y trabaja pa’ él y pa’ esta vieja enferma de los huesos, y ayer no ha lligau a la casa. Somos los dos numás.

La miro como quien contempla en silencio una vela a punto de apagarse. Lleva una bolsita amarrada a su brazo izquierdo, engarrotada. Es del mismo amarillo que tiñe la tela percudida de su vestido: un amarillo como el de las flores del overol o el de los botones de la manzanilla, uno que contrasta con su piel salpicada de manchas como de pergamino.

—Por piedá, ayúdeme a encontrarlo, masqueseya.

De nuevo, ese par de ojos neblinosos, húmedos, a la espera de una luz que disipe

la tormenta que se cierne en su interior y que me alcanza.

No tengo diploma que me deje ejercer, aún no. Solo soy el tipo al que envían a dejar documentos, el que redacta y fotocopia los papeles que nadie quiere duplicar en el despacho. Pero no necesitaba de un título en la pared para contestarle.

—Señora, no trabajo en la corte, pero mire, estoy yendo a la carceleta. Si me acompaña, podrá averiguar si su hijo está ahí.

Es probable que nunca más vea una sonrisa similar. Era como ver el tajo de una herida, acaso un signo de esperanza en un rostro habituado a la pena, como si sus ángulos hubieran sido esculpidos para la tristeza.

—Bendito, bendito seyas —se lamenta la mujer. Su mano dibuja una cruz imaginaria para bendecirme.

—Descuide, madre —y la anciana se rehúsa a cesar las caricias que le ofrece a mi mano libre—. A todo esto, ¿cómo se llama su hijo?

—Crisanto Neyra apeída, doctorcito.

—¿Crisanto Neyra?

—Sí, Jesús Crisanto Neyra, así mismito.

—Crisanto Neyra... —intento seguir, pero las palabras mueren dentro de mi boca.

Pobre, pobre mujer. Si supiera que los papeles

que llevo entre los dedos —preso de un súbito remordimiento—, estos papeles que me urge tanto entregar, son los mismos que condenarán a su hijo.

El muchacho es acusado de un delito tan repulsivo que la pena de dos dígitos que por ley le espera resultaría, a decir de muchos, moral y humanamente insuficiente.

Pobre, pobre mujer. Haber parido, sin sospecharlo, a un hombre vuelto bestia. Y, sin embargo, callo. Callo aun cuando sé muy bien que al hacerlo no evitaré que

la noticia acabe despedazándola.

Soy un cobarde, de algún modo todos lo somos.

Caminamos juntos por el pasillo hasta llegar a una escalera de emergencia. En la pared, una flecha nos indica la dirección.

Vacilante, veo a la anciana alternar una pierna tras otra, escalón por escalón, después de rechazar mi ayuda. «Usté ya hizo mucho por mí, doctor».

Un minúsculo fulgor crepita en su garganta, en la forma en que me sostiene en sus ojos. No insisto y la dejo subir despacito. Justo detrás de mí escucho los chasquidos de sus sandalias cada que besan los peldaños. No lo sabe todavía, pero ella sube al cadalso.

Llegamos a la azotea y nos dirigimos hasta una caseta de drywall a la que un letrero etiqueta como «Carceleta - Policía Judicial».

En el interior hay una gran habitación que se divide en dos ambientes. En el primero se encuentran tres oficiales con los botones de la camisa a punto de explotar, cada cual dispuesto en un escritorio de metal barnizado por el óxido y sobre el que pesan varias rumas de expedientes cocidos con paja rafia. En el otro, hay dos celdas de dos por dos en las que una docena de sujetos se pudre a treinta grados bajo el sol del mediodía. Solo hay un ventilador.

Los hay semidesnudos y otros vistiendo la última prenda con la que fueron recluidos. Hay quienes están tatuados con imágenes de beatos o mujeres decoloradas. Todos ellos entre colchonetas inmundas, bolsas, un silo atestado de cucarachas diminutas, un caño de agua ahorcado por un trapo y varios táperes. En el lugar, el sudor de los detenidos y el perfume amargo de la resignación son la misma cosa.

Me adelanto y pido a la anciana esperar en la puerta mientras hablo con el policía en jefe. Varios ojos me siguen.

—Buenas tardes, oficial. Vengo de la segunda fiscalía por encargo de la doctora V. y traigo estos documentos.

El agente se rasca el bigote de oruga, se arranca un par de canas y luego recibe y verifica los papeles, cuidando que le haya alcanzado las copias correctas. Sellar.

Firmar. Sellar y que «Listo joven, dígale a la doctora V. que le llevaremos al precioso a la audiencia de prisión preventiva».

Recibo los cargos y devuelvo mi atención al gemido de la anciana, que ha quedado arrinconada en una de las banquitas del local.

—Mire, jefe —y enseguida el agente comba la papada hacia adelante—. ¿Ve a la mujer que espera en la puerta? Es la madre de Crisanto Neyra, el imputado. Ha venido a verle, incluso en su estado. Mírela nomás. Al parecer, no sabe por qué han recluido a su hijo...

Un cuaderno de registro es comprobado con avidez por el oficial. Manosea las páginas y un rastro seboso cubre los renglones de la hoja. Lo veo trazar líneas imaginarias con su dedo de olluco al releer los nombres y códigos que allí se derraman. Acto seguido, llama a la anciana con un gesto marcial.

—Ay, madre. Aquí el doctor me ha dicho que viene a ver al detenido Crisanto Neyra, ¿no es cierto? A ver, llénenme primero unos datos. Venga, su nombre, dni, y la firma por acá.

Entre sollozos, la mujer garabatea un intento de rúbrica sobre la línea del registro. Después saca de su bolsita un dni desteñido, un abanico lleno de surcos que lo quiebran en tres partes.

De pronto, en las celdas contiguas un hombre rompe en llanto.

—¡Madrecita, yo no quise...! ¡La cagué, la cagué contigo!

No llora por él, sino por la vieja que, al escucharlo, se ha postrado contra los barrotes en un vano intento de abrazarle.

—¡Ay mijitu, mi Jesucito, tasaquí, tasaquí! ¡Si Dios todo lo perdona, mijitu, con más razón una madre!

Contemplo ensimismado la escena desde el umbral de la carceleta y no puedo evitar sentirme parte de la treta que la vida ha forjado contra la anciana.

Ante su pena, me doy asco. Yo no soy el héroe, soy el que la condena a un hueco en la tierra.

Es todo. Me retiro con mis copias selladas y firmadas y vueltas a sellar.

En cuestión de horas, la doctora V. pedirá la prisión preventiva de nueve meses para Crisanto Neyra, nueve meses en los que, si el mismísimo Jesucristo no se aparece en el despacho y se cae con un sobre como el que le he visto recibir a V., se buscarían las pruebas que sustenten su encierro, el temporal y luego el definitivo. Si existían mejor y, si no, daba lo mismo. Eso sí, el asunto sería más rápido y muy seguramente el juez le pondría sin chistar los treinta y cinco años que pide la doctora V.

Nada puedo hacer.

Por encima de la pobre anciana y su sufrimiento, hay una familia deshecha, niños que crecerán sin su madre, una mujer que solo intentaba defenderse y terminó muerta por eso: por ser mujer, por no dejarse violar (vaya mierda). Pero hay además una ley que debe aplicarse, una madre a quien consumirá el desamparo.

Quizá Jesús Crisanto no sea más que una de las tantas piezas de ese engranaje en el que todos pedaleamos, una maquinaria imperturbable en la que algunos son orillados al matadero. A muchos solo se les hereda la sed y una irrefrenable insatisfacción. Se les empuja, se les prepara, se les excita y adiestra con el olor de las vísceras, de la pólvora y de los cuerpos desnudos en afiches, en la tele, en su casa, a puños, batiéndose en la miasma del día a día; se les enseña a balazos y con repudio en la pupila. El papel que se les encomienda desde las sombras es el de chivo expiatorio. Y ceden y ahí tienes a quienes lo guiaron de la mano, libres, celebrando el ejercicio cíclico de la hipocresía, de juez y parte.

Me enferma Crisanto, me enferma V., pero me enferman mucho más los que solo seguimos empujando y empujando en silencio hasta que, de pronto, todo se desborde. Lo lamento: me sobrepasa, me excede y derrota este juego de sombras y gestos. Hay días como este en los que no puedo hacer más que avanzar y sentirme profundamente miserable.

Queda una hora para la audiencia.

«Permiso», musito, y doy media vuelta.

Mis pies obedecen, uno detrás de otro, y me lanzan al vacío.

Todo lo sólido se desvanece en el aire

—¿El occiso era su cónyuge?

La mujer se aferraba al silencio como un náufrago a los maderos de su nave en zozobra.

El aire espeso y caliente de la madrugada se había estancado al interior de la comisaría y giraba en un vaho pegajoso, pero a Nadia un escalofrío le bajaba por la espalda, haciendo que el sudor se le clavara como astillas de hielo.

Los demás oficiales, fingiendo dedicarse a sus deberes, concentraban su atención a la sala cerrada del interrogatorio.

El occiso: Jorge Alberto Montoya León. El teniente que solía castigar a los técnicos de cuclillas bajo el sol, durante horas. El que usaba a los drogadictos del calabozo como sacos de box. El encargado de cobrar cupo a los cafichos y a las putas que desde las ocho de la noche tomaban posesión de sus lotes en la avenida Loreto del centro de Piura. Jorge A. Montoya, el mismo al que llamaban Veneno. Ese hombre y no otro yacía en un casillero de la morgue, frío, hinchado, oliendo a mierda.

«El Veneno ha muerto. No, no, lo han matado al Veneno... ¡y en su día de franco, carajo!».

Muerto, y con esa mueca de perro congelada para siempre en sus mofletes.

—Repito: ¿el occiso era su cónyuge?

Nada.

El instructor dejó de golpear el teclado amarillento y carcoso de su Pentium 4 y, atónito, buscó la aprobación del comisario. El mayor Valladares se puso de pie ante la mal disimulada desesperación del oficial.

Un cinturón de sudor permeaba la doble lonja que tenía por cuello, le empapaba la camisa y acentuaba los globos que tenía por pómulos. En su ceño picado por la viruela se adivinaba una extraña mezcla de ira y desconcierto que hacía que ese par de ojos vidriosos se asemejara al de los congrios que penden de un gancho en los mostradores del terminal pesquero.

—¡Señora, el técnico le hizo una pregunta! ¡No complique más las cosas! —y, golpeando el escritorio con la mano, como si hubiera arrojado un ladrillo, continuó—. ¡O habla o se jode!

El mayor no mentía. Pero Nadia ya sabía a qué atenerse desde que había hecho la llamada para entregarse.

¿Quién podía culparla?

Por primera vez en ocho años intentó escapar de su desgracia y lo había conseguido a la primera. Atrás quedaría el dolor que le cabalgaba el alma y le amorataba el cogote.

Pero, para conseguirlo, para poder acabar con el régimen de miserias cotidianas al que estaba sometida, Nadia tuvo que empezar con Jorge Montoya.

Cuando se enteró que le apodaban Veneno por su manía de obligar a los hampones habituales —y a los subalternos rebeldes— a tragar cucarachas con agua de lluvia tras la golpiza que les daba en el calabozo, y después de recordar las veces que sus manos se habían enroscado sobre sus senos, sobre su cuello, hasta las lágrimas, pensó que aquel hombre nunca debió llamarse de otra forma.

«Eres malo, malo como el veneno, Jorge».

Lidiar con una bestia de ciento veinte kilos no iba a ser fácil. Pero, hasta ese momento, nada lo había sido.

—Es tu culpa —le espetó mientras se abotonaba la guayabera—. ¿Cómo quieres que salga con un reloj sin pila?

Debió comprar el maldito par de baterías. Se lo había pedido anteayer, antes de irse a la comisaría. Incluso le pareció que lo había hecho de buena gana, o eso eligió creer. Pero así estaban las cosas.

Nadia rogó clemencia.

Creyó que aludir a un olvido involuntario iba a salvarla. Suplicó perdón. Apeló al diminuto resquicio de misericordia que, confiaba —o, mejor dicho, quería creer—, quedaba en algún rincón del teniente. Una procesión interminable de lamentos, de disculpas deshechas, rotas, que el miedo convertía en balbuceos. Pero sus intentos fracasaron estrepitosamente, uno peor que el anterior.

Puño cortando el aire. Nudillos contra el pómulo izquierdo. Ojo cerrándose. Vasos que estallan en cadena. Mejilla abierta. Sangre. Un cuerpo reducido a estropajo. Y luego, el latigazo de su lengua y el veneno derramando de su hocico. Que si estaba con ella era por pura caridad, un sacrificio, porque ningún otro hombre querría comerse a una vieja seca y, encima, cojuda, una perra incapaz de parir, un estorbo que le producía asco y conservaba por costumbre, acaso por querer contar con alguien que jamás rechistara cuando decidiera desahogarse con ella o por simple lástima. Veneno la levantó del brazo y la arrastró hasta la sala, donde la arrojó al sofá como quien tira un cadáver por el desfiladero. «En la calle encuentro lo que tú no me das», y se marchó, no sin antes advertirle que pasaría el franco con sus compadres, y que si al regresar no encontraba su comida caliente y dispuesta en la mesa (porque para eso se partía el lomo sábados, domingos y feriados), y su reloj funcionando al lado de los cubiertos, le iba a partir el culo a patadas.

El golpe de la puerta fue un único y momentáneo consuelo.

—¡Conteste, mujer!

El ojo izquierdo de Nadia era un colgajo palpitante; el otro, en medio de la discusión, rodaba por el cuartucho como buscando a qué agarrarse: un foco pendía del techo sujeto a un cable raquítico y, bajo su resplandor, se recortaba la silueta abollada del escritorio en cuyas maderas, humedecidas por décadas de sudores, se disponía una vieja impresora de carril y un par de armarios sin picaporte llenos de papelería. La luz opaca y sucia de la oficina también escamoteaba el traje gastado del abogado de Nadia —ajado como hoja de lechuga— y completaban ese cuadro amarillo grasiento los uniformes raídos de la policía, la sombra de un fiscal con los ojos llenos de lagañas, los huesos de la interrogada ocultos bajo una pesada manta, y sus manos aprisionando entre las palmas (y por el mango) una esperanza esquiva, reluciente.

—Mayor Valladares, fue suficiente. Si quiere que la diligencia avance, le ruego que deje de hostigar a mi clienta y tome asiento.

—Mire, doctor, la señora fue la que llamó para confesar. ¿Y usted me pide…? No, ¿usted me ordena que no me meta para hacerla hablar? ¡Hágame el favor!

El juego de claroscuros hacía que el conjunto de papada y perfil de Valladares se asemejase al de un tramboyo boqueando desesperadamente para deglutir a un pequeño cangrejo rengo:

—¿Qué se ha creído? —seguía ladrando—. ¡Venir a enseñarle al comisario cómo hacer su trabajo! ¡El muerto es mi teniente!

Y aunque el barullo retumbaba en las paredes, la detenida se mantenía inmóvil, cubriendo su delgadez bajo un edredón que lucía banderitas del Perú bordadas. La presencia de Valladares le provocaba asco, pero había otra cosa.

Con angustia, y acaso con algo parecido a la indignación, sentía encenderse en ella una cólera que creía extinta, hundida en el fango de la resignación. Una cólera por años contenida, aguantada a la mala. Sus dedos tensándose. Sus manos ocultas, aprisionando algo que —creía— era el futuro, su futuro, uno que empezaba a morírsele mientras sacudía la cabeza a las preguntas que le hacían.

Valladares le recordaba tanto a Montoya. Valladares era también una dosis asquerosa de Veneno. No, Veneno sigue vivo bajo el pellejo fofo de Valladares…

Sin madre ni padre ni hermanos, Jorge se había convertido en su única familia. Tenía diecisiete cuando un muchacho fue asignado al puesto de vigilancia de Carmen de La Frontera, en Huancabamba. Buenmozo y bien hablado, la cortejó. Al poco, ya había convencido a sus papás. Les dejó un montoncito de billetes para que cercaran la chacra y compraran comida para los cerdos y a cambio le dieron permiso de llevársela a la ciudad.

—Conmigo nada te va a faltar... Casita vas a tener, Nadi... No trabajes, Nadi... Cocinas riquísimo, mi Nadi... Nadi, Nayita, Nayi.

¿Cuándo habría de mostrar Montoya los colmillos?

Cómo hubiera deseado echar el tiempo atrás y advertirse a sí misma… Escapar, huir, quemar la plata que había pagado por su cabeza y que se había ido en cañazo. Pedirle a su papá que balease al desgraciado. ¿Pero qué garantía hubiera tenido de que iba a defenderla? Su padre había sido y seguía siendo igual con su mamita y esa certeza le quemaba en el fondo de su llanto desesperado.

«¿Qué diferencia hay entre mis huesos rotos y la gallina a la que cortan el pescuezo?».

Cuánto hubiera dado por morir en lugar de su hijo. Con frecuencia había pensado que nacer mujer le había garantizado un pasaje sin retorno al sufrimiento constante. Si el niño hubiera nacido, seguro que la defendería. Pero, ¿y si también era otra hembra como ella?

—Señora Nadia, mucho me temo que el accidente que sufrió ha sido fatal. El traumatismo producto de la caída por las escaleras que tuvo, los cinco meses de gestación… Verá, al final, tuvimos que practicarle una histerectomía. ¿Que qué es eso? Significa que tuvimos que extraerle el útero. Pero no se preocupe, mire, hay…

—¿Cómo te sientes, Nayi, mi amor?

—Mi teniente, es una suerte que estuviera ahí para salvar a su mujer.

—Es verdad, doctor. ¿Quién sabe qué hubiera pasado? Perder un hijo ya es suficiente dolor.

—Dejémosla descansar. La recuperación será larga, mi teniente.

¿Salvarla? Ella era un cadáver ambulante. ¿Por qué supuso que un hijo ablandaría el corazón de ese monstruo? Cómo le hubiera gustado gritar, huir, morirse de una buena vez.

¿Denunciarlo? ¡¿Cómo?! Los suyos lo encubrirían, como la vez que lo acusaron de quebrar a bombazo limpio una marcha de estudiantes. Uno de ellos quedó ciego.

Si no la había matado era cuestión de la Providencia. Pero no más, tenía que

adelantársele.

—Señores, son las tres de la mañana. ¿Podemos continuar? —dijo el fiscal, ahogando un bostezo. Después, haciendo circulitos con el índice, se dirigió a la mujer—. Tenga la bondad, ¿sí?

Nadia estaba decidida. No había marcha atrás.

La comisaría en silencio, escuchando.

—¿El occiso era su cónyuge?

—Sí. Ocho años de casados.

—Precise en qué lugar se encontraban usted y el occiso el viernes 24 de abril de 1998.

—En nuestro dormitorio.

—¿Él dormía?

—Sí. Llegó borracho.

—¿Por qué lo dice? ¿Puede precisar?

—Sus subalternos lo fueron a dejar a casa. Pueden dar fe.

—Al promediar las dos horas con veinte de hoy, ¿llamó a la comisaria para que un patrullero fuera hasta su domicilio?

—Sí

El técnico encargado de la declaración movía el apretado bigote en lo que tecleaba las respuestas con los índices, una letra a la vez, frenético, adivinando las palabras en ese teclado desteñido y aceitoso.

—Cuando llamó, ¿usted confesó que había matado al teniente Jorge Montoya Seminario?

—…

—¡Esa pregunta vulnera los derechos de mi defendida! —dijo el abogado, y volviéndose hacia Nadia, continuó—. No tiene por qué responder a eso, señora.

—¡Cállese y no se meta! —terció el comisario, satisfecho. ¡Habrase visto! Estaba cansado de que los huevonazos de saco se sintieran con el derecho de decirle qué hacer, ¡a él, que tenía años en esto!

—Deje que continúe, doctor. Tengo otras diligencias —el fiscal devolvió la vista al techo e intentó disimular un estirón—. ¿Y bien? ¿Lo hizo o no?

—¡Esto es inaudito! ¡Me voy a quejar!

—¡Responda, lo mató o no!

—Sí, lo hice.

—¡Aguarde, señora!

—¡No, no voy a esperar nada...!

—¡Pero, señora! —intentó atajar el abogado.

—¡Yo fui quien lo mató!

Cuando sus amigos metieron a Montoya en su cama, apenas se mantenía de pie. Traía los pantalones orinados y la guayabera teñida por el vómito, así que lo desnudaron y lo acostaron de lado.

A ella, en cambio, nadie le preguntó por qué cojeaba al andar o por qué su ojo era una bola púrpura supurante. Era como si no se dieran cuenta de ello, o peor, como si no les importase.

La comitiva saludó, llevó al bulto hasta la recámara y se largó sin soltar prenda sobre el agasajo de la tarde. Que un par de cajitas más para los muchachos. Que tráigase diez cajetillas. Que tres botellas de whisky etiqueta negra con hielo. Que tráeme para acá a esa dos culonas. Y de pronto el «Buenas noches, señora

Montoya. Ahí se lo dejamos al teniente».

¿Qué iban a decir, si todos habían sido cortados por la misma tijera? Oh, pero ya verían, claro que sí.

Cuál sería la mejor manera de lidiar con un buey atascado de licor. La paliza de la mañana le había dado una idea impecable, diríase que hasta infalible. Montoya mismo la había ayudado. El pez por la boca muere, pensó, y frunció un gesto pulverizado que intentaba ser una sonrisa.

Una masa de nubarrones parecía casi desplomarse sobre los arenales en los que se levantaba tímida la comisaría de San Martín.

—¿Quiere saber cómo lo hice, mayor?

Los oficiales que rondaban la sala se agolparon a escuchar tras la puerta. Parecía que lo único vivo en la habitación era la voz de la detenida, el resto era parte del mobiliario.

El labio superior le temblaba. Nadia estaba de pie.

—Después de la borrachera que usted y su gente le alcahuetearon, Montoyita quiso que lo atendieran. Velé su sueño. Y me sentí sucia, y más sucia todavía cuando me dijo que lo sentía, que sería bueno, que iba a cambiar. Moqueaba y no dejaba de retorcerse. ¡Incluso se atrevió a mencionar a nuestro hijo! ¡El hijo que mató a patadas en mis entrañas! ¿Lo ve? El muy infeliz debió presentir que de esta no pasaba. Hacía mucho que estaba convencida de cobrármelas todas. El trago le estrujaba las tripas y los sesos. ¡Imagínese, mayor! El hombre que me desfiguró estaba tumbado, panza arriba, lleno de mierda y vómito. Ay, Montoya. Eras malo, ¡malo como el Veneno! Me suplicó llorando que le alcanzara las pastillas para el dolor. Casi sentí pena…

—¡¿Qué mierda hizo, mujer?!

—¿Quiere saber qué fue lo que le hice tomar, mayor?

Un trueno rasgó el tejido de la madrugada. Sobre el escritorio rodaron dos baterías de reloj, diminutas y relucientes como los ojos de una culebra.

—¡Perra, lo envenenaste! ¡Envenenaste a mi teniente!

—¿Cómo fue capaz de semejante cosa? —arries-

gó el fiscal.

—Se equivoca, señor fiscal. Todavía no he terminado.

—¡Te voy a hundir, puta de mierda! —gruñó Valladares.

El mayor se había lanzado al cuello de Nadia. Su abogado, petrificado en el taburete, no protestó: él ya no existía.

El oficial instructor y el fiscal intentaron detener a Valladares, o al menos impedir que echara mano de su arma. Y ese fue su error: creer que al que había que detener era al comisario.

De inmediato, la hoja de un cuchillo pequeño de cocina emergió de la colcha que cubría a la mujer. En su filo dentado y angosto ardía el relámpago.

Un par de movimientos bastaron para que el arma fuese a dar en el pecho gelatinoso del comisario, ahí donde —se supone— llevaba el corazón.

Ni siquiera los oficiales que entraron, alarmados por el griterío, evitaron que la enorme autoridad compartiera el destino de su compadre.

Balazos como truenos. Los faros de una patrulla barrieron los muros descascarados de la estación. En el suelo relucían casquillos de revólver calientes, vacíos.

Al final, una certeza flotaba silenciosa, atenazando las gargantas de los guardias: si algo merecían el teniente y el mayor era morir cada uno en su ley, mejor si había sido por la misma mano. Mas hubo que cumplir y el instinto —¿acaso el deber?, ¿la costumbre?— pudo más que cualquier secreto alivio.

A Nadia la acribilló el odio.

Su silueta, envuelta por su camisón, era la de un ángel desbarrancado desde las nubes, con las alas desplumadas y el corazón expuesto.

Y mientras Nadia se precipitaba a tierra, su respiración poco a poco se fundía a la sangre que escapaba de su cuerpo, a la tormenta.

La mujer se había ido con la lluvia.

—¡Nadia! ¡Nadia!

Nadia sentía que la sacudían por los hombros.

Se desperezó. Intento erguirse, mirarlo y espantar al espectro que tenía delante. Pero era imposible. Instintivamente, se llevó las manos a la cabeza, agazapada en el cojín. Sus dedos rozaron los bordes de una tumefacción en el lugar en el que debía estar el lado izquierdo de su cara.

Quiso gritar, pero había en su garganta espuma, quizá una súplica indescifrable.

El reloj de la sala marcaba las siete. Había pasado el día entero en el mueble donde Jorge la había tumbado.

—¡Durmiendo te quería agarrar, zángana malagradecida!

Su aliento le carbonizaba los pulmones. El que hasta hace unos segundos había estado tieso en un armario de la morgue, se alzaba frente a ella, fuera de sí y con la fuerza suficiente para arrancarle el cuero de un tirón.

—Te dije... ¡t-te advertí que quería encontrar mi comida servida! Aquí no güele a nada, conchetumare. ¿Y el reloj? ¿Las pilas? No has hecho ni mierda, ¿no es cierto?

La incredulidad la fue abandonando de a pocos.

Absorta, Nadia comprobó con amargura cómo Veneno, el hombre al que creía haber ajusticiado, estaba ahí, las venas del cuello como raíces enormes, tambaleándose en lo que se quitaba una guayabera manchada de colorete y se aflojaba el cinturón.

Solo cuando la enorme hebilla golpeó el suelo, Nadia tuvo la certeza de que sus sueños, e incluso las pesadillas, eran más dulces que cualquier despertar.

Afuera, la tormenta era un llanto incesante.

Perdona que haya vuelto

Estar ausente tantos años hace

sentirse un muerto al vivo más presente

y por eso perdono (yo al culpable)

tanto naufragio,

tanta rotura de alma impunemente

Juan Gonzalo Rose

1

Una noche de 1986, meses antes de morir en una isla, lejos de su mujer y de su único hijo, mi padre nos abandonó.

Lo poco que dejó se compuso de varias camisas y pantalones que, a la larga, terminé vistiendo; pilas de propaganda que mi madre no dudó en quemar; y una carta en la que rogaba el perdón de la familia que dejaba para siempre.

Un perdón que no quise concederle. O así era hasta hoy.

«Nadie pertenece a ninguna parte hasta que tiene un muerto al cual volver», garabateó papá con una melancolía impecable, profética.

Mi madre y yo lo habíamos visto cruzar cientos de veces la puerta de un hogar que hoy solo existe en los escombros de mi memoria.

Recuerdo a la vieja reprocharle sus ausencias repentinas. Recuerdo llorarlo cada vez menos cuando se marchaba en silencio para volver, como si nada, después de días, semanas, meses y a la hora menos pensada.

A veces regresaba herido y solo. Otras, igualmente herido, pero acompañado de gente a la que albergábamos por dos o tres noches sin que mi madre o yo pudiéramos negarnos o preguntar de dónde habían salido esos extraños. Lo cierto es que éramos felices, aun cuando fuese solo por unas noches. Felices a intervalos. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer o decir?

—Cuando llama la lucha, uno no se niega, mujer. Uno debe cumplir.

Papá se convertía en un fantasma que recorría los arenales y las faldas de los montes buscando traer una solución definitiva a los problemas del país.

—¿Y nosotros? ¿Qué mierda somos, Santiago?

—Todos tenemos que hacer sacrificios.

Se lo escuché decir decenas de veces y luego seguía:

—Aunque no lo entiendas, yo lucho por ti, por el niño.

Mamá lloraba y le rehuía los labios. Sospecho que quizá se odiaba más de lo que lo odiaba a él. Luego la ausencia, su sonrisa intermitente, interrumpida por los meses que pasaba fuera y en los que empezaba a borrarse de nuestras vidas.

—Estamos cerca del final y venceremos, Raquel. Ya lo verás. Aguanta un poco.

Él y su visión de justicia, una que nos dejaba en la orfandad durante los días en los que acabábamos comiendo guiso de Nicovita sobre el petate, junto a su sitio vacío.

No recuerdo cuándo fue el momento exacto en que mamá y yo empezamos a desear que no volviera. Pero cada que nos decidíamos a dejar de quererlo tanto y tan fuerte, un buen día, como si nada hubiera pasado, se aparecía en la puerta de triplay, más viejo, con pedazos de pellejo remendados, y lo veíamos entrar cargado de papeles, con mochilas pesadísimas, a veces llevando encima billetes que dejaba caer en el mandil de mi madre. La pobre mujer, deshecha por el llanto y la cólera, únicamente podía derrumbarse en reprimendas, en bofetones torpes, en insultos y reclamos que después fingía olvidar para pretender que todo eso nunca habría de pasar de nuevo, para convencerse de que por fin su esposo se quedaría en casa.

Un precio alto a cambio de tener un marido y un padre para su pequeño.

Pero no fue hasta que vimos amarillear su nombre en los periódicos que mi madre sepultó la fe que alguna vez le tuvo a sus promesas. Porque, a pesar de los abandonos rutinarios, a pesar de sucumbir al perdón que le rogaba cada vez que se aparecía en su cama, qué no hubiera dado ella por tener consigo a ese malagradecido. Nunca iba a ser posible. No esta vez. Nunca más.

Mi padre marchó de vuelta a esa guerra en la que habría de sorprenderlo la muerte. Días después de que la vieja despertara y se topase con la carta que daba cuenta de su nuevo abandono (el último, mentía él), a mi padre lo apresaron, lo recluyeron en una isla y terminaría muerto a cañonazos en una revuelta salvaje el 18 de junio de 1986.

Nosotros solo pudimos enterarnos de su suerte cuando en las noticias lo listaban como fallecido.

Los marinos, el presidente y los periódicos dijeron que fue un levantamiento con todo y bajas y rehenes. La prisión de El Frontón había caído a manos del terrorismo. La carcajada de las gaviotas cubrió el fogonazo y los fusiles.

Nadie lo oyó gritar.

Mi mamá tampoco quiso reclamar sus restos, si es que quedaba alguno.

Nadie lo veló.

2

Marzo de 2001. Quince años han pasado desde tu muerte, papá, y tus palabras crecen, cobran sentido con cada segundo que pasa mientras me siento derretir bajo el sol de esta ciudad que conozco, pero que ahora me resulta tan ajena. «Nadie pertenece a ninguna parte hasta que tiene un muerto al cual volver», le escribiste a mamá cuando huiste de nosotros. «Un muerto al cual volver»… o, en el mejor de los casos, un hijo al cual regresar. Y yo, papá, como tú, tengo ambos.

Esa es la verdad: incluso antes de marcharme lo más lejos que pude, estaba condenado a volver, aunque de mí solo quedasen escombros.

Debía reunirme con el pasado que había enterrado con las huellas de mi fuga, sepultado en la sombra terrible de aquel buitre que es la vergüenza y que, veloz, se lanza a devorar los despojos de quienes me amaron y yo, como tú, también dejé.

3

Mamá siempre deseó para mí un hogar. Sin embargo, en el fondo presentía que si la misma guerra que inició mi padre no me reclamaba, lo haría mi vida de gallinazo: siempre a salto de mata, hurgando en tantos vicios como muladares frecuentaba, sobrevolando la inmundicia de un pasado plagado de culpas ajenas.

—¿Eso es lo que quieres, mijo? ¿Malvivir como el perro de tu padre? ¿Terminar con una bala entre las cejas? ¿Dejarme sola?

Nunca pude contestarle.

No tengo la menor duda: seis años después de la ejecución de su marido, era yo quien remataba por la espalda a mamá.

Todavía la recuerdo maldecir su memoria. No interesaba quién era ella o qué había hecho, siempre sería la mujer de un terrorista. Y yo, su bastardo. Y sin importar cuánto intentase esconder ese hecho, la resaca de las acciones de mi padre terminaría por exhibirme desnudo, herido y bajo la sombra de los fantasmas que han sido mi legado.

Esa es la condena que cargan los engendros del enemigo: incapaces de obrar bien, no importa cuánto lo intenten; destinados a calzarse las botas de sus padres porque sí, porque otros dicen que les quedan. Mientras que, de la pobre mujer consumida por el insomnio, destripada por la cólera y la impotencia que deja el abandono, únicamente quedaría la herida de un puñal que habría de clavársele dos veces y en el mismo sitio, cuando marido e hijo la dejaron a su suerte. Así,

ya en la clandestinidad, una mañana en que la pena la reclamó, me enteré de que se ovilló entre las sábanas ajenas que restregaba para ganarse la vida y creyó flotar en una nube, aliviada por el sueño que le llegaba tan de repente. Por fin iba a descansar de su soledad, pensó, y con eso salió por la puerta trasera de mi pasado.

Lo primero que hice al llegar fue visitar ese nicho que su hermana y los sobrinos le pagaron entre todos.

Y si mi destino no se había unido ya al polvo de este suelo, Mercedes y mi hijo me darían un sentido de pertenencia imposible de burlar.

Al pie de la tumba de mamá fui incapaz de llorar.

4

Me he subido a una de esas líneas de buses que cruzan las dunas.

Espero llegar a la que era su casa y verla sentada bajo el enorme tamarindo del jardín.

Espero llamar a su puerta y encontrarme con el filo de una mirada familiar, aunque en esta no haya mayor vitalidad que la del odio. Verla y verme en el rostro de nuestro hijo. Pero aun cuando sé que esto que deseo es solo un acto de fe, he resuelto volver y hacerme cargo de todo cuanto dejé a su suerte. A fin de cuentas, los muertos no tenemos nada que perder.

Camino hasta el paradero del Banco de Crédito en plena avenida Sánchez Cerro. En las esquinas del mercado de enfrente los ambulantes tienden ollas, calzoncillos, pescado en viandas. Alguna vez, de niño, acompañé a mamá a vender los bodoques y las golosinas de algarrobina que solía hacer para sostenernos en ausencia de papá.

El sol se derrama sobre la acera y aunque trato de cubrirme el rostro haciendo una visera con las manos, es inútil intentar guarecerse de su resplandor.

Dejo pasar tres combis antes de subirme a una que lleva descolgado al cobrador, anunciando la ruta a la que me dirijo.

Trepo y me acomodo en un latón forrado de espuma y cuerina que sirve de asiento. La ventana abierta y el alma ocupada en desentrañar el paisaje atestado por el tráfico de las dos de la tarde. No tengo derecho alguno a pedírselo. Si se fue, es quizá lo mejor que pudo hacer. Pero de verdad, de verdad espero que, a pesar de los años y el recelo, ella continúe ahí...

Los hogares se han extendido como una costra de ladrillos sobre la pampa. Tres edificios alzan sus cuellos tapizados de vidrio. Me queda claro que, aunque el calor aturda tanto como lo recordaba y salvo alguna que otra nueva estructura, Piura aparenta ser la misma. Sin embargo, la ausencia de esa sensación de amenaza permanente, de tensa calma, de estado de sitio perpetuo, la hace sentirse tan distinta de aquella en la que Mercedes y yo nos acurrucábamos, lejos de las aulas y la guerra.

La ciudad resuma bocinas y luces.

Las avenidas que recorrí adherido al contorno de su cintura, suave y combada hacia el centro de mis muñecas, son vieja novedad. Y de las casonas en las que tantas veces nos escondimos para amarnos no quedan ni los huesos. En su lugar, hay tiendas que han levantado sus escaparates y armado un par de ascensores. Los terrenos baldíos desvanecen sus silencios en las paredes de los edificios que ahora los habitan. Se respira una calma aparente, pero, como yo, el espectro de la desdicha se empecina en desandar lo caminado, en retornar al origen. Lo percibo en los pasos descoyuntados de la gente y en las paredes pintarrajeadas de propagandas para las nuevas elecciones. En ellas se imprime el nombre del malnacido que ordenó fusilar a mi padre. Su rostro asqueroso en pancartas, con letras blancas y rojas, y un «2001» junto al símbolo de su partido: la estrella.

Sé que es imposible, pero espero que una bala siga dando vueltas por ahí con su nombre y algún día lo alcance.

A veces siento que si, como dicen, la historia está compelida a repetirse, mis padres pueden estar juntos, aguardando en casa. Si viera de nuevo a papá, ¿sería capaz de persuadirlo? ¿Le rogaría que se quede? ¿Libraría así del infortunio a mi madre? Si mi padre no hubiera muerto, ¿seguiría con Mercedes? ¿Sería distinto

el futuro para el hijo que tuvimos?

5

Cada vez que pienso en ella me doy cuenta de la inocencia que nos cubría, propia de quienes, creyéndose dueños del futuro, se llenan de planes y se entregan sin remordimiento al goce de la piel amada, furiosos como los huracanes cuando tocan tierra. Dos soledades que se encuentran y se llenan con la fuerza de un cielo satisfecho y soleado tras la lluvia.

Cuando nos conocimos, Mercedes caminaba con el peso del mundo encadenado a sus pies. Para mí, estaba hecha de luz y, quizá por eso, poco le importaron los rumores que rodeaban al despojo de hombre que era. Las circunstancias en las que mi padre se redujo a recortes de periódico, agravios y sospechas jamás dejaron de pesar sobre mí. Y durante mucho me creí el heredero de las desgracias que ocasionó. Cuanto más me golpeaba la culpa atada al apellido, esta también acometía sin piedad contra mamá. Y así entiendes por qué los padres de tus amigos les prohíben invitarte a sus casas, o siquiera hablarte; o por qué las mujeres de la cuadra jamás volvieron a dirigirle el saludo a lo que quedaba de tu familia.

Aquel trato me persiguió hasta la universidad. Al final, la gente se terminaba enterando. Siempre el rumor se desperdiga. Aun así, por más que me lo propusiera, aquella aversión que, se supone, encuentra terreno fértil en quienes observamos el mundo entumecidos, como si mirásemos la lluvia caer, nunca pudo cuajar.

De ahí que rechazara decenas de veces a los camaradas de mi padre. «¿No quieres vengarte de esos perros? ¿No quieres redimir la memoria de los mártires? ¿No quieres ser un héroe?». No, no y no. Fue su decisión y suficiente tengo con lo que me toca. «Han pasado seis años… Fue un duro revés. ¿Qué edad tenías cuando pasó? ¿Trece? ¿Quince, tal vez?». Y yo solo asentía perdido en el vacío y ellos se marchaban prometiendo cuidarme en nombre del respeto que guardaban a mi padre, el hombre que anduvo en el monte cuando apenas descubría la miseria en la que vivíamos, el «héroe» que «por mi bien» nos había

dejado, a mi madre y a mí, al calor de un lamparín de querosene.

Imposibilitado para tomar las riendas de mi camino, esa luz que Mercedes derrumbaba sobre su andar lejano, cabizbajo, me alcanzó un día en el que yo me había arrastrado hasta una clase de Letras, esperando dormir las noches demoradas en los tacos, en los parques y en esos bares en los que me pudría sobre los brazos de mujeres que nunca volvía a ver después de pagar los diez soles que costaba su cariño; o entre botellas y cuerpos sudorosos que no hacían preguntas, ni juzgaban mientras hubiera cebada en los pomos. Y así, desfalleciendo en la carpeta… ella fue la única que me tendió una mano.

Un día me contó que a los cinco su padre la había tocado sin importar cuánto le gritó para que se detuviera y que, por eso, su madre y los vecinos lo habían linchado. Después, ambas se fueron a vivir a casa de la abuela y desde aquello vivía de llevar una bodeguita, allá donde las combis no entran por temor a arenarse o a que las desvalijen. Yo, en cambio, le conté sobre aquella isla a la que iría algún día en busca de respuestas; sobre la madre que se consumía en una mezcla de pena, ropa sucia, detergente y solitario rencor; y sobre el desdén que sentimos quienes nos quedamos atrás, manchados por los pecados de las personas que nos trajeron al mundo.

Era inevitable. Nos juntamos como lo hacen los pollitos en el frío. Nos reconocimos por el tamaño de las tragedias familiares que cada uno llevaba a cuestas. Y nos atrajimos al principio, más que por amor, por consuelo y por ese temor al desamparo que tanto nos pesaba. A ella le gustaba la idea de acompañarme cuando fuera a enfrentar el recuerdo de esa prisión en una isla habitada por los lobos marinos y las aves.

Mercedes sostenía mi mano y pensaba en las flores que habríamos de llevar y arrojar a esa porción de mar que vio morir a cientos de hombres bajo las municiones de los buques y los fusiles de la patria. El mar… esa tumba que jamás devolvería los restos de papá.

Nos amamos en las aulas desiertas del Pabellón Central o arrimados a los ciruelos en los que terminaba el campus. Y yo encontraba el alivio a mis tormentos en el temblor de su vientre al sentirme.

Rápido aprendimos a calmar nuestra impaciencia con los gestos extraviados en los muslos y espaldas que se tensan y luchan por volverse uno. Nos entendimos

con los sueños de un futuro que se nos atragantaba en las caricias, que reemplazaban a las clases y respondían a las preguntas del poema que tantas otras veces le había recitado cuando la furia del amor se diluía en el abrazo silencioso: «¿Somos solo una cometa / Tan solo una sonrisa / De la nada? / ¿Somos quizá palabras / De un poema que se escribe / Y que se borra a cada instante?».

Nuestros cuerpos, cuando menos, lo eran.

6

El bus atraviesa una enorme nube de polvo detrás de la cual se alcanzan a ver las siluetas entrecortadas de las calles: Loreto, Junín, Cusco, Arequipa, Tacna.

Atrás queda la enorme tienda del chino Chong Shing, las ópticas que se apiñan a lo largo de la avenida y los puestos de lata celeste en los que banderean los periódicos de hoy, de ayer, destiñéndose en la tarde.

Reconozco las calles, pero brillan con un tono completamente distinto al que recuerdo. Una muetra de cómo la memoria se impone, huérfana, en una ciudad que nunca deja de transformarse. Quizá sea verdad y a fin de cuentas son los lugares los que nos sobreviven, y no las personas a la ruina de los espacios en los que alguna vez fueron felices o creyeron serlo.

Unos minutos después, aparece la fachada abarrotada de alumnos del colegio Ignacio Sánchez. A continuación, a los lados de la pista, surge una seguidilla de casonas que se esfuerzan por mantenerse de pie. El edificio Atlas, un local de computadoras, quizá el único en toda la ciudad. Y muchos hombres que huyen despavoridos de la canícula. Mujeres que cruzan las pistas a brincos en sus tacos para eludir el alquitrán caliente. La plazuela Ignacio Merino, con la estatua del pintor sobre su pedestal, cagada por los gallinazos. El puente. El lecho del río, lleno de maleza y con vacas pastando bolsas y una que otra culebrita de agua hedionda entre los juncos secos. Desagües eternamente abiertos en una cascada que acuchilla la rivera. Garzas entretenidas en escarbar los montículos de porquería que se apilaban en las bases de las defensas del río, gaviotines negros

en pleno vuelo como moscas sobre las pozas de agua estancada. Algunos chocan con el puente colgante y me parece escuchar cómo se quejan los fierros que le suspenden.

Avanza el tráfico. El bus se enrosca en los baches del distrito de Castilla. A la derecha se alza el coliseo del colegio de los salesianos. Giramos a la izquierda y nace la pampa escamoteada por los parajes que alternan algarrobales y caserones miraflorinos, los parques de cemento pulido y nuevamente los algarrobos hasta donde llegan las piedras enormes que marcan la orilla, que baja y se hace barranco hasta que aparece el fondo podrido del río Piura.

El cobrador chasquea las monedas, pasaje, pasaje, y que lo asencille el chofer; y baja, baja, pérate que sube.

El acero encarrujado del vehículo es una olla a presión.

Me derrito. Los pasajeros disfrazan su molestia durmiendo para no sentir cómo hierven. Una mujer abanica con un periódico la brisa pesada y hedionda.

Hay colegiales que regresan a casa. Otros van a la escuela. Quizá uno que otro decida dar media vuelta y juntarse con la collera en esa pampa donde corre el vendaval y rueda el balón.

Pasaje, pasaje. Y la universidad exhibe sus muros. Simula ser una bestia de cemento, tumbada al margen del río, con sus edificios clavados a la arena como garrapatas. Los tráileres y camiones atravesándola en diagonal para llegar a las chacras que, dicen, han empezado a funcionar en esos caseríos perdidos a cuyas cantinas y chicherías solíamos ir a beber y llorar con los perros que mendigaban ceviche, y la chicha y los baldes de pintura que hacían las veces de jarras.

Y pienso en Mercedes, en las tardes cuando la esperaba.

Y pienso más en su andar, en sus piernas enormes, larguísimas, que me llevaban porque la vida con ella la sentía grande y mis pasos eran cortos; mi mano en sus senos diminutos, su cabeza reposando sobre mi hombro en un bus como este, camino a su casa, como ahora, aunque sin luces, sin postes, a veces en medio de la luna naranja, hundidos en la noche hasta el último paradero del barrio La Primavera. Hasta ahí la acompañaba y me quedaba mirándola a dos o tres casas

de la bodeguita en la que vivía con su madre y su abuela, mientras veía su sombra bailar conforme se alejaba más y más a la espera de que ese muñequito en el que se convertía cruzara la puerta. Luego, me devolvía al hueco donde dormía, lejos, cruzando el río, pasando el puente, de largo Sánchez Cerro y de ahí cruce con Grau, derechito, derechito hasta el culo de Santa Rosa, mi barrio.

Y el «cantinero de Piura, Piura, Piura» que suena en la radio, que truena igualito como en los recuerdos que se agolpan de repente en la garganta. «Solo bebe cerveza para olvidar». Y canto. Y mis huesos son los fierros que sostienen al bus. Sudan los párpados y nace la sed.

El sueño me vence.

7

Intento recordar la noche en que la guerra por fin nos alcanzó, Mercedes. Desde hace nueve años, no hay día que no lo haga.

Todavía recuerdo a los hombres que me abordaron aquella mañana de julio. Me presentaron sus respetos por la memoria de mi padre, juraron lealtad a una causa que, dijeron, también me correspondía por derecho y a la que yo debía servir. Pidieron mi ayuda. Algo grande se avecinaba, algo que «haría saltar los añicos de Piura, la enferma».

El país estaba jodido, pero eso lo sabíamos todos. En abril del 92 cayó el Congreso y los tanques rodaron por las calles cada noche. Los toques de queda, los cuerpos calcinados apestando a querosene y, en la sierra, las torres de alta tensión desplomándose, los perros ahorcados en las calles del centro, comisarías y agencias de transportes reducidas a escombros, el coche bomba del óvalo Bolognesi, varios cuyos cuerpos jamás aparecerían.

La guerra tenía que decidirse con gestos, con acciones, aniquilar símbolos y cualquier rastro de los hambreadores. Yo mismo lo vería, me aseguraron. Dijeron que habían velado desde las sombras por mamá y por mí, aun cuando me negué a seguir los pasos del camarada Plinio, mi padre. No obstante, ahora que darían

prueba de su fuerza, me necesitaban, me necesitaban por única y última vez. «Queremos que permitas que dos de los nuestros pasen la noche en tu casa, que los escondas. Solo esta noche». Naturalmente, me rehusé. De cualquier modo, ya en otras ocasiones me habían invitado o pedido cosas, y yo había declinado cualquier ofrecimiento con la misma seguridad. ¿Por qué habría de ser diferente esta vez?

Qué imbécil fui.

Debí saber que el ejército y la policía buscarían culpables inmediatos y, de no hallarlos, procurarían obtener la cantidad de nombres que las circunstancias demandasen. Aquello que hizo saltar los añicos de Piura, la enferma, se tradujo en el atentado que los camaradas de mi padre condujeron la noche de ese mismo 9 de julio y que asesinó al aprista Juan Murillos Noceda, el primer presidente de la región, por aquel tiempo también catedrático de Ingeniería. La metralla que le dispararon lo silenció para siempre, muy cerca del pabellón en el que Mercedes y yo habíamos concebido al niño que, muy seguramente, habría de preguntarle qué había sido de su padre; si, como al mío, lo abatieron a cañonazos frente a un mar inmutable; o si se aterró de cargar con alguien más que su propia humanidad.

En el fondo, sospechaba que, de un modo simbólico, aquel atentado pretendía vindicar la muerte de Plinio; después de todo, había sido acribillado por órdenes del Gobierno y Murillos era un búfalo con galones.

Consumado el atentado, el Gobierno instauró la ley marcial en la ciudad y comenzaron a cazar a los culpables. Al final, luego de coger a un par, uno tras otro fueron cayendo. Y entre testículos calcinados por la corriente y largas sesiones de ahogamiento en bidones de mierda, dedos rotos a martillazos, clavos incrustados en las fosas nasales y pezones mordidos por alicates, estoy seguro de que uno de los torturados en el cuartel Grau soltó mi nombre, esperanzado en salvar los pedazos indemnes de su cuerpo, a la espera de una clemencia que, por cierto, nunca llegó.

Si tuve que escapar como lo hice fue porque, ante la ley, mi aparente culpabilidad y el estigma que heredé eran lo mismo. Desde que nací, jamás tuve derecho a la presunción de inocencia. «El bastardo del enemigo no puede hacer sino el mal», por lo que, para la justicia, yo era el perfecto culpable: el terrorista que busca vengar a su padre abatido en el amotinamiento de una cárcel

asquerosa. Recuerdo cuando, en medio de la madrugada, justo como lo hizo Plinio, hui de casa luego del crimen y tras enterarme de la desaparición de varios camaradas. Y a pesar de que te prometí ponerme a salvo, volver en cuanto pudiese, no tuve cómo y tampoco supe por dónde empezar.

Por mucho, abrigué la idea de lanzarme contra las rocas de una playa sin nombre, donde la sangre del cobarde puede hallar consuelo bajo la espuma que todo lo limpia. Por lo menos nuestro hijo no tendría que cargar con la vergüenza de un preso, un fusilado, un prófugo. Me vi obligado a escapar, a pedir la ayuda de los camaradas de mi padre a los que tanto había rechazado en el pasado. Tuve que renunciar a mi identidad y acostumbrarme a deambular al abrigo de las madrugadas. Tuve que desconocer mi pasado, resignarme a perder el futuro que había planeado contigo, Mercedes. Dejar atrás cuanto pude haber conseguido, a mi madre, a ti y al niño que llevabas en el vientre. Y mientras tanto, cruzaba los ríos de la frontera y trataba de conseguir refugio en pueblitos fuera del mapa, allá en el Ecuador. Juntaba plata y rezaba para que ese dinero te llegara en encomiendas que mandaba a tu casa con nombres falsos a través de amigos que conocía allá y que iban de paso a Piura. Ojalá te haya llegado algo. Y si no, qué importa, he ahorrado para este día, Mercedes. Y, en tanto, me pesaba no poder llamar, o llamar y dejar en vilo tu voz en busca de alguien que respondiese, sin poder escribirte por temor a delatar mi identidad o ubicación. ¿Y si los tenían vigilados? Pasé por mucho sin poderte contar nada mientras volvía, una y otra vez, a la mañana en que me dijiste que íbamos a tener un hijo, que por fin podríamos tener nuestro nuevo comienzo.

—¿Qué vamos a hacer, Santiago?

—Seguir. Vámonos a Lima. O mejor, vámonos a la selva, a donde nadie nos conozca. Allá nos buscaremos la vida y lo tendremos.

—Si es un niño, quiero que se llame como tú.

Pero yo tenía el mismo nombre que mi padre. El nombre que el camarada Plinio se esmeraba en ocultar. Debí negarme. No lo hice.

Me dolía la felicidad que había abandonado, y durante los siguientes nueve años intenté seguir y seguir huyendo de la sombra de la dictadura que reclamaba mi cabeza, y todo para que no me alcance el peso terrible de mi apellido, para que la desgracia no pueda tocarte a ti ni a Santiago.

8

El cobrador anuncia el destino.

¡Esquina baja!

El paradero conserva su nombre, pero los años lo han borrado del letrero en ruinas que todavía se levanta en el terraplén.

Cerca hay casas y hasta un grifo de los que no tengo memoria. Las calles lucen pavimento donde antes solo dormía la arena. La trocha deja espacio a jardincitos y cordeles de ropa tendida. La ciudad se ha desparramado a los costados, y la periferia la cruzan carreteras en las que avanzan pesados camiones que alternan su paso con las yuntas de bueyes o las carretas de burros, azuzados a fuetazos para movilizar su carga de leños verdes.

Camino por inercia casi profética, doblo en las viejas esquinas como tratando de redescubrir el camino tantas veces recorrido en el pasado. Este tramo de la ciudad permanece acodado tristemente en una dimensión del tiempo en la que los relojes no se mueven, o avanzan lentamente, y solo queda el resabio de un calor pegajoso sobre la pampa. A pesar de todo hay cambios sutiles, aunque significativos. Recuerdo las puertas de lata en las casas donde crecían las tunas y la mala hierba. Los algarrobos ya no dan sombra como antes al adobe y la quincha, varios han sido talados y los pocos que quedan acurrucan alguna que otra casa de ladrillo y fierro con enormes corrales. Pareciera que algún gigante ha jugado a los dados con las casas: las lleva entre sus manos, las sacude, las arroja y caen como pueden en el suelo, a distancias irregulares o algo así.

Estoy cada vez más cerca. Unos metros más y los gallinazos que —siento— llevan mis hilos, halan mis pasos mientras trato inútilmente de calibrar los latidos que golpean mis costillas.

9

La casa no ha cambiado, salvo por la tienda que ya no está, como si nunca hubiera existido. El árbol de tamarindo que tantas otras veces cubrió tu silueta, Mercedes, guarda ahora la mía. En el techo se deja ver una columna de varillas desnudas y en su cima un trapo blanco que saluda mis pasos o, mejor dicho, los pasos que recojo. Casas en eterna construcción, proyectos de segundos pisos cuyos dueños quizá nunca llegarán a habitar, monumentos para un mañana que no tiene cuando llegar.

Mi corazón da un vuelco y me silba la respiración en la garganta: es un jadeo. La emoción derriba el poco juicio que había estado acumulando minuciosamente y que reservaba para nuestro encuentro. ¿Cuál debería ser la cara de un muerto que vuelve hasta sus seres queridos? ¿Qué palabras deberían brotar de mis labios?

Guzmán y Fujimori cayeron. Muchos de los que me ayudaron a huir están muertos o permanecen escondidos o, simplemente, purgan una larguísima condena. Las cosas son distintas. Bueno, no todas: el país sigue quebrado. Cuando menos, nadie me persigue ni amenaza con la muerte a la sombra de los barrotes.

Toco el portón, Mercedes. ¡Estoy afuera! Una, dos veces. Y revivo el calor de tu cuello bajo mis besos. Doy el tercero, el cuarto golpe, y recuerdo a mi padre entrando por el dintel de las esteras que habitamos junto a mi madre, a mitad de la intemperie.

Y así sucede: del otro lado puedo escucharme correr, más pequeño y, sin lugar a duda, más feliz.

«¡Mamáá, buscan!».

Hasta hoy no estaba listo para perdonar a Santiago, el hombre que me amó en sus ausencias y que quizá pensó en mí mientras esperaba el desenlace heroico de su causa perdida, mirando al cañón y el proyectil que disparó y que cruzó el cielo para hundirse en sus entrañas como un alcatraz metálico, explosivo. Jamás fui a visitar las aguas donde quizá las morenas y los cangrejos deshicieron su cadáver y construyeron con sus huesos madrigueras, arrecifes de coral. Y sin embargo hoy, después de pasarme los últimos años huyendo de sus fantasmas, negando su legado, perseguido por quienes intentaron cobrarse una revancha contra mí y en su nombre, como si no bastase ser reducido a ceniza y desperdicio

del lecho marino, hoy finalmente regresé para suplicar el perdón de su nieto.

La puerta se abre y me hieren por vez primera en años los ojos de Santiago, mi padre; acaso también mis ojos en un pequeño espejo. Y pienso, pienso fuerte que nadie pertenece a ninguna parte hasta que tiene un muerto o un hijo al cual volver. Y yo tengo ambos.

¿Cuánto más vas a resistir?

La rebelión consiste en mirar una rosa

Hasta pulverizarse los ojos

Alejandra Pizarnik

¿Cuánto tiempo pretendes soportar el temblor de tus huesos, niña? Han pasado dos semestres, ¡dos! No es poca cosa. Si te sigues aguantado, fijo se te descosen las costillas en pleno examen. O peor, se te revientan y, con ellas, todo el esternón —crac, crac—. Tu mamá dirá que tu carne se ha rasgado como el velo del templo en Viernes Santo y que cómo te atreves a ofender al Cristo que te puso alrededor del cuello y que ya verás cómo se te cae de la purita vergüenza —plunk—, decidido a perderse entre tus pechos, en ese «te amo» que hierve en tu garganta, tullido y sin poder brotar nunca. Un te amo abominable, horrible, diría tu madre, porque sabes bien que, apenas lo confieses, perderás el derecho de llamarte su hija. Un te amo, uno solo basta.

Pero, aun cuando cada una de las sílabas se ahoguen en ese mar calcinante que es el pecado, a ti no te importa. ¿Por qué? Porque estás templada, mujer. Templada, como la línea en la que el sol se equilibra antes de caer desde la cima de los árboles como la enorme fruta que es, hiriendo al ocaso con su pulpa llena de rojos, rosas y naranjas.

Abandona el gorjeo. Deja de sofocarte en las ganas que tienes de acercarte a su escritorio, largar a los mirones y comerle la oreja derecha. Lucha contra eso que te impide hurgar en las palabras y gestos que le construyen. Disipa las sombras que impiden que te le acerques. Al fin y al cabo, todos estamos hechos de murmullos que nuestros labios acarician y hacen suyos. Significados, etiquetas, que dejaron de importar(te) hace mucho y que estás dispuesta a olvidar, o por lo menos a desoír, para empaparte de su luz y así, por unos instantes, ignorar que eres la alumna, la mocosa que recoge su cabello en cola, que espera en la penumbra del salón una señal, un destello que quizá jamás llegue, pero que, de hacerlo, te haría ignorar su traje de sastre, su andar de grulla, ligero, acompasado, plumón en mano, su voz agitando el espacio que respiras. Aunque luego te duela notar que desconoce ser el centro de tu historia. Aun cuando

ignore la verdad y tú solo finjas seriedad mientras crees tocar el cielo a su lado, tres días por semana, y dejas los otros cuatro para encontrar el modo ideal, el menos malvado de confesarle tus sentimientos, de perderte en un beso a puerta cerrada.

La quemazón crece, te desborda. Eres un planeta a la deriva o, mejor, una estrella extraviada y a punto de quebrarse. ¿Cuánto más vas a resistir? ¿Por qué no decirle que te has matriculado en cada uno de los cursos que ha dictado porque su voz, sus manos —pájaros en el cielo de la pizarra— te sostienen? ¿Por qué, para qué seguir disimulando?

Es la oportunidad definitiva. Este es el último año que tienes, el último que les queda. Luego, te marcharás a conseguir un trabajito en el que no se sufra tanto. Pero callas. ¿Acaso por vergüenza? Sí, quizá hay algo de eso. Digo, has tenido novio antes, ¿verdad? Bueno, no es muy diferente. Salvo el golpe que te dio, los gritos, las llamadas, los insultos, los gritos, maldita sea, los gritos, las patadas. No, no, ¿esta vez por qué habría de ser igual? Pero… ¿Y si tiene a alguien? ¿Te lo has preguntado? No, y a estas alturas poco te importa. Serías capaz de escribirle a su pareja —si tuviera una— y pedirle que le dé cinco o seis besos de tu parte, y aún podría parecerte poco. Pero te apena recordar la vez que les dijo a ustedes, sus alumnos, que el año siguiente —¡cuán lejos te parecía!— se iría a un máster de esos que añaden aplausos al nombre. Se lo paga la universidad, ¿cómo iba a rechazarlo? ¿Por ti? ¡Ja! Se va lejos, muy lejos de tu alcance y más lejos aún del poder de tu bolsillo. No hay dolor o distancia que se compare al de llevar como rehén un cariño que se tambalea en esa incertidumbre que no conoce descanso, ¿no? Prefieres un rechazo, pero tienes que soltarle todo este asunto primero. Un gesto, un abrazo, su boca sonriendo con desdén, una mueca de asco, cualquiera te basta.

Se conocieron en el pasillo un día de abril en el que el resto de los maestros —los nombrados— alargaban sus vacaciones. Era la voluntad, la dedicación y la puntualidad con otro nombre, uno muy joven, responsable, bonito (o así te sonó).

Trataste de sentirte su amiga desde la primera clase. Aquella ocasión, llegaste con otros tres compañeros que a duras penas aguantaron la introducción del curso. Quince minutos y chau, chau. ¿Me ayudas a cargar el proyector hasta mi carro? Yo llevo la portátil.

Cinco eran los años que mediaban entre ustedes. ¡Solo cinco! Te fascinaba porque, en la sutileza con que hilaba sus palabras, descubriste el abrazo que nadie había querido darte, un arroyo del que estabas dispuesta a beber, a pesar del sufrimiento que los demás te causarían si descubriesen tus intenciones.

En silencio, escuchando, aprendiste que, con cada sesión, con cada lectura, con cada vaivén de sus pupilas sobre los versos que llenaban el salón, te sentías transparente, una con el sonido de su voz. Y amaste mientras recitabas, por ejemplo, que hay que «partir/ partir en cuerpo y alma/ partir». ¿Debiste figurártelo? No, no tienes la culpa. ¿Cómo sospechar que aludían a la distancia que iba a separar sus cuerpos?

Lo cierto, querida, es que no tendrás otra oportunidad como esta.

Concluye el examen y la gente entrega sus papeles con resignación. Tú no. Tú debes aguardar, así que finges revisar las respuestas. Las recorres como buscando valentía en cada letrita, en cada punto. Cuando el último de ellos se haya ido, podrás hablarle. Callar sería para ti una herida aún más grande y terrible que cualquiera de las que te infligió el animal de Rubén. La denuncia lo ahuyentó. La vergüenza y el miedo a la cárcel pudieron más. Corriste con suerte. Pero las marcas en tus brazos, en tu cuello, tardaron en borrarse. Las otras, las que ocultas en silencio, nunca sanarían. El par que te hiciste en las muñecas te acompañará hasta la muerte. Un beso a quien «no debiste», un beso, solo uno, hizo que te rompiera la boca. Lo odiabas y te consta. Tú solo aceptaste la farsa para tener contenta a tu madre y a la de Rubén, viejas devotas de San Josemaría Escrivá. Aguantabas a ese bicho para que las muchachas dejaran de joderte con los rumores que se inventaban (¿eran mentira?).

¿Qué iba a decir tu madre? Ya podías verla llorando al pie del padre Eguren, echándote de la casa, desheredándote, maldiciendo su suerte. Seguro que, de saber lo que sientes, lo que eres, hubiera preferido no haberte parido. ¿Y la gente del campus? ¿Y el Cristo que cuelga de tu cuello? El infierno espera a quien contradice a la naturaleza. Habrá quien te desee el rigor de un castigo divino, uno que —sospechas— no llegará nunca. Habrá quien ansíe, y mucho, matarte a palos por querer que te quieran.

Pero mereces una respuesta, la que sea. Un sí, un no.

Un murmullo de hojas quiebra el silencio. La tarde es un coro de carpetas que empieza a levantarse, fierros arañando el piso del aula y un bosque de sombras en movimiento que sale por la puerta. Hay quienes dejan el salón sombríos y en silencio como dentro de ataúdes.

Te quedaste sola.

Esta es tu oportunidad.

—Disculpe, profesora…

Y ella te mira y sigue ordenando los papeles que corregirá por última vez. Entregas el cuadernillo de respuestas. Insistes.

—Profesora, ¿tiene unos minutos?

Un par de cuencas vacías

Incapaz de conciliar el sueño, el hombre descansaba la vista sobre las espaldas de su esposa: los omóplatos subiendo y bajando apenas, como un par de alas cansadas. Y por un momento la envidió y envidió todavía más la calma que la envolvía. Afuera, los árboles eran fantasmas suspendidos en la madrugada. Desde su apartamento del piso catorce se divisaba el barranco en el que moría la ciudad y, más allá, la espuma del oleaje desgastaba una hilera de playas pedregosas.

En la oscuridad, intentó aferrarse al rumor de los autos. Incluso buscó una alarma o un pitido de bocinas lejano. A veces trataba de escuchar las olas rompiendo contra los riscos. Pero la Costa Verde estaba desierta y todo lo que se dejaba oír en el cuarto era la respiración espaciada de su mujer, una respiración cansada, satisfecha, subiendo y bajando al compás de lo que, supuso, debían ser los ecos lejanos de la marea.

Sentado al filo del colchón, se palpaba el costado izquierdo. Desde aquel preinfarto que lo tuvo hospitalizado hace dos años en el Hospital Militar, las punzadas ocasionales llegaban tan rápido como se iban. Necesitaba un poco de aire. Apartó las colchas que cobijaban sus piernas y, con dificultad, caminó hasta las mamparas: era una noche fresca y sin luna. Y aunque no había viento, al correr las persianas y deslizar el vidrio, la sal le llenó de golpe la boca.

De vez en cuando se colaba la luz vacilante de un faro. En intervalos de treinta segundos (los había contado), el haz barría las sombras de lo que hasta hace poco habían sido los muebles del dormitorio. El hombre intentaba sobreponer las siluetas que se le presentaban en la penumbra con las de las fieras que había visto en el monte: la mesita de noche era un cerdo salvaje; el escritorio, un puma agazapado y vigilante; las corbatas, serpientes deslizándose entre los colgadores, decididas a morderlo.

Al lado, en el ropero abierto, pendía su uniforme de coronel. El pantalón verdoso, perfectamente planchado y bastillado. El lustre de los seis galones y las condecoraciones por encima del bolsillo izquierdo: medalla en reconocimiento al honor del combatiente y su placa verde con letras repujadas en dorado.

Todo el conjunto daba fe del héroe que había sido, que aún era a sus cincuenta y seis. Y, sin embargo, a la distancia y con suma insistencia, repasaba el sacón que había dejado en la percha al retornar del ministerio por la tarde.

¿Qué era eso?

Ahí donde normalmente emergería el brazo izquierdo, se agitaba (o más bien colgaba) una sombra diminuta y frágil, temblorosa acaso, una especie de presencia intermitente.

La luz del faro barrió la pieza suavemente. No había nada. ¿Las retinas empezaban a jugarle en contra? Las secuelas de la pólvora, las cicatrices del insomnio, las esquirlas diminutas, microscópicas de cada ráfaga de disparos, pensó. Los años se precipitaban sin reparo ni clemencia y ahí estaban el entumecimiento de sus extremidades, el dolor en pecho, espalda y cuello, y los ojos a punto de saltársele del cráneo, todo un catálogo de males dispuesto a recordárselo.

Milla caminó hasta la mesita de noche en la que su mujer había dejado una jarra de agua. Rebuscó entre las decenas de blísteres y frascos que se amontonaban en el cajoncito del mueble, se llevó dos grajeas rosadas a la boca y apuró medio vaso de agua. Ahora solo debía aguardar a que la medicina entrara a su torrente sanguíneo e hiciera lo suyo. Su celular reposaba debajo de todo ese revoltijo. Puso la huella del índice en el sensor y en la pantalla desbloqueada apareció enorme la hora: 2:49 de la mañana. Activó la aplicación de la linterna y apuntó el teléfono hacia el rincón donde había creído ver la sombra. ¿Habría sido una rata? Pero en la habitación solo quedaba el círculo desenfocado de luz diciéndole que era un huevón o estaba senil o las dos cosas a la vez, por lo que conectó el aparato a la corriente y se devolvió a la cama soltando una risita nerviosa.

Algo aliviado, empezó a escudriñar la pintura blanca del techo que ya mostraba escamas debido a la sal que se colaba por los ventanales. Las costras y las muescas soltaban un polvillo que se mantenía suspendido en el aire y se aferraba a la losa, al papel tapiz y a su cama. Mas aquel espacio en blanco suplía el lienzo sobre el que Milla se imaginaba un cielo profunda y empecinadamente azul, limpio como los que había visto en sus años de servicio en el norte, en la sierra de Huarmaca, cuando le podía atinar a un alfiler a diez metros de distancia con

su 9 mm y la única sensación en su pecho era la del anisado deslizándose furioso en cada trago. Sumido en semejante esfuerzo de imaginería, Milla esperó intranquilo a que el sueño lo visitase por fin.

En el fondo, el coronel sabía que era cuestión de tiempo, era inútil tratar de engañarse. No había visto mal. ¿Qué o quién más podría ser sino ella? Y rogaba poder conciliar el sueño de una vez, aunque solo fuera hasta las seis, dormitar a pesar de las pastillas que prometían alivio para su corazón trajinado, enfermo.

¿Por fin ella vendría a verle? No, siempre estuvo ahí, calibrando el momento justo, tal y como él lo había hecho hace veintitrés años. Podía escucharla gemir todavía. Podía sentir el calor de su pequeño cuerpo en la oscuridad de la habitación de ese piso catorce. Y a pesar de tener a su mujer al lado, podía percibir el ruido de uñas arañando la pesada tela del sacón camuflado. La niña, sus piernas, sus manitos, su cálida estrechez...

Basta.

Se restregó la cara con las manos. La piel helada. Intentó concentrarse una última vez en el fragor del mar, en lo que recuperaba el resuello y trataba de ordenar las imágenes que se le agolpaban sin tregua, pero fracasó. Tan solo podía adivinar sus estallidos. El mar era una soledad inmensa, angustia en movimiento.

Desesperado, intentó refugiarse en la silueta carnosa de la durmiente y miró, sin mirar de veras, su espalda blanquísima. Quiso tocarla, despertarla para que lo ame, aunque solo fuera por un instante. Pero desistió: en la quietud del cuarto, la percha había golpeado la alfombra y su saco quedó inmóvil sobre el suelo. Luego percibió una rápida sucesión de pasos o más bien brincos, saltos como de un conejo que huye a su madriguera, y quedó petrificado por instinto.

Con el pijama húmedo, Milla intentó ponerse bocabajo y hacer de cuenta que el sol saldría pronto, más allá de los peñascos que se hundían en la bahía pedregosa; y que, con el amanecer, el dolor y la culpa que lo aquejaban se disiparían por algunas horas. La noche lo desbordaba y la punzada en el costado le impedía acomodarse de otra forma que no fuese la de un muerto dentro de su ataúd, en medio del velatorio, con la figura inmensa de Cristo abriendo los brazos y los lamparones de luz tibia ocultando las lágrimas de los suyos.

¿Iban a llorarlo?

Nunca tuvo hijos, el problema era suyo, pero prefirió achacárselo a su mujer. El médico, un coronel amigo, decidió guardar el secreto. Después de todo, ¿por qué habría que hacerle pasar al héroe de guerra el suplicio de los cuchicheos y las burlas? Su arma no estaba cargada, pero cumplía, vaya que sí. Sin embargo, nunca como ahora el hombre había lamentado su porvenir solitario e infecundo. ¿Iba alguien a llorar su muerte?

Su mirada aterida a las escamas blancas del techo, mudo, concentrando sus esfuerzos en mantener una respiración pareja. Inhala cinco segundos, mantén el aire un momento, suelta despacio y repite, Milla; inhala de nuevo, aguanta ahí, bota, bota. ¿Qué era esta sensación en su espinazo? Las colchas le picaban como la hojarasca del monte clavándose a sus poros, bajo sus muslos, en su rostro. Y de nuevo el olor del pasto quemado desplazando el hedor del mar, el peso inerte del fusil, el inconfundible regusto chamuscado a pólvora en el paladar, la sangre ajena bajo sus uñas y el cabello teñido por la ceniza, la humedad en el bajo vientre.

El sudor le perlaba el rostro. Sudaba como si tuviera puesto el pesado uniforme de campaña en lugar de los pijamas de lino, quieto y mordiendo las sábanas para no gritar, revuelto en su lecho de dos plazas y media.

Las viejas cicatrices le quemaban por dentro. Un clavo le hurgaba entre los espacios sin carne de las costillas, más y más adentro, más y más rápido, entra y sale, entra y sale. Y comprendió que aquello solo podía ser un anuncio de las memorias que había sepultado meticulosamente con el paso de los años.

Ni las sesiones de terapia, ni el alprazolam o los frasquitos repletos de benzodiazepinas, ni los consejos del psiquiatra del Hospital Militar —un viejo que no hacía más que preguntarle por su padre y la relación que nunca tuvieron —, nada de eso servía cuando a mitad de la madrugada volvía a escuchar el traqueteo de las armas, el ruido seco de las minas desmembrando cuerpos sin nombre, los casquillos sonando en los tímpanos; o sentía el hormigueo que le subía por el brazo izquierdo, los pedazos de uniforme mal pegados a su pellejo, ardiendo como tizones.

Pronto repararía en las consignas lanzadas al vacío y el griterío de mujeres que había hecho suyas a la fuerza. ¿Iba a sentir de nuevo la textura frágil de gargantas quebrándose con la presión de sus manos enormes como manoplas de soldador? Los insultos y maldiciones lo arrastraron hasta el pelotón, uno, dos,

uno, dos:

Ya llegamos

(ya llegamos)

A barrerlos,

(a barrerlos)

Ya llegamos

(ya llegamos)

A joderlos

(a joderlos)

Terruquitos,

(terruquitos)

No se escondan,

(no se escondan)

Terruquitos,

(terruquitos)

Quiero verlos

(quiero verlos)

En la fosa,

(en la fosa)

De sus tripas

(de sus tripas)

Saco sebo,

(saco sebo)

Se las doy

(se las doy)

A mi perro

(a mi perro)

El himno de combate de los héroes se confundía con el coro de las guerrillas enmascaradas en un abrazo retorcido. En esencia, el hombre sabía que ambos bandos buscaban sangre, pero que los únicos permitidos para saciarse con los cuerpos ajenos y festinar las tripas enemigas eran ellos. Había que estar seguro, después de todo. Repasar a los malditos y desaparecer hasta sus huesos. Que no quedara ni rastro de esa historia que seguro otros tratarían de endulzar bajo el patetismo de los crímenes de guerra. «O son ellos o somos nosotros», repetían sus superiores. «¿Quiere ser un "caballero" muerto como Grau, Milla? Al enemigo, la punta de la bota, el plomo en el cerebro. A Grau lo mataron no por héroe, sino por cojudo».

Los pedidos de auxilio bombardeando las ondas de radio, su nombre mil veces repetido en las bocas enajenadas por el pánico de sus compañeros de escuadrón, de sus promociones que deambulaban con el brazo izquierdo colgando de la mano derecha, en llamas, arrastrándose sin piernas, con los globos oculares derretidos por el anfo. Lo peor era que, por mucho tiempo que hubiera pasado, sabía que tampoco habría de evitar ninguna muerte, ni ahora ni nunca.

Y por encima de los rugidos de la guerra, que aún lo asediaban desde las esquinas de un subconsciente adormilado por los fármacos, bajo las pesadas láminas de los ansiolíticos y los antidepresivos, reverberaba insistente el aullido de esa niña.

¿Por qué recordarla solo a ella? ¡El pueblo había sido arrasado. «Todos son

terroristas», decía el mayor. «Si dejan uno, mañana hay cien», advertía el capitán. «No dejen piedra sin voltear», ordenó el coronel. O ellos o ustedes. O ellos o el país. Solo quedaban columnas de fuego avivadas por el ventarrón del páramo y las estelas relucientes de candela que devoraban las chozas de adobe y juncos. En medio de la trifulca, repasados los muertos, había que encargarse de los que todavía resistían. Y ahí, entre sobrevivientes y cuerpos agonizantes despellejados por la metralla, estaba una niña a la que le habían quitado el pasamontaña deshilachado, con los ojos reventados y el improvisado fusil de palo y fierro lejos del alcance de sus dedos (¡Toma por terruca!). Ahora era su turno, era la onceava de la jornada, pero el resto habían sido siempre mujeres añosas y de carnes sueltas, amoratadas, esta sería la primera presa tiernita para él (¿Te gusta conchatumadre?). Y la niña luchando por librarse de sus músculos firmes y mohosos, de su cara calcinada por el resplandor de los incendios que amenazaban con consumir todo el monte con su abrazo, y los sexos palpitantes de la turba de oficiales, henchidos y negros por el hollín (¡El que sigue, mierdas!), por el lodo, por la sangre (¡Tremenda putita habías sido!), filudos, calientes y durísimos (¡Como tu madre te la tragas toditita!), apuñalándola (¡Viva la patria!). ¿Cuántos años tenía? ¿Trece? ¿Diez? (¡Qué bien que la aguantas!). Y luego de eso, los ascensos, las condecoraciones y homenajes celebrando su sacrificio por la paz, por haber salvado a la patria de un destino sembrado por la sangre de los hombres de bien y sus anhelos de progreso, de bonanza, de gloria. El mayor subió a teniente coronel, el capitán a mayor, y él ascendió a teniente. El resto de peones ahora estaba preso o muerto, o las dos cosas.

Los alaridos lo envolvieron. Su esposa, sin embargo, continuaba sumida en un sueño distendido. No podía evitar sentir que, en el fondo, no hacía sino odiarla: las escenas que pasaban echando chispas frente a él eran un infierno personalísimo y no admitían la contemplación ajena. De todas formas, nadie más podría ser capaz de reparar en los fogonazos descargándose sobre las paredes de cuarzo de las montañas, los riachuelos arrastrando las vísceras regadas, y el llanto y los pasos atropellados de los que escapaban con su casa a cuestas, la rabia rezumándoles por el cogote y sus niños mutilados o lo que quedaba de sus padres envuelto en bolsas de rafia. Sabía que, alguna vez en el futuro, ella vendría a buscarlo. Estaba escrito.

Ahora por fin la tenía de pie, con la faldita de algodón pudriéndose, carachosa, un resto de carne malcomida por las hormigas y los gallinazos. De pie y a un palmo de su nariz. Unos deditos fríos, delgados y gelatinosos se deslizaron por

debajo de su pijama de lino y empezaron a recorrer en círculos su vientre, humedeciendo al contacto las viejas heridas allí donde el pellejo había sanado. Intentó evadir el juicio de ese par de cuencas vacías que lo auscultaban como un agujero negro en cuyo centro fulguraba el instinto hambriento de los pumas, pero sus párpados se rehusaban a cerrarse y seguía midiendo la inevitable furia destinada a desplomarse sobre sus huesos. Quiso gritar, saltar de la cama, ir por la Colt de 9 mm que guardaba en el armario, remecer a su mujer para que despierte y escape, huir a toda prisa arrojándose por el balcón, mas sus músculos no lo obedecían y el aire había abandonado sus pulmones.

Intentó rezar ya no en voz alta, sino en su mente, repasando cada letanía, cada plegaria olvidada. ¿Así habría rezado ella mientras la abatían entre los quince de la compañía? Sus palabras estaban atravesadas por el sonido de un llanto familiar e incesante capaz de anegar el desierto en el que se levantaba su edificio, un llanto que solo él oía y que permanecía oculto bajo el ruido del oleaje, alejándose a cada tanto solo para devolver el golpe con más fuerza. Empecinado en arrastrarlo hasta la noche, donde la oscuridad permanecía titilando al fondo de esas dos cuencas negras y despostilladas que lo asediaban al borde de su lecho, el quejido repetía entre estertores la constancia de las olas. Cuánto hubiera querido evitar esa no-mirada. Cuánto hubiera ofrecido por dejar de sentir las punzadas que esas falanges carcomidas por el barro y la sangre seca acometían contra la cara izquierda de su esternón, entrando y saliendo, golpe tras golpe, el hueso filoso de la mano de una niña, puñales, verduguillos hurgando y trozando y jodiendo; y él, incapaz de quejarse siquiera.

Con el sabor del hierro inundando su garganta, resignado a sucumbir al ritmo desbocado de sus latidos, el hombre supo que, incluso si su corazón no estallaba antes de que el amanecer lo encontrase de nuevo entre las sábanas junto a su esposa, había un destino aún peor que la muerte aguardando por él, al pie de su lecho, para siempre.

Horizonte de eventos

Mamá mira hacia el mar.

Yo me cubro de la brisa, oculta en los pliegues mariposa de su bata. Seguro piensa en papá y en el sitio vacío que hay en la mesa.

Un marinero se acerca corriendo por el malecón en el que revienta la espuma.

—Hacemos lo posible.

Toca el hombro de mamá y se va. Pero ella no lo ve, continúa atenta al horizonte, como esperando al barquito de papá. Si lo veo yo primera, se lo diré, así que también miro de lado a lado para que nada se me escape.

Hay mucho sol en la bahía.

Las gaviotas se posan bajo las rocas del muelle. No me gustan sus chillidos y me cubro las orejas, y entonces me parece que estuvieran dentro de caracoles, escuchando el rugido ronco de las olas. Eso me hace sentir mejor.

Anoche lo intenté durante la tormenta, pero no funcionó. Me asustan mucho los truenos. Esperé y esperé a que papá viniera hasta mi cuarto. Lo llamé muchas veces. Quería que me diera un beso y un abrazo y me dijera que solo era la lluvia, que ya pasaría, que no debía temer. Y yo habría hundido mi cabeza en su camisa, que huele justo como la brisa que nos despeina a mamá y a mí: a sal, a espuma, a hombre cansado.

Seguro me hubiera contado un cuento, como ese de las sirenas que vio una vez cuando tenía mi edad y que quisieron llevárselo hasta su castillo con sus canciones. ¿Sabes cómo me salvé? ¿Cómo, papá? Así. Y las manos en sus orejas y los ojos bien cerrados, como los tengo ahora que quiero que las gaviotas se callen; como los tuve ayer por los rayos que vi desde mi cuarto.

Quiero a mi papá por si llueve como ayer.

Quiero que venga y me cargue sobre sus hombros.

Quiero que vuelva a la casa con el botecito que se llama como yo, y sus redes, y sus besos, y sus cuentos de sirenas que cantan y se llevan a los niños a vivir lejos, a un castillo perdido bajo las aguas rojas de la tarde.

—¿Falta mucho, mami?

Y la abrazo por la barriga porque así también abrazo a mi hermanito. Aunque brinque desde la panza y me patee, lo quiero porque se va a llamar como papá y el abuelito que está en el cielo, ¿no es cierto, mami?

Pero nadie me contesta.

Mamá aprieta mis hombros, tiene las manos frías.

—Mami, ¿falta mucho?

Pero ella alisa mi pelo desordenado.

Y, sin decir nada, mami devuelve sus ojos al mar.

Mañana nunca llega

Ya tengas sueños y esperanzas. Ya vivas una vida feliz. O ya te haga pedazos una piedra. Todos morimos. Entonces, ¿la vida no tiene sentido? ¿Nacer no tuvo sentido? ¿Nuestros compañeros caídos tampoco? ¿Esos soldados no sirvieron de nada? ¡No es así! ¡Somos nosotros los que le damos sentido! ¡Solo los vivos podemos pensar en los que perecieron! ¡Moriremos aquí y le entregaremos nuestro sentido a los vivos! ¡Esa es la única forma de resistirse a este mundo cruel!

¡Avancen, soldados!

¡Griten, soldados!

¡Peleen, soldados!

¡Ofrezcan sus corazones!

Comandante Erwin Smith

Romina, veinte años

Condición: herida

Papel: brigada de desactivación de bombas

Lugar: av. Nicolás de Piérola con Abancay, avanzando hacia jr. Lampa

Fecha y hora: 14 de noviembre de 2020 - 9:50 p. m.

Cierro los ojos. Las bombas que disparan vuelven a golpear la avenida Abancay. Hay rifles saliendo de las ventanas del edificio del Poder Judicial. Son veintidós pisos. ¿Habrá francotiradores en cada uno? ¿Nos disparan también desde el techo? No hay tiempo para cubrirse: las latas le arrancan chispas al cemento. Son una decena de trompos. El gas que escupen nos calcina el rostro y apelmaza. Sin previo aviso, la policía avanza con máscaras antigás, con las armas cargadas, con escudos, sin vergüenza. Ellos sí que pueden respirar con sus máscaras especiales

y sus implementos de guerra: armadura, pistolas, sed de sangre. Nosotras solo podemos toser, si acaso vomitar. Estoy segura de que ellos sonríen bajo el casco. Nosotras adivinamos sus sombras en la humareda y retrocedemos, o fingimos hacerlo.

Los carteles abanican el humo. Las banderas del Perú ondeando en lo alto de carrizos que la gente emplea como lanzas para alejar el cerco policial. Los polos se empapan con vinagre, camisetas de la selección de fútbol convertidas en improvisados protectores contra el ventarrón ácido. La muchachada se amarra los trapos húmedos a la cara, por encima de las mascarillas quirúrgicas que nos duelen, que nos queman (felizmente pude conseguir una careta antigás). Con un grito, todes coreamos las consignas. Pero nadie las oye: las sirenas de las patrullas las asfixian y buscamos desesperadas algo que nos permita repeler el ataque que se anuncia. Una piedra, un palo. Nada. El suelo nos ofrece indiferencia.

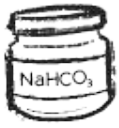
Tosemos nuevamente. Las tanquetas aparecen, nos rodean y de estas descienden más tombos blindados, mientras otro grupo nos sigue desde Abancay. Tosemos todavía. Ellos nos estudian hambrientos. Debajo de nuestros cascos, lentes de carpintería y de los trapos con vinagre que nos cubren de la peste de sus bombas, seguimos siendo mujeres entre los diecitantos y veintipocos. Por mucho que nuestra voz sea dura, nuestra carne es suave. Ellos se dan codazos el uno al otro, nos miden (¿nos reparten entre sí?) y alistan las macanas.

El entrenamiento básico del «Bloque de apoyo y desactivación de lacrimógenas» consistió en varias horas de reproducción de vídeos en YouTube en los que estudiantes hongkoneses y chilenos enseñaban a coger con guantes de cuero el fierro caliente de las bombas para sumergirlas en bidones y baldes con agua y bicarbonato de sodio. Tres cucharadas de bicarbonato por cada litro. También aprendimos a utilizar conos de tránsito para sofocar el veneno de las latas y, de inmediato, desactivarlas vertiendo por el orificio de arriba una galonera de la mezcla salvadora. Me aseguré de anotar todo en mi libreta para luego pasárselo a les compañeres vía grupo de Telegram (WhatsApp no es seguro por el chuponeo, ni siquiera las llamadas lo son ahora).

A.C.A.B.

MATERIALES

a) Guantes térmicos
b) Agua
c) Bicarbonato de sodio



DISPERSIÓN DE HUMO
60 - 200 METROS

MEZCLA

3 cucharadas de bicarbonato **x** 1 litro de agua

AGREGAR ACEITE

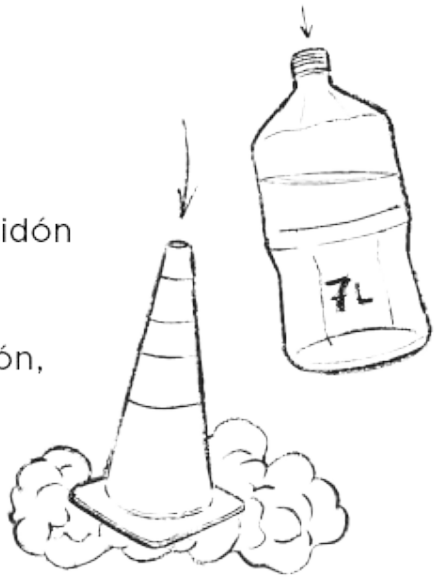
En el caso de bombas resistentes al agua

EFECTOS 10 - 15 MIN

DE INMEDIATO

PASOS

a) Introducir la bomba en el bidón (reacción en 20 segundos)
b) Tapar bidón
c) Si no se dispone de un bidón, usar un cono de tránsito. Tapar la bomba y verter la mezcla por el orificio



IMPORTANTE

- PNP dispara las bombas al cuerpo
- Cuidado, pueden estar vencidas
- Usar casco y lentes protectores

Esta brigada está conformada en su mayoría por otras compañeras y por varias voluntarias mujeres, dado que supusimos que así los miserables de la policía contendrían su furia. Yo sé, yo sé, pero ¿qué más íbamos a hacer? Apelábamos a que vieran en nosotras a sus hijas, sus hermanas, sus sobrinas, quizá la novia de alguno más joven o de nuestra edad, pero fuimos ingenuas. En lugar de eso, nos reprimieron aún peor, como adivinando la treta. Para ellos somos terrucas y las terrucas no tienen alma, sus cuerpos le pertenecen al primero que se las baje.

Basta una orden, una sola: la del jefe de policía, la del presidente del Congreso, la del alcalde, la del presidente de turno, la misma mierda es... Truenan sus nudillos, desenvainan las varas y les brillan feroces las pupilas detrás de las armas. «¡Vamos pueblo, carajo, el pueblo no se rinde, carajo!», gritamos con las gargantas sangrando por dentro. Estoy segura de que la mascarilla antigás que compré tiene un hueco o algo así. Casi ciegas, contenemos el llanto lo mejor que se puede. Sostenemos nuestro peso de pie, agitando los brazos para disipar la neblina blanca que nos traga, casi aleteando como gaviotines que no quieren caer en picada al mar lleno de tiburones. Les compañeres han conseguido bombardas de carnaval que utilizan como bazucas, y varitas mágicas y otros pirotécnicos que sirven para defendernos, pero no son nada frente a las balas y las lacrimógenas. Luces y estallidos en cualquier esquina donde uno voltee a mirar. Por un momento, pareciéramos estar en medio de la batalla final de los magos de Hogwarts contra Voldemort y sus mortífagos.

Un mensaje en el grupo de chat de Telegram nos alerta de que la policía ha tomado la estación Colmena del Metro y se ha atrincherado ahí para emboscarnos con sus disparos. También hay tanquetas pinochito con su chorro a presión de agua de alcantarilla. Se agrupa un enjambre de cámaras de teléfono que disparan flashes. Hay gente que ha sacado punteros láser para intentar cegar a los tombos. La televisión no está por ningún lado, no vendrá ni un canal o, bueno, no hasta que caiga alguna de nosotras. Si no nos ven acogotadas o esposadas, si no nos retorcemos en el piso, apaleadas, las cámaras de los medios no grabarán y nadie preguntará por qué hemos salido con las manos desnudas a marchar. Si no dejamos una mancha roja en el cemento, si las niculas no saborean la dureza de nuestros cráneos, nuestra lucha es invisible para ellos. Necesitan vernos con el puño izquierdo arriba, con la piedra en la mano, con la ☭ estampada en paños rojos.

De un momento a otro, la red colapsa. Ningún celular funciona. Nos han cortado

la señal. Un compañero de otra unidad dice que seguramente la están bloqueando con esos aparatos con los que apagan la red en las cárceles porque la conexión no llega ni a dos barritas y las llamadas no salen, y mucho menos se envían los mensajes de texto. Nadie tiene internet. La gente empieza a desesperarse. Les compañeres lanzan lo que tienen a su alcance, están agotando sus reservas de silbadores y cohetones en lo que esquivan la munición y ¡zaz! responden. Nosotras zigzagueamos entre la multitud, atrapamos la bomba y en menos de diez segundos la levantamos del suelo, la introducimos al bidón o bajo el cono, y el agua con bicarbonato hace lo suyo. Solo podemos resistir. ¿Qué es lo que esperamos de todo esto además de demostrarles que podemos vencer(los) sin balas?

Cierro los ojos y recuerdo cada escena; es más, la repito de memoria. Escucho los balazos rebotar en los postes y los muros, algunos tiros al aire. La gente es un torbellino de zapatillas y voces corriendo. Miles de personas en la calle que chocan entre sí, toreando las embestidas de los agentes, cayendo de quijada al suelo, molidos mis compañeres a pisotones con la huella de los borceguís en la espalda, en la barriga. Nosotras megáfono en mano y las denuncias, los abusos, «¡Abajo el golpe de Estado, afuera los golpistas!».

Hemos avanzado corriendo por Piérola con dirección a la plaza San Martín. Retrocedemos. La policía, protegida bajo sus cascos, nos sigue, ¡nos disparan al cuerpo los hijos de puta! Las bombas siguen girando en el suelo. Giran y giran y la humareda nos sofoca, hasta que logramos dar con ellas para desactivarlas bajo los litros de espuma que nos quedan.

Frente al edificio del Jurado Nacional de Elecciones, en el cruce con Lampa, vuelvo a toparme con Aleksander. Vinimos temprano para juntarnos con gente de la universidad y dibujar carteles durante los previos de la marcha. Luego nos separamos. Se fue a la masa con algunos conocidos y yo a la Brigada, como quedamos. «¡Aleksander!», pero no escucho lo que trata de decirme. Parece que me grita algo que no logro entender debido al ruido insoportable de sirenas y cañones. De repente, me tumban al suelo.

Desorientada, sin mi casco, alzo la cabeza. El tipo es un guardia de casi metro noventa y unos cien kilos que, seguramente, antes de reducirme, ha ido arremetiendo contra el resto de las que inutilizan, como yo, sus lacrimógenas. F-

u-e-r-z-a-b-r-u-t-a. Al verme desde atrás seguro pensó que soy un hombre, pero en cuanto me ha lanzado un varazo, rompiendo mi casco, notó mi cabello recogido en un moño apretado, estoy segura. Aun así, al ver que era una chica la que estaba desactivando sus bombas, me ha dado otro niculazo con más cólera que el primero. «¡Ah pendeja, tú eres la que nos cagaba las bombas! ¡Son cien lucas por lata!». Entonces el fierro —o lo que chucha sea esa cosa— contra el hueso y luego una cascada pegajosa que me resbala desde la sien izquierda. Mi vista se nubla por un instante.

La cabeza entera me mata del dolor como si me hubiera caído de un segundo piso. Grito y trato de hacer el mayor escándalo posible. «¡Tombos cachudos, déjenme! ¡Tombos cachudos!». Un hilo de sangre me llega hasta el mentón e intento saber el tamaño del corte y su ubicación exacta, pero es imposible. De milagro sigo consciente. Mi agresor forcejea con otro de los suyos en mi delante, uno de ellos ladra: «¡Déjame, que la detengo ya mismo a esa terruca!». Aleksander corre hacia mí e intenta arrojarle el bidón de bicarbonato a uno de los tombos, pero es alcanzado por un perdigonazo y cae retorciéndose en la pista. Abro la boca, los sollozos dejan paso a la desesperación: «¡Aleksander! ¡Le dieron, carniceros de mierda!», mientras lloro. Que alguien nos ayude, Dios santo; y reuniendo mis últimas fuerzas, parto el colchón de nubes de Lima: «¡Auxilio, nos van a matar!».

La brigada médica que viene a socorrerme es repelida a punta de bombardas y empujones de escudo. Han venido más agentes a dar refuerzo (¿¡refuerzo contra qué, si estoy cagada!?). A esos perros no les importa que sean paramédicos o enfermeras o voluntarios o periodistas o manifestantes los que se encuentran ahí en el terraplén de la marcha, ellos reparten golpes y disparos a todos sin excepción como si nosotros fuéramos el enemigo y no los ladrones que han tomado Palacio. Incluso si se trata solo de vecinos que buscan aliviar los daños que provoca el fogueo en los manifestantes, las palizas y los proyectiles están a la orden.

Me arrastran entre dos. Aleksander sigue aferrándose a su cartel manchado de sangre como si la cartulina lo pudiera defender de las patadas que le dan para reducirlo. Mi voz se ha quebrado y ya ni siquiera puedo susurrar el nombre de mi amigo. Lo escucho decir que está herido y que «no me peguen» y que «suelten a Romina». Desde el fondo, también escucho los rugidos de la línea de fuego. Un tombo dispara otra bomba contra la multitud y el coro que le cuida las espaldas repite frenético, como si estuviera en una sala de Free Fire, «¡Mátalo,

mátalo, mátalo!».

A Aleksander y a mí, heridos, golpeados, sintiéndonos una mierda, nos llevan a una patrulla. En el asiento de atrás hay otra muchacha que no deja de llorar. Aleksander sigue aferrado a uno de los carteles que hicimos en la plaza San Martín como si su vida dependiera de eso. Tengo un corte y la hinchazón me sube ahí donde me ha tocado el plástico/cuero/fierro/no-sé-qué de la nicula. Poco a poco siento que todo se difumina a negro. Con mis últimas fuerzas puedo ver a un grupo de voluntarios y brigadistas de la Cruz Roja: llevan un casco blanco con una enorme cruz, a diferencia de los cascos amarillos y azules que tenemos nosotras. Forman un núcleo compacto y corren, corren durísimo con alguien en una camilla. Al final de la calle, han parado un miniván y están ingresando a un muchacho con el rostro quemado y un agujero enorme a la altura del corazón. Un brazo ensangrentado se bambolea por uno de los costados como despidiéndose, mientras la gente corre y pide auxilio acorralada por el plomo financiado con nuestros impuestos. En el fondo, se adivina todavía el sonido explosivo de los fuegos artificiales como si fuera Año Nuevo. Las piñatas y los muñecos en llamas somos nosotros. «¡Qué año del culo!», musito y pongo mi sien sana contra la ventana del patrullero. No aguanto más.

De: Ezequiel Peña

<epeña@wiflax21.pe>

Para: Marcela Puertas

Jefa de redacción

<jredacción@wiflax21.pe>

CC: <mpuertas@wiflax21.pe>

Fecha: 15 nov. 2020 02:45 a. m.

Asunto: Marcha nacional 14N -

Comisión 14.11.2020

Enviado por: wiflax21.pe

►: Este mensaje es importante porque lo has marcado como tal.

Estimada Marcela, cumplo con remitirte el reporte para pasarlo a plataforma y subirlo a web sobre los hechos de violencia suscitados hace unas horas en la Marcha del 14N, hechos de los que he sido también testigo.

Quedo atento a tus comentarios.

Atentamente,

E.P.

Violenta represión contra manifestantes frente al Congreso

Lima, 14 de noviembre - 11:50 p. m. Después de que el Congreso aprobara una moción de vacancia por incapacidad moral contra el presidente el 9 de noviembre de 2020, las jornadas diarias de protesta no han hecho más que crecer en número e intensidad.

Al promediar las ocho de la noche, en pleno centro de Lima, la violencia desatada en la Marcha Nacional 14N ha dejado destrozos y una ciudad revuelta en una nube de gases antidisturbios.

En el clímax de la manifestación convocada por diferentes colectivos ciudadanos y civiles en contra de lo que los manifestantes conciben como «un golpe de Estado perpetrado por el Parlamento», un grupo de jóvenes llegó a la plaza Bolívar, al frontis del edificio del propio Congreso de la República. A paso resuelto por la avenida Abancay, iban con carteles, cascos, mascarillas y banderas peruanas. Varios de ellos montaban patineta o bicicletas bmx, otros avanzaban a pie cantando el himno nacional y consignas de protesta. Sin embargo, más arriba los esperaba un cordón de quince policías. Como se vieron superados, los efectivos se resignaron, bajaron los escudos y dejaron pasar a los manifestantes. Los chicos comenzaron a festejar. Aplaudían, saltaban e, incluso, trataban de abrazar a los policías, quienes se mostraban en un principio comprensivos. Quizá porque sabían que, de iniciarse una trifulca, podrían salir perdiendo o simplemente porque había cámaras apuntándoles.

El oficial a cargo, el teniente Jarol Cueto, llamaba a la calma: «Pueden estar acá, tranquilos, retrocedan. Pueden decir todo lo que quieran, pero saca a los borrachos», insistía una y otra vez a uno de los chicos, «saca a los borrachos». Esto último causaba desconcierto en los manifestantes. «Todos estamos conscientes, oficial», aseguraban. Por supuesto que estaban sobrios. Lo sabían ellos, lo sabía de sobra la policía y también lo había notado la prensa presente. Pero el teniente buscaba ganar tiempo, imponiendo ante la cámara de tv una tranquilidad y benevolencia en la que, por emoción o ingenuidad, los manifestantes confiaron inocentemente, sentados como

estaban sobre la pista, decididos a hacer una vigilia pacífica frente al Parlamento.

Al fondo, la prensa captaban a los oficiales subalternos usando sus radios y solicitando efectivos: «Traigan, traigan refuerzos». La conductora de la edición extraordinaria del noticiero, por su parte, festejaba la bondad de la policía y animaba a los manifestantes a mantenerse tranquilos: «¡Bien chicos, bien! ¡Conmovedoras imágenes!». O eso es lo que, en tanto intentaba sacar algunas buenas fotos de la tregua, se escuchaba desde la transmisión en vivo del Canal 4, que iba desde el audífono del teléfono a mis oídos.

De pronto, uno de los reporteros de lt destacados en el lugar dijo alarmado: «Oh, miren, hay un fuego sospechoso. ¡Vamos a ver!», y se llevó las cámaras. Dos cuadras abajo, se levantaba una columna de humo. Alguien había prendido fuego a unas bolsas

de basura. Tan pronto como los camarógrafos se retiraron de la escena principal, apareció un contingente de patrulleros —una veintena de agentes adicionales— y entonces comenzaron los bombardeos sin tregua con la intención de reducir a los jóvenes manifestantes que aguardaban sentados en la autopista y las veredas, indefensos, desarmados y a la espera de que les dejasen continuar con su vigilia.

Al parecer, la consigna fue el desalojo total. El saldo de la protesta de hoy se cuenta por cientos de heridos y entre ellos hay varios colegas de la prensa escrita, fotorreporteros y miembros de la pren-

sa internacional. Incluso, entre los afectados se encuentran diversos miembros de las autodenominadas brigadas de primeros auxilios y de la Cruz Roja que habían acompañado a los muchachos

En el calor de la gresca, incluso a costa de mi integridad, intenté gritarles a los protestantes que bajaran por Abancay. Entre varios colegas pudimos levantar a unos heridos por perdigón. Uno de ellos se quejaba y pude ver que en su espalda se había formado un charco rojo que crecía sobre su polera verde de skater. Felizmente salieron al encuentro dos brigadistas con sus cascos blancos y se encargaron de llevar al herido, que no dejaba de lanzar insultos y alaridos contra la policía a la que consideraba traidora.

Al rato, uno de los reporteros —creo que fue el mismo de lt que había dado la voz de alarma sobre el incendio— regresó preguntando qué había pasado y, entonces, desde la transmisión de Facebook todavía pegada a mi oído, escuché a la conductora en el estudio lamentarse repitiendo cada diez segundos: «¿Qué pasó acá? Si todo estaba bien, ¡no entendemos!». Corrí de nuevo hacia el gas, frente al cordón policíaco. «¡El Perú quiere saber qué pasó, teniente Cueto!», grité mientras le ponía una grabadora en la cara al oficial, pero pronto nos volvieron a empujar y quedamos inmersos en el fuego. La cincuentena de policías ignoraba cualquier pregunta. Un muchacho rezagado surgió de entre la cortina de pólvora: «¡Fue una emboscada!», reclamó airado, tosiendo. Y la conductora desde mi celular: «¿Qué hicieron los chicos? Si estaban tranquilos… ¿Por qué pasó esto?». Porque, claro, si algo pasó, para varios colegas seguramente fue culpa de los chicos. Ellos lo provocaron. Ellos querían ser masacrados. El teniente Cueto se limitó a ordenar entre gritos a sus subalternos para que se formaran de espaldas a las cámaras.

Durante toda la noche, miles de manifestantes fueron agredidos y decenas resultaron detenidos y no se sabe nada de ellos hasta el momento. Frente al Congreso quedaron solamente las rejas, el destacamento de policías y varias banderas del Perú sucias y llenas de agujeros de perdigón. Quedaba además un cartel donde un dibujo del comandante Erwin Smith, uno de los personajes de la famosa serie Shingeki no Kyojin, pedía a los reprimidos que «¡Entreguen sus corazones!» en silencio y mientras presenciaba impávido, desde su dibujo en cartulina, cómo llegaban más portatropas a la zona del disturbio.

Las banderas rojiblancas ardían en llamas.

De: Marcela Puertas M. Puertas

<mpuertas@wiflax21.pe>

Para: Ezequiel Peña

<epeña@wiflax21.pe>

Fecha: 15 nov. 2020 10:22 a. m.

Asunto: RE: Crónica marcha nacional

14N - Comisión 14.11.2020

Enviado por: wiflax21.pe

Estimado Ezequiel.

De mi consideración:

Recibí para revisión el artículo de la cobertura que realizaste ayer-hoy sobre la Marcha 14N y tengo que decirte que no lo vamos a sacar ni en el portal web, ni en las redes, ni en ninguna otra parte.

En este oficio hay que saber cómo abordar algunos asuntos, pero eso creo que ya lo aprendiste en el tiempo que has estado aquí.

Pasa mañana lunes por la redacción a primera hora, por favor.

Atentamente,

M. Puertas

Experiencia LIKEDin

Ezequiel Peña

Periodista

Grupo Wiflax 21 S.A.

Ene. 16 de 2020 - nov. 17 de 2020

Lima, Perú

Aleksander, veintitrés años

Condición: detenido y herido

Papel: manifestante

Imputación: disturbios, incitación a la violencia, intento de agresión contra la policía

Lugar: comisaría de San Andrés, centro de Lima

Fecha y hora: 14 de noviembre de 2020 - 10:09 p. m.

Ya se los he dicho: no tengo nada. ¿Qué armas o panfletos le voy a entregar, oficial? Acá solo hay unas treinta personas que han traído a rastras, tosiendo y llorando. ¡Ayúdenos! ¡Ya no soporto la herida en la pierna! Mire cómo me ha dejado el perdigonazo. Si me golpeaba directo en la espalda o en la panza o en la frente, no la cuento. Un poco de agua, que este trapo se ha empapado de sangre y se me ha pegado al pellejo…

Ya nos catearon y nos tienen hechos pedazos, atorados de gas pimienta, con las mascarillas húmedas y expuestos a la covid. Ojalá la Policía nos apoye con tickets para camas uci si nos contagiamos. Grupos de agentes nos dispararon lacrimógenas, nos han tirado gas pimienta en la cara y por eso tuvimos que lavarnos con vinagre, con Milanta o con bicarbonato para no arrancarnos los ojos de tanto sobar y sobar. ¡Unas mascarillas nuevas, por favor! ¡Las que tenemos están mojadas y apestan a sangre!

¡Se lo juro, no hemos hecho nada! A los demás y a mí nos han levantado en tolvas y en patrulleros apenas el batallón nos pegó como a piñatas. Seguro que un par de cuadras abajo quedan cartuchos vacíos regados por el suelo y manchas de sangre en las veredas. ¡Ninguno acá ha coordinado un ataque, se lo juro! ¡Tampoco cargamos armas de fuego! El plan era marchar solamente y llegar hasta el Congreso, subiendo por Abancay y por Lampa para plantarnos en la

plaza Bolívar. Mis amigos y yo estuvimos dibujando carteles para la marcha, mire, déjeme enseñarle este que todavía traigo...

¿Dibujar es un delito? ¿Dónde está lo subversivo? No llevamos nada encima más que estos pedazos de cartulina. ¿Que si la prensa los vio? Las cámaras solo apuntan a la turba «enorme y descarriada de violentistas», como nos dicen los conductores de la tele, cuando cargamos contra sus escudos de plástico. ¿Saben por qué la gente ha respondido como lo ha hecho? Porque ya estaban hartos de tanto golpe, de tanta lacrimógena y garrotazo. ¡Mi pierna, mi pierna no deja de doler, oficial, por favor llame a alguien!

En el otro cuarto hay una chica, ¿verdad? Vine con ella en el patrullero. Se llama Romina y le han roto la cabeza. Sí, yo vi cuando pasó. Ella estaba en primera línea neutralizando las bombas que nos disparaban al cuello, a la cabeza, a donde cayera. ¿Han respirado ese humo hirviente? Si no huyes, te ahogas en tu propio vómito, el pecho se te retuerce, te quedas ciego por completo y solo puedes rezar. No, no sé el nombre del policía que golpeó a mi amiga. Ni siquiera sé quién o quiénes fueron los que me han dejado así, míreme. No, tampoco vi ningún nombre en los uniformes. Es como si le preguntaran a un atropellado por la placa de la combi que lo arrolló. Se me está adormeciendo la pierna, oficial. Le juro que no sé más. Ya sé… hay cámaras de seguridad. Pidan las cintas, por favor; vean quiénes nos golpearon a Romina y a los otros muchachos y, de paso, verifique quiénes empezaron el enfrentamiento. Alguien quizá pudo haberlo grabado. No, la prensa no. Mientras empezaban las concentraciones, cuando todavía quedaba sol, aparecieron muchos periodistas y casi todos pasaron de nosotros para ir a filmarlos a ustedes con sus trajes Robocop y el ir y venir de las tanquetas que subían por las avenidas, como en una de esas películas de Rambo. Nosotros estábamos dispersos por el suelo con papelotes y cartulinas y los plumones que nos compartían los demás. ¿Que quiénes nos daban material? No sé, uno pide un plumón y alguien, desde algún lugar, simplemente te lo alcanza. ¿Por qué me dice que estos dibujos son peligrosos frente a cámaras? La prensa nunca oye nuestros reclamos y nadie nos acompañó hasta que nos vieron correr. Ahí sí que nos filmaron por si algún canal conseguía la toma precisa en la que alguno levantaba la mano contra la autoridad. De ahí, a la tele y en hd para los treinta millones de peruanos que van a ver en el desayuno, almuerzo y cena a los «terrucos» que rompen cajeros automáticos o que lanzan piedras y latas vacías, usted sabe. Si no fuera por los videos que ahora mismo la gente carga en sus celulares y que muy seguramente han sido vistos una y otra y otra vez por internet, nadie se entera nunca de que acá han masacrado gente.

No, no es una falta de respeto, oficial. Y no, tampoco soy de ninguna organización o partido, menos soy rojo o anaranjado. Marché porque estoy harto, como los demás. Aquí usted puede ver mi carné universitario. ¿De dónde sacan todos que somos sospechosos de terrorismo? ¿Del cartel? ¿De la protesta? ¿Esta pancarta es terrorista? Creo que no, a menos que alguien imagine que los dibujos de Pikachu que hemos hecho toda la tarde son algún tipo de apología a Sendero Luminoso, o que el terrorista Abimael Guzmán era entrenador Pokémon (marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento-profesor-Oak). ¿Qué por qué lo de «golpistas»? Porque eso es lo que ha pasado: un golpe de Estado desde el Congreso. Seguramente el presidente al que acaban de vacar era un ladrón, pero la forma, oficial, la forma en que lo han hecho en medio de una pandemia, sin vacunas. Ya van dos presidentes en menos de cuatro años… Parece que a algunos no les importa la gente muriéndose en la clínica, enchufada a una cama de ciento veintiocho mil soles al día porque ya no queda espacio en los hospitales. Puede que a nadie le importemos. Quiero decir, oficial, nadie me ayudó cuando mi vieja no alcanzó cupo para una cama uci en la Villa Panamericana. Todo estaba ocupado. «Déjela aquí en observación», me dijeron. Nos arruinamos, mi viejo y yo, porque no tengo hermanos ni a nadie más. Nos turnábamos para rellenar el balón de oxígeno que mi mamá necesitaba: cuatro mil soles; luego, ocho mil soles cada que requeríamos el recambio. Vendimos todo lo que pudimos: la computadora, la televisión, los muebles. Hicimos de todo y mi vieja igual se fue y nos quedamos hundidos y con deudas que seguro heredarán mis hijos. Así que, oficial, esto no es por el presidente que los congresistas han sacado, sino porque si nadie dice nada cuando el país se desmorona, las cosas irán a peor.

Escuche: pensé que iba a morir cuando la primera bomba le sacó candela a la pista y comenzó a girar y botar el gas, levantando humareda como un dragón que despierta. Hemos venido de todas partes y cualquiera de nosotros podría ser su hijo o su hermano. Solo estábamos ahí en la plaza San Martín y subimos por Piérola cantando y llevando cartulinas. De repente, el primer proyectil en nuestro lado, y lo siguiente que recuerdo fueron miles de pasos asustados en retroceso y a los compañeros con sus escudos de madera saliendo al frente. ¿Qué podíamos hacer? ¿Quedarnos en la casa, mudos y chorreados en el mueble mientras se reparten el país? ¿Que si teníamos poder de fuego? Solo estos papelotes. No sé nada de fuegos artificiales y no he disparado ninguno. Se lo juro por mi madre. Ha corrido sangre hoy. Muchos heridos, seguro hay muertos. Los vecinos del centro lloraban. Había una mamá sollozando porque su bebe de dos añitos se había ahogado con el gas. He visto gatos del parque Universitario retorcerse con

las patas en el aire como cucarachas volteadas sobre sus espaldas, he visto compañeros dando giros una y otra vez en círculos, revolcándose en el piso, desesperados por el picor.

¿Tiene hijos, mayor? Bueno, hágase la idea de que tiene uno y ayúdeme, ¡ya no soporto el dolor! Me hinca, me hormiguea y nadie me ayuda, y tengo que seguir explicando y explicando cosas que le he dicho a detalle. ¿Y los fiscales? ¿No se supone que yo tengo derecho a un abogado? ¿Ve usted los moretones en mis costillas? Ahí es donde la bota de uno de sus agentes me aplastó contra la berma. No dudaron ni siquiera al soltar los perdigones a quemarropa. Yo con este dibujo de Pikachu y una herida chorreando en la pantorrilla derecha; y luego la extremidad pesadísima de alguien sin nombre, en casco y uniforme, trizando mis costillas. ¿Por qué nos odian tanto? ¡Nos han tirado las patrullas encima y nos envenenaron! ¡Nos sacaron tanquetas y pinochos chorreando agua de desagüe y luego vienen ustedes en grupo y nos patean en el suelo! ¡Yo lo he visto! ¡Romina lo ha visto también! ¡Hay vídeos de celular! ¡Está en las redes! ¡Estoy calmado, oficial! Es solo... es solo que la quemazón me come el músculo, la pantorrilla. ¡No aguanto más! ¡No, yo no voy a firmar nada hasta que no venga el fiscal y me dejen llamar a un abogado! ¿Qué, adónde me lleva…? ¡Déjeme! ¡Quiero llamar a mi familia! ¡Suélteme, por favor!...

Amanda, veinticinco años

Jefa de prácticas de [r e d a c t e d]

Lugar y fecha: feed de Instagram, post del 15 de noviembre de 2020

Hora: 4:17 a. m.

Esta es la generación de los centennials y millennials más chicos. La generación de les muchaches precarizados, sin oportunidades de futuro, sin contrato laboral estable, sin casa propia, sin la posibilidad de soñar con tener una familia y los medios para mantenerla.

La generación de les chiques racializados, mil veces depauperados. La generación ensalzada por el branding de las mismas empresas que la desprecian y el Estado que la abandona/mata.

La generación de las tribus urbanas y activistas, los kpopers, los skaters y las redes sociales. La generación de los emo, punks y raperos. La de los otakus en sus cosplays de Power Rangers y de miembros de la Legión de Reconocimiento, pechando guardias en lugar de monstruos gigantes (aunque, la verdad, son lo mismo).

La generación de les artistas y escritorxs rechazados por su «juventud improductiva», por su inexperiencia.

La generación de los performers, músicxs y pintorxs que, sin argolla, no protagonizarán salas ni llenarán escenarios jamás.

La generación de la que siempre se decía que nunca iba a tomarse la vida en serio ni lograr nada bueno por pereza e inmadurez.

Esta es nuestra generación: la que se mantiene peleando en las calles para recuperar el país. La que va por las cabezas de los golpistas y sus socios, los convenidos de la Confederación de Empresas Privadas (que ahora fingen «lamentar las vidas perdidas» para no perder clientes) y la prensa asquerosa que azuzó la vacancia, criminalizando a los manifestantes (y que se mantuvo leal al golpe hasta que notó que su caída era inminente y se volteó por miedo a perder anunciantes).

Y estamos todes con el alma lista para vencer al sistema podrido cuya represión, corrupción y precarización se levanta desde la constitución (con minúscula) de la dictadura. Y sepan que les «chiques de cristal» (cristal irrompible) vamos a ganar por nuestras víctimas, pero también por todo lo que el fascismo, el fujimorismo y sus aliados le deben al Perú.

Mi generación grita harta, sin miedo: ¡Asamblea Constituyente Ya!

📸 Nicolás Monteverde (@foto_nico.monteverde).

Ver los 1,328 comentarios

HACE 6 HORAS

I. S., veinticuatro años

Condición: abatido por fuego policial

Lugar: miniván rumbo al Hospital Grau

Fecha y hora: 14 de noviembre de 2020 - 9:56 p. m.

— No duermas y dime tu nombre.

El puño apretando la gasa,

la sangre avanzando por las fibras,

los dedos rojos, empapados,

la gente que marcha.

Las bombas que llueven.

El vehículo acelera y acelera.

Once impactos de proyectil: piernas y pecho.

Hay un hueco por el que se alcanza a ver una ligera pulsión:

«Corazón expuesto».

El músculo cardiaco, entre huesos amarillos y astillados.

Sufre-seagiganta-seestremece-pum-pum-rechina-rebalsa.

La policía es culpable.

La policía te busca y solo se queda con el rastro en la pista cuando te cargaron entre diez muchachxs gaseadxs,

te subieron a la camilla,

no podías moverte,

tus brazos colgando como raíces muertas,

y corrieron cuadras y cuadras

hasta meterte en una ambulancia (¿?), en una combi (¿?), en un ataúd (¿?).

Desesperación.

Angustia.

Pero odio sobre cualquier otra cosa,

—¡Dime algo y quédate conmigo!

Y al chofer:

—¡Acelere, señor, que lo perdemos!

Intentas hablar, pero no puedes.

Intentas tocar su cara llorosa, pero no hay fuerzas.

Solo espuma.

Solo ganas de gritar.

Solo esputos rojísimos derramándose por el costado de tu boca.

Nervios rotos y huérfanos.

La carne florece en tajos brillantes.

El plomo toca el pellejo y lo hierve,

se lo come.

Ella es joven, quizá es bachiller, quizá ya es médico.

La mano pequeña que tiembla sobre el hueco,

el agujero inmenso.

Un panal de celdas toscas

a b a n d o n a d o,

Un coladero por donde la vida se escapa.

La policía matando en la calle.

La prensa matando en la tele.

El Gobierno matando en el Congreso.

Y esperas, aguardas a que por fin

la dictadura esté (((cayendo))).

Esperas a que todo inicie de nuevo.

El pasado nos duele.

El hoy jamás permanece.

Quedan la rabia y el silencio.

Mañana nunca llega.

Canal de YouTube El Sol Muerto

Enlace: https://youtu.be/pVLYSf8xigA

Estallido 14N Perú - Marcha 14 de noviembre de 2020

Fecha y hora: 15 de noviembre de 2020 - 05:55 a. m.

La primera víctima tenía veinticuatro años. Estudiante. Once orificios de impacto de proyectiles de plomo en el rostro y en el cuello: «Dos en región parietal derecha, dos en cara (pómulo derecho), uno submandibular, dos a nivel de cintura escapular, dos en región del hombro derecho, dos en parte superior de cara anterior y posterior del tórax, a la altura del corazón». Los doctores del hospital solo pudieron certificar su muerte.

El segundo asesinado contaba apenas con veintidós años. También llegó cadáver al hospital, sin que nadie pudiera hacer otra cosa que trasladar su cuerpo a la morgue. Dos familias y centenares de amigos desconsolados. Miles, millones de almas que irán tras los culpables que los acribillaron.

El Gobierno golpista acaba de asesinar a dos muchachos chamuscando hasta sus sombras con una inclemente ráfaga de perdigones. Y, al hacerlo, nos invitan a la protesta. Arruinaron, además, la vida de un centenar de personas a las que dejaron las espaldas, piernas e intestinos perforados, cuerpos dañados hasta el punto sin retorno de la postración. Toda esa muestra de desprecio por la vida humana es prueba de que los culpables se saben impunes y se sospechan erróneamente triunfadores, protegidos por las mafias de empresarios y las organizaciones criminales que colocan candidatos al Congreso y a la Presidencia, organizaciones que parasitan las vísceras del Perú.

Las movilizaciones no solo pretendían sacar al Gobierno golpista y a sus secuaces. Las marchas no se agotan con un nuevo presidente legítimo en el sillón. No queremos que las cosas permanezcan igual: entre policías que rapiñan las heridas de los moribundos, congresistas que dan carta abierta a los balazos y periodistas que, desde su sillón, instigan la mentira y el terruqueo desesperado.

Nadie se mueve hasta que aparezcan nuestras hermanas y hermanos secuestrados. Nadie abandona hasta que logremos derrumbar al viejo orden de la dictadura que sobrevivió en una Constitución manchada con sangre inocente. Seguiremos iluminando las calles hasta que los carniceros respondan ante la justicia por las vidas que nos arrebataron y por cada palazo, cada bala, cada bomba y perdigonazo, cada grito ahogado, cada cuerpo vejado en un calabozo o levantado a una tolva sin placa. Y seguiremos marchando todavía más allá, con la mira clavada y vigilante en el reacomodo de los grandes intereses, con los puños listos para defendernos en el momento indicado.

La victoria lleva el nombre de los que hoy nos hacen falta. Por los atacados, por los muertos que nos duelen como pedazos de vidrio enterrados en el corazón, por los que luchan en las calles y desde casa, por los muchachos que nada tienen que perder porque todo se lo han quitado ya. Llegará el amanecer, aunque el mañana esté muy lejos, y nos hallará despiertos antes de rayar el sol bajo los rascacielos que hieren el lomo gris de la ciudad.

Del abuso hemos despertado y tenemos la certeza de que, resistiendo y en las calles, habremos de conquistar, por fin, nuestra felicidad.

Suboficial Félix Huamán, veintiséis años

Condición: asignado al Sector Cinco, centro de Lima.

Papel: cordón antimotines

Lugar: cruce de la av. Nicolás de Piérola con Abancay, avanzando hacia jr. Lampa

Fecha y hora: 14 de noviembre de 2020 - 9:50 p. m.

¿Cuántos de estos muchachos nos habrán aplaudido en marzo?

Patrullar las calles desiertas por horas y, en cada turno, esperar a contagiarse. Ese es el terror diario al que nos hemos expuesto desde que toda esta mierda empezó.

El riesgo estaba y sigue ahí, deslizándose como culebra entre los dedos del pie, y nadie podía evitarlo (menos si estabas sano, en actividad y, encima, metido en un uniforme).

Había que levantar a quienes rompían el toque de queda de las ocho de la noche, llevarlos a la comisaría —rezando en tus adentros para que no carguen la peste en la garganta— y encerrarlos hasta el amanecer en el calabozo. A veces, cuando había humor y ganas, poníamos a ranear a varios pendejos en el patio de la comisaría. El mayor Thais, de cuando en cuando, puteaba a los detenidos y acababa siempre con un sermón donde intentaba apelar a su sentido del deber cívico, una cualidad que, incluso en muchos de nosotros, ya estaba muerta desde la Escuela de Oficiales. Y que esto no es juego y que nosotros, los efectivos, también tenemos familia y que, por eso, como cualquiera en medio del fin del mundo, también queríamos llegar a nuestras casas sin el bicho. Pero así estamos desde marzo, con el cuchillo pendiendo sobre nuestros cuellos, en turnos de más de ocho horas para darnos abasto y evitar que el número de bajas en los civiles crezca y crezca.

Por eso recuerdo los aplausos esperanzados, aplausos agradecidos por el sacrificio y el «pongo el hombro» y «el Perú primero» y todas esas cosas que uno no se espera ni en las publicidades de panetones en Navidad. La verdad es que se sentía bien cuando las luces de los patrulleros peinaban los bloques de cemento manchado de orina y hollín, los edificios residenciales en San Isidro, las avenidas y calles de cada rinconcito de la ciudad, del país. Fue por poco tiempo, es cierto, porque rápido nos acostumbramos otra vez al miedo, al fastidio, a vivir aislados en nuestras propias casas, sin ver a nuestros viejos, a nuestras familias, rasca que rasca con las uñas el champú de nuestras cabezas; lavándonos las manos de arriba a abajo, entre los dedos y desde las muñecas, diciendo uno, dos, tres, y así hasta contar veinte segundos; o bañándonos bajo las duchas de alcohol o con lejía en espray. Vivir como apestados en medio de la cuarentena y tener enjuagando el uniforme en la batea más vieja, la que nadie usa, lejos de la ropa de la gente a la que ya no puedes ver de cerca.

Salir a diario y recibir aplausos a cambio… Pronto nos descubrimos hartos. O yo por lo menos lo estaba. Felizmente, un día todos dejaron de hacerlo. Ojalá supiera esa gente cuánto nos paga el Gobierno y cuánto nos adeuda por quintuplicar esfuerzos en medio del desastre.

Y dando bote en mis recuerdos del inicio de año, la circulina y el megáfono en medio de las patrullas: «Por disposición del Gobierno central el toque de queda va de 8 p. m. a 4 a. m.». Ahí, de nuevo, me vi metido noche tras noche, a veces de conductor, otras de copiloto, en la cuatro por cuatro Hyundai de la comisaria, dando vueltas con el suboficial Cabero en sus rondas y patrullajes sectorizados por las vías desiertas, como si un día de pronto la gente hubiera desaparecido del planeta y las vías, de una vez y para siempre, hubieran quedado enteritas para el enfermo de Cabero en las madrugadas, con la sirena encendida y el «Tokyo drift» en el reproductor, imitando a Dominic Toretto a todo volumen.

Pienso en todo esto al tiempo que me fijo en el avance de las columnas de manifestantes y me vuelvo a preguntar cuántos de ellos se pusieron la mano al pecho a las ocho de la noche, con los parlantes en los balcones y el somos liiiibres-seáááámoslo siempre-seáááámoslo siempreee; y nuevamente resuena en mis oídos la marejada de aplausos como ecos al sur de la Javier Prado, en las casas viejísimas del centro de Lima, o incluso en los arenales y los solares donde anidan los gallinazos y duermen los locos, entre fuegos artificiales que cubren el cielo de marzo y abril.

Recargo el lanzador y apunto hacia arriba en curva para disparar el proyectil cargado de gas, como en el GunBound (¿con cuántos de estos me habrá tocado estar en el mismo servidor hace años en las cabinas, a la salida del colegio?). Persiste el eco de un batir de manos que ya no existe, como en una fiesta de la que poco o nada uno se acuerda, un estruendo que se alza desde los barrancos y rebota en el colchón de nubes a trescientos cuarenta kilómetros por segundo y que parece decirnos: «Carajo, qué buenos son los policías que nos cuidan cuando el mundo se viene abajo». Eso ya no importa.

La marcha nos devuelve el golpe con una lluvia intermitente de concreto que los manifestantes han arrancado a los sardineles y la pista. ¿Qué ganan haciendo este chongo si nada pueden hacer contra las tanquetas y nuestros cordones? Si yo fuera ellos, a la primera señal de presencia de la policía, zafaba al toque. Son tercos estos huevones.

Poco antes, el general Maúrtua explicó el plan operativo. «En plena pandemia, no podemos dejar que se desborde la calle».

Son siete sectores en los que se ha dividido el cerco al centro histórico. Estoy junto a otros veinte antimotines, haciendo un cordón en Piérola con Abancay. Este es el Sector Cinco. También hay personal del grupo Terna entre los manifestantes, pero francamente deberían poner a gente más joven y que no lleve corte de pelo al rape. Además, la espaldota delata las rutinas de los recién salidos de la Escuela y el buzo Adidas con zapatillas de fútbol parece gritar «Mírame, pendejo, soy un tombo».

Desde que llegamos, levantamos las vallas para cerrar el paso de los que se iban a concentrar en la plaza San Martín con la meta de impedir su avance por Abancay. «Al primer conato o movimiento que hagan, en un dos por tres y según procedimiento, cerramos el asunto», había indicado Maúrtua en el repaso de la estrategia, y después recomendó sacarnos los nombres del traje al momento de «responder». «Sin titubeos, señores. La ley y el principio de autoridad nos amparan». El general no mentía, él mismo nos lo había leído en voz alta:

Artículo 20° del Código Penal Inimputabilidad

Está exento de responsabilidad penal:

11. El personal de las Fuerzas Armadas y de la Policía Nacional del Perú que, en el cumplimiento de su función constitucional y en uso de sus armas u otro medio de defensa, en forma reglamentaria, cause lesiones o muerte.

Pero en cuanto vimos a la gente enrumbar con arengas y carteles, supimos que ya era demasiado tarde: nos sobrepasaban en número por mucho y se arremolinaron intentando derribar el cerco metálico hasta que, por fin, las varillas de las rejas cedieron a los embistes y a la carga de las bicicletas y los escudos de madera y calamina.

De un momento a otro, la turba se nos viene encima. «Esos imbéciles llevan ☭☭☭☭☭ en sus escudos. ¡Terrucos de mierda!», suelta Cabero a mi costado; y el coronel Becerra, metido en un traje antidisturbios que le sumaba cincuenta kilos, da la orden de disparar sin asco. «¡Qué mierda le pasa Huamán, responda!». No es la primera vez que he repelido movidas. Lo hice durante el último clásico de Alianza y Universitario antes de la pandemia, en el Estadio Nacional. Sin embargo, es más fácil moler a palos a un grupo de pirañas y apretones que a chicos que podrían ser mis primos, mis amigos o mi flaca. Encima, muchos llevan la camisa de la selección de fútbol, con su franja roja cruzándoles el pecho; mientras una bandera enorme, de unos cinco metros, se abre paso como una serpiente en medio de la pólvora, estirada por algunos manifestantes y, de cuando en cuando, subiendo y bajando como las banderolas de una tribuna el día de la clasificación al Mundial.

Por una fracción de segundos quedé clavado y titubeante, pero Becerra seguía sacudiendo su fofa y bamboleante jeta en lo que mugía debajo del casco táctico: «¡Quítenles esa bandera, mierda! ¡Irrespetuosos, hijos de perra!», y un batallón se alistaba a tomar por la fuerza el trapo larguísimo y zigzagueante. Ya sabíamos cómo: había que forcejar y, si no se dejaban, si se ponían saltones, un trancazo en la mandíbula a los que seguían aferrados al paño manchado de barro y sangre. Unos minutos después, los oficiales retornaban a nuestras filas con el trofeo

enrollado bajo el brazo, como si se tratase de una colcha sucia. Cuando Becerra la recibió, la tiró al suelo y le puso su pierna rechoncha y pesada encima. Inmediatamente, con las córneas a punto de desprendérsele de tanto pujar, remató: «¡Agárrense bien las bolas y disparen!». No había terminado de vociferar cuando sentí claramente su mano meciendo mi cabeza cubierta por el casco, encabritado, dispuesto a sacarme del trance y ponerme de vuelta en la línea de fuego. «¡Desahuévese, Huamán, o lo fondeo!»

Es muy probable que los chicos en el otro lado tengan entre dieciocho y veintitantos años. Los más grandes quizá tienen mi edad. En otras circunstancias, tal vez hubiera podido ir por unas cervezas con varios de ellos, quizá ver el partido de la selección contra Argentina ahora que llegó Lapadula, o pegarnos la gran fiesta un fin de semana en alguna casa. Pero estoy de este lado y el desacato es un crimen del que Inspectoría no te suelta así nomás cuando los jefes te fichan. Después de todo, estos chibolos se lo han buscado al plantársenos al frente y aventarnos piedras con la blanquirroja puesta. Incluso hay varios armados con fuegos artificiales: nos disparan silbadores, calaveras, mama rata, ¿y quieren que nos quedemos como si nada? «¡Fuego!», muge Becerra. Se obedece y ya qué chucha.

La máscara antigás se me nubla por dentro cuando exhalo, no soporto tener las mascarillas anticovid por debajo de todo este plástico. Reventamos fuego de perdigoneras y balas de goma, pero a Cabero le gustan más las municiones de metal, que son como bolinchas brillantes: «Las otras huevadas ni se sienten, siquiera con estas se recupera un poco de poder y de peso, Huamán», me dice mientras se quita la máscara antigás, se baja la mascarilla y se lleva a la nariz la llave de su moto. «¿Qué mierda haces, enfermo?», gruño y le saco la mano de un sopapo. «¡Suave, cojudo, que me cortas la ñata!», y me palmea la espalda, se ríe. «¡Ahhh! ¡La fe, la fe y la huevada son lo más lindo de la vida!». Justo ahorita se loquea este animal.

Las bombas ascienden como cohetes a chorro, intentan alcanzar la luna y luego se precipitan como relámpagos de fierro y humo caliente. La formación es la de siempre en este tipo de casos: tres medias lunas, uno detrás de otro, en cordón y con los escudos hacia el frente, como las tropas de Leónidas en 300. La punta de los rifles queda afuera.

Arriba, en los edificios, casas y locales comerciales de Abancay, y asolapados en los ventanales de la Corte Superior de Lima, por encima del parque

Universitario, hay también agentes dispersos para brindar el soporte debido si la situación escala todavía más.

La manifestación no retrocede y las bombas no funcionan. «¡Mocosos de mierda! Nos apagan las lacrimógenas o nos las patean», se queja Cabero y dispara, fuera de sí, canicas al cuerpo de los que arrojan bloquetas y rompen las rejas para hacerse de fierros y defenderse; dispara y sé que su cabeza está en otro lado.

La gente empieza a recular hacia la plaza San Martín. El coronel Becerra nos ordena seguirlos junto a un grupo de antimotines. El resto se queda manteniendo a raya la turba.

Alistamos las macanas y los escudos. La cuota mínima que ha pedido Maúrtua es de cinco a diez detenidos por punta. «Que se vean resultados, que se empapele a los vándalos y para el calabozo», repetía el general. Seguro lo debían estar jodiendo de arriba. Es inocultable. Los últimos años de servicio se han regido por cobrar bonos caneros en cada protesta de mierda y, siempre y cuando paguen, yo me doy por servido. No creo que con la gente del Congreso ocupando ahora Palacio, tras la vacancia, las cosas sean diferentes. La Policía y las Fuerzas Armadas obedecemos y yo solo aguardo al pago de fin de mes. Tengo que levantar a cinco por lo menos, si me quiero asegurar, puta madre, porque en casa la plata no alcanza y mi viejita no vuelve nunca, nunca, pero nunca a tener que lavar ajeno teniendo un hijo que puede velar por ella. Se lo dije cuando salí de la Escuela. Solo me tiene a mí. Debo responder.

«¡Contra los tucos, Huamán!», grita Cabero golpeando su pecho como un gorila. Él es una fiera hambrienta, no se lo piensa dos veces y ha salido casi a cuatro patas, agilito, dispuesto a conseguir los incentivos y superar la cuota de la jornada. Desde que lo conozco ha sido así. Me lleva un par de años y tiene una niña que su vieja le ayuda a criar. La mujer se fue con otro, pero él nunca está solo. Pone el trago, pone el pucho, pone flacas, pone todo. Pero cuando toma es mejor vigilarlo, no sea que se escape y luego lo vean levantando tracas en la avenida Arequipa. En las partidas de Counter Strike es de los que te clava la bomba así le digas «cabro». Y encima, a la siguiente, te balea por la espalda o desde un lugar imposible con el código *giveweapon_awp* + Munición infinita. Si recuerdo los giros en dos llantas que nos hemos aventado en la camioneta con el fondo ese de «Tokyo drift», me regresan las náuseas.

Una lata de lacrimógena nos pasa por entre las piernas, golpea la esquina del sardinel y desvía su trayectoria en sesenta grados para caer en el pavimento girando. Vemos pinochitos bajando por Lampa que lanzan batacazos de agua contra los que todavía se empeñan en devolvernos los tiros con bengalas de colores.

Rápido me percato de que, en medio del tropel de manifestantes que huyen a empujones, una persona se ha quedado atrás. «Mi primer detenido de la noche», pienso; y cuando me preparo a reducirlo con un tacle y una llave, aparece Cabero, driblea en redondo, me empuja desde el costado y acomete blandiendo la macana como si, en su lugar, se tratara del martillo de Thor.

Cuando recupero el equilibrio y me dispongo a putear al infeliz de Cabero, veo en el suelo a un desactivador de lacrimógenas al que acababan de romperle el casco. «¡Ah, pendeja! ¡Tú eras la que nos cagaba las bombas! ¡Son cien lucas por lata!». Luego llegó el segundo niculazo. Entonces me acerco para detener a mi compañero, porque si no fácil mata al tipo en lugar de detenerlo, y descubro que la persona que estaba derrumbada en la pista con un chorro de sangre imparable bajándole desde la sien o la ceja, la que ahora se había puesto a gritar y atraía la atención de los flashes, el desactivador de bombas, era en realidad una mujer. «¡Déjame, que la detengo ya mismo a esa terruca!», exclama Cabero al soltarse de mi agarre y proceder a enmarrocar a la mujer que había derribado. La chica se resiste, pero otro colega lo auxilia. Los estoy mirando cuando, en eso, siento un golpe por la espalda, como si me hubieran arrojado un latón o algo parecido. Es un chiquillo que, armado con un bidón de siete litros, intenta apartarme de la chica. ¡Cómo chucha se atreve a lanzarme esa cojudez con agua de sepa-Dios-dónde si soy el que ha evitado que le maten a la flaca! Si no llevara el traje Robocop, fácil me hacía mierda de un bidonazo. El muchacho se queda pasmado unos segundos y luego se da a la fuga como un conejo acorralado. «¡Te lo buscaste!», pienso, y le ordeno detenerse. El tipo corre unos metros y cae al suelo como si un brazo lo hubiera jalado por el tobillo. Al acercarme, lo veo llorar en el piso, agarrándose la pantorrilla. Desde atrás, un grupo de antimotines atraído por el escándalo ha comenzado a disparar cerca del edificio del Jurado Nacional de Elecciones. Me ajusto la máscara para evitar tragarme la humareda que empieza a repeler a las brigadas de manifestantes que amenazan con acercársenos. Al muchacho del bidón ahora lo rodean en el piso un par de oficiales. Él solo se cubre con un cartel de Pokémon manchado de sangre. «Ya, déjenlo», les digo, «yo me encargo desde acá». Me llevo al muchacho hasta la berma y lo reduzco como puedo para enmarrocarlo.

La unidad está subiendo por Lampa y cada oficial marcha con su cuota de detenidos bajo el brazo o al ras del piso, cargada como chivo o en medio de forcejeos.

Cuando por fin podemos poner a nuestros detenidos en la camioneta que la Comisaría de San Andrés nos facilita, Cabero me dice carcajeándose: «Ya nomás te faltan unos cuantos. Me debes una caja, Huamán». Le suelto un puñete en el hombro y me devuelve la gracia jugando, como si lo único que nos esperase fuera una carrera contra el viento o una fiesta, acaso un calco de lo que era la vida antes de que toda esta cojudez empezara y cada uno comenzara a vivir un pequeño infierno de aislamiento, alcohol en gel, hisopos larguísimos jodiéndote el cerebro a través de la nariz, familiares que se te asfixian en menos de dos semanas y deudas que se apilan encima como si no hubiera un mañana. «¿Escuchas los aplausos, Cabero?», pero él solo se limita a quitarse la mascarilla y la careta, y me besa el casco, exagerando el chasquido de sus labios adrede. Luego, sale corriendo de nuevo a cumplir con su cuota.

Atrás y adelante, se escucha el silbido de los fuegos artificiales. Me bajo la careta y acomodo mi mascarilla; después, me limpio la transpiración de la frente con el antebrazo. En el cielo, una explosión de rojos y púrpuras se desdobla, figuras como rosas luminosas, como heridas infectadas sobre una ciudad en guerra. «Estamos todos jodidos», me digo. La noche recién comienza.

La tortura es la culminación de esa aspiración al saber, el grado máximo de la inteligencia institucional. El Estado piensa así, por eso la policía fundamentalmente tortura a los pobres, solo a los que son pobres o son obreros o están desahuciados y se ve que son negros, los torturan los policías y los militares y muy excepcionalmente han torturado a gente que pertenece a otra clase social

Ricardo Piglia